

Agáldar



Textos periodísticos de
Celso Martín
de Guzmán



AYUNTAMIENTO
DE GÁLDAR

Agáldar

Textos periodísticos de
Celso Martín
de Guzmán

Introducción de
Juan Sebastián López García



Teodoro C. Sosa Monzón

Alcalde de la Ciudad de Gáldar
Consejero de Presidencia y Patrimonio
Histórico del Cabildo de Gran Canaria

Carlos Matías Ruiz Moreno

Concejal de Patrimonio Histórico
e Identidad, Medianías, Educación,
Energías Renovables e I+D+i

© Ayuntamiento de Gáldar.
1.ª edición, 2020

© De los artículos, herederos de
Celso Martín de Guzmán

© De la introducción, Juan Sebastián
López García

Diseño gráfico y maquetación
Sergio Hernández Peña

Producción gráfica
Sabater

ISBN: 978-84-09-25716-4

Depósito legal: GC 402-2020

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio actualmente conocido o que se invente en el futuro sin previo permiso por escrito de los © de esta obra.

Índice

- 7 Presentación
por el Alcalde de la Ciudad, Teodoro C. Sosa Monzón
- 9 Celso Martín de Guzmán: artículos, reflexiones y
visiones con dibujos de Borges Linares (Gáldar, 1990)
por Juan Sebastián López García

Textos periodísticos de Celso Martín de Guzmán

- 31 Génesis
- 35 ¡Agáldar, Agáldar!
- 39 Metrópoli
- 43 Roma
- 47 Amagro
- 51 Sardina
- 55 El drago
- 59 La montaña
- 63 Calle larga
- 67 El Cisneros
- 71 Aislacionismo y aislamiento
- 75 La plaza
- 79 El Teatro
- 83 Padrón
- 87 Juventud y ecología
- 91 El casino
- 95 Borges
- 99 Surf

103	Cumbres
107	Andamana
111	Facaracas
115	El guanarteme
119	Arqueología
123	Las princesas
127	San Sebastián
131	Personalidades
135	El Norte
139	Ciudad cultural
143	Gáldar hoy

Anexos

149	Entrevista de Orlando Hernández a Celso Martín de Guzmán
161	Ejemplo de artículo original

Presentación

En nuestra vida, la que hemos vivido y compartido en esta ciudad, nos han acompañado personas que merecen todo nuestro reconocimiento y nuestra gratitud, con las que estaremos siempre en deuda. Y una de ellas, sin lugar a dudas, es Celso Martín de Guzmán. Se cumplen 25 años de la pérdida de un hombre a quien no queremos ni debemos olvidar.

Esta recordada fecha, nos brinda una buena oportunidad de rendir públicamente un homenaje a alguien sin cuyo tesón, trabajo y talento, no hubiera sido posible, entre otros tantos logros, el proyecto del Museo y Parque Arqueológico Cueva Pintada de Gáldar, del que hoy en día todos disfrutamos. Él siempre creyó en este proyecto que impulsó de muchas maneras y desde distintos frentes.

Nuestro afecto, nuestra admiración y nuestro agradecimiento nos sale del corazón y sabemos que siempre estará presente en la memoria de todos los galdenses.

Este libro que edita en su homenaje el Ayuntamiento de Gáldar y que recopila sus colaboraciones en prensa escrita, nos permite recordar la pasión irrenunciable que Celso Martín de Guzmán mostró por este municipio, al que siempre admiró de manera notable.

Sus crónicas nos transmiten el compromiso y el talento de quien, hoy día, sigue siendo un valor digno de nuestro reconocimiento.

Comprobamos en esta serie de artículos el orgullo que siempre sintió por Gáldar, por la importancia histórica de su tierra natal, haciéndonos creer y entender todo el inmenso caudal de riqueza patrimonial que posee este municipio.

Celso Martín de Guzmán recibió el título de Hijo Predilecto hace 25 años y alcanzó con mérito esa honorable distinción que dignifica no solo a la persona que lo recibe, sino también el nombre de esta ciudad, siendo un ejemplo admirable para el resto.

Lo que hemos avanzado en este tiempo se lo debemos a personas como él: el profesor, el arqueólogo, el historiador, pero sobre todo el galdense Celso Martín de Guzmán, fuerte en sus convicciones, ejemplo de capacidad y de grandeza humana. A sus valores e ideales nunca debemos renunciar.

Este trabajo, además, cuenta con una magnífica introducción de nuestro cronista oficial, Juan Sebastián López García, gracias a la cual podemos entender mejor y valorar con mayor precisión las reflexiones y visiones de Celso Martín de Guzmán, desde el conocimiento que le ofreció los años de amistad, la admiración mutua y los momentos que compartieron en sus trayectorias profesionales. En ella pone en valor y resalta la voz ágil y directa de Celso, desde la óptica actual, pero dejando entrever el carácter atemporal y la vigencia de su pensamiento. Incluye igualmente un análisis de la aportación de Borges Linares con las ilustraciones que acompañan a sus textos y que nos ayudan a realizar nuestro propio itinerario.

Espero y deseo que esta recopilación de artículos que tienen en sus manos nos acerque más a nuestra identidad cuyas raíces se hunden en nuestra memoria como las de nuestro drago centenario, «árbol santo, expresión de la patria, del recuerdo colectivo y epicentro de la historia».

Teodoro C. Sosa Monzón
Alcalde de la Ciudad de Gáldar
Consejero de Presidencia y Patrimonio
Histórico del Cabildo de Gran Canaria

Introducción

Celso Martín de Guzmán: artículos, reflexiones y visiones con dibujos de Borges Linares (Gáldar, 1990)

Juan Sebastián López García

Profesor del DACT, Escuela de Arquitectura ULPGC, Cronista Oficial de la Ciudad de Gáldar y Director Insular de Patrimonio Histórico del Cabildo de Gran Canaria

En 1990 Celso Martín de Guzmán (Gáldar, 1946-1994) publica en el periódico *Canarias7* (edición diaria, Las Palmas de Gran Canaria) una serie de artículos que fueron ilustrados por el artista Juan Borges Linares (Gáldar, 1941-2004). Con motivo del veinticinco aniversario de su fallecimiento el Excelentísimo Ayuntamiento de Gáldar ha tenido la iniciativa de la reedición de estos artículos, en homenaje a su memoria y por la notable calidad de los mismos.

El presente libro contiene textos para el deleite, para dejarse llevar, porque la prosa de Celso Martín de Guzmán es de una gran finura y precisión, con las palabras justas y adecuadas para narrar los hechos, que convierten su lectura en un placer, incluso más allá de los contenidos. Brilla sin ningún tipo de filtro, fluye libremente en todo su esplendor. El Celso de siempre, vibrante y elocuente, encandilador y adaptado a todas las situaciones. Al leer estas líneas lo sentimos muy cerca, casi es escuchar el texto con su propia voz. Así que propongo que lo lean intentando que lo narre su cálida, modulada y rotunda entonación, privilegio que será exclusivo de quienes lo conocieron.

Una vez más, está entre el periodismo y la literatura, la historia y el ensayo, la arqueología y el arte, con un discurso libre sin tener que someterse a las exigencias del trabajo científico al tratarse de

una serie de artículos especialmente enfocados para la prensa. Es directo, utilizando títulos cortos y claros. Las temáticas tratadas siempre con su característico rigor son reflejo de la Canarias del momento, con especial incidencia de temas grancanarios y galdenses, sin dejar de considerar que él era universalista, como explica en uno de los artículos donde señala que somos herederos de esa humanidad que nació «probablemente en la zanja geológica y diferencial de Olduvai», según sus propias palabras. Eran de su interés las cuestiones más diversas. En este volumen los textos son reeditados de un rotativo y por este carácter divulgativo fueron escritos con un marcado punto de vista particular de hablar casi siempre en primera persona, exponiendo sus opiniones para un público general, con un enfoque sintético, ameno y breve. Sin embargo, la aparente fácil lectura precisa para su comprensión completa de un cierto bagaje cultural. En Celso todo suele estar debidamente ajustado, emplea las palabras adecuadas, siempre buscando su contenido y sonoridad, porque gusta de aunar la prosa con una poética rigurosa y conciliada en cuanto a expresión con el lenguaje científico. Lo que pueda parecer para algunos pura lírica es en realidad un discurso intelectual de calado profundo, que solo pueden elaborar personas con una formación cultural, una adecuación constante y actualización del conocimiento como él tenía, donde siempre late su admiración por el clasicismo. Inseparables del discurso son los dibujos que los ilustran, realizados especialmente por Juan Borges Linares para su primera edición, mostrándose en todo su esplendor como dibujante. Serán analizados más adelante.

No sé si la forma de escribir de Celso se puede considerar «escritura automática». Me explico, él se enfrentaba «directamente» a su máquina manual de escribir *Tippa*, sin ningún tipo de guion, escribiendo con rapidez y energía sin prácticamente tener que corregir. No estaba a su lado en el caso particular de la redacción de estos textos, pero si puedo dar fe de mi testimonio en muchísimos otros de los que fui testigo. Esa capacidad y lucidez para escribir siempre me llamó poderosamente la atención. Tenía tanta agilidad para la palabra como para la escritura.

Estos artículos constituyen un «corpus» dedicado especialmente a Gáldar, posiblemente en su unidad el más completo, sentido y lírico que dedicó a su ciudad. En esta atribución de «corpus» va implícito el considerarlos como manifestación del ideario de Celso, de su análisis de una situación determinada, pero al mismo tiempo hace evocación del pasado reciente y del más lejano, incluyendo el futuro a través de las propuestas que expone. Precisamente, su temprana muerte en 1994 otorga un valor extraordinario a esta serie, por eso casi constituyen unas memorias donde integra sus profundos conocimientos históricos y culturales, los recuerdos y vivencias en Gáldar desde su infancia, su visión de los acontecimientos que se desarrollaban en ese momento y planteamientos a los mismos. Sin duda, late en él un sentimiento muy profundo de canariedad, conciliadora con la noción de hispanidad en el sentido más amplio e integrador de la cultura e historia comunes. Tenía claro el concepto de identidad y lo que suponía, combatiendo con su crítica la ignorancia y confusión —y el «arribismo»— que detectaba en ese momento.

De toda la obra del doctor Martín de Guzmán, libros, capítulos de libro, artículos, informes y otros de carácter científico, que conformaron su currículum de investigador, a lo que hay que sumar los de opinión, divulgación, crítica de arte, literarios, etc., editados en prensa, catálogos, folletos y programas, de los que algunos se han reeditado coincidiendo con el 25 aniversario de su fallecimiento¹, estos textos, sin pretenderlo el autor, pueden considerarse en alguna medida como su «testamento» cultural para Gáldar. Posiblemente hubiera escogido estas palabras suyas para concluir: «Sobre el resplandor del pasado, desde la seguridad del presente, hemos de construir las ventajas del futuro. Y Agáldar, seguirá brillando con luz propia en el firmamento canario» (artículo «Gáldar hoy»).

1 Vid. Celso MARTÍN DE GUZMÁN (2019): *Scripta ad historicam haereditatem pertinentia. Debates y combates por el patrimonio*, textos recopilados y editados al cuidado de Jorge Onrubia Pintado, Héctor Díaz Martín y Juan Sebastián López García, con ilustraciones de Cristóbal Guerra Molina, Gobierno de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria.

Los artículos están conectados, no sabemos si hizo un guion previo, aunque desde luego se vertebran perfectamente, con un claro discurso, dando como resultado este gran corpus o hasta si se quiere este «manifiesto de la galdaridad», con sus claros mensajes a Gran Canaria y a la ciudad de los guanartemes y de las guayarminas. Como se ha dicho, los títulos son concisos y directos y el texto hay que leerlo con atención, ya que Celso cuida los más mínimos detalles, aquilatamiento donde precisamente están muchas de las claves de lectura. Están escritos desde Gáldar y resalta los «iconos» y situaciones de la ciudad de Santiago, aunque al leerlos se detectará su amplitud de miras con otras preocupaciones, como la arqueología, la ecología, la educación de los jóvenes isleños, la profesionalización en Canarias, etc.

El primero de la serie es «Génesis», con un concepto bíblico de creación bajo el signo de la mitología clásica: «Nació la isla... Nació la isla del esfuerzo de los cíclopes y del impulso vertical de los atlantes... La isla nació coronada con la guirnalda de la eterna primavera». Posiblemente sea uno de los más bellos del conjunto en lo poético, donde se mezcla la pasión por la geología y el mito. Creada Gran Canaria, en «Ágáldar» intencionadamente casi no habla de Gáldar, en ese alarde de lo universal/local solo al final del artículo, después de la construcción geológica y biológica concluye: «Estas tierras privilegiadas, con el tiempo, serían el solar rancio, el castillo y alcázar fundacional de la isla. Especie de ciudadela mesopotámica, sobre cuyas lavas los dioses tallaron el trono de la isla que aún no tenía nombre. Con los siglos, el deseo de la Gran Madre se vio cumplido. Y la llamó *Agáldar, Agáldar*».

En «Metrópoli», toma como título el calificativo que Viera y Clavijo da a Gáldar, dice que «la primera capital expresa este vínculo con el pasado y los orígenes, siempre sacros, intocables». Habla de los pueblos «decapitados» y explica que «la sociedad insular, en este sentido, se nos ofrece descabezada». Esta anomalía la achaca al «intrusismo profesional del que ha adolecido nuestra historiografía prehistórica», comentando que «la impronta del sello de la identidad, de raíz consustancial y de determinación cultural, social y política, que la comunidad canaria no ha sido capaz de otorgarse a sí

misma». Cuando trata «Roma», dedicado a la célebre torre que dio nombre a la calle que actualmente se llama Gumidafe, comenta que es «un lujo antecesor, una apuesta por la universalidad temprana de las culturas insulares». En este artículo dedica algo a la ciudad de Las Palmas y al cambio de celebración de su fiesta principal: «Renunciaron a la concordia y reconciliación de san Pedro Mártir» y se preguntaba si lo que pretendían era «¿Resucitar el ‘hacha de guerra’?», comentario motivado al considerar que el día de san Juan es justo el comienzo de la guerra de Canaria en 1478.

«Cada profeta tiene la bajada del Sinaí» y reitera que «aquel Guanteme tenía mucho de Moisés en el momento de bajar el Sinaí con las tablas de la Nueva Ley». Las citas son parte del bagaje de Celso y estas de carácter bíblico las integra en «Amagro», la «mole pétre», recordando además el dicho de «nubarrón en Amagro, recalmán en Las Nieves», propio de los pescadores de Agaete en su observación de la montaña galdense. En este artículo explica el proyecto del alcalde Rosas Suris de levantar un monumento a don Fernando, concebido como «un héroe civilizador» por el escultor Borges Linares, allá a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta. El proyecto fracasó por el comienzo de lo que él mismo había denominado «Década Infame», afirmando que todavía tenía más argumentos para tal calificación. Como se sabe y él lo recoge, décadas después se levantó el monumento con la escultura pétre que tallara Borges Linares en la plaza de los Heredamientos en 1986.

Por sus vínculos familiares, La Palma y Tenerife son dos islas muy queridas por Celso. Su padre era palmero y su madre residió temporalmente en Santa Cruz donde vivía un tío del arqueólogo. En «Sardina» aprovecha para escribir: «la cercana y siempre querida isla de Tenerife, era otra orilla entrañable que siempre ha sido para los hijos de Gáldar Santa Cruz». La rada galdense despierta en él distintos sentimientos, desde los históricos porque su papel de puerto es lo que le otorga importancia en la historia de Gáldar, hasta los más entrañables recuerdos de la adolescencia: «La Sardina de los quince años. De la mejor edad, cuando leíamos a Oscar Wilde a la sombra de las barquillas, y Lola, Juan y Alberto, esgrimían las mitologías y los inconvenientes de Aquiles en la guerra de Troya». Supongo que

los tres nombres se corresponden con sus amigos Lola Asunción Alemán, Juan Oliva y Alberto Acedo. Junto con Puerto de Sardina, en la serie aparecen otros barrios, entre ellos «La Montaña», cuyo nombre tiene la dualidad de referirse tanto al promontorio como a esa parte de la ciudad. Le dedica unas palabras de gran admiración: «El populoso y popular barrio de la Montaña de Gáldar, es la quintaesencia de la galdaridad. La fuente de ese patriotismo e idiosincrasia, a veces atormentado y brusco, pero cargado de sinceridad y auténticos valores». Aprovecha para explicar las características sociales del barrio y hacer una bella descripción de la fiesta tal como era cuando la Virgen de Fátima subía desde el templo de Santiago hasta su santuario en construcción, procesión que se repitió en su bajada extraordinaria de 2017 con motivo del centenario de las apariciones en Portugal. Resalta el carácter icónico del cono volcánico: «esta montaña milenaria abraza a todos como madre de una misma historia y una misma raíz». Cierra el artículo con una dura crítica: «ha tenido que sufrir la tajada violenta y la amenaza salvaje de los insensatos, bárbaros...», en otro lugar denuncia el proyecto que existió de construir un parador en el pico. Otro barrio que trata es San Sebastián, en el artículo homónimo. Comienza con una breve descripción histórica de este arrabal y amplía la visión relacionando la ermita del santo con las demás de la antigua villa y zona baja del municipio, en especial la Vega Mayor. De los personajes vinculados al lugar destaca a Pedro de Argüello (recordado anualmente en las fiestas principales del mártir en la tertulia que lleva su nombre) y al padre Claret a quien se le dedicó una placa en el lateral de la ermita, al haber predicado en este recinto aunque su misión la realizó en el templo de Santiago, donde se le venera. Fuera de la ciudad, en «Cumbres» nos realiza un recorrido por carretera a través de los Altos de Gáldar. Aclara que es más propio llamar de La Degollada a la loza tradicional que de Hoya de Pineda y poco más adelante escribe la «intensidad cardenalicia, tierras de Pico Viento, contrastadas con la alfombra verditensa de los poleos, de las flores de mayo». No se olvida de señalar que aquí está «el mejor queso de oveja de la isla» y recomienda el recorrido, combinando paisaje e historia. Sin entrar en muchos detalles, culmina el itinerario en los Pinos de Gáldar:

«Aquí Gáldar comparte jurisdicción y recuerda la esencia misma de Gran Canaria».

Celso miraba con admiración el patriotismo de otros pueblos y se apenaba de algunas de las miserias del nuestro. En el artículo «El drago», en comparación con los vascos, no duda en afirmar para nuestra dracaena: «Esta especie de GUERNICA CANARIO, árbol santo, expresión de la patria, del recuerdo colectivo, epicentro de la historia». Recuerda, frente a la significación profunda del ejemplar botánico, como estuvo amenazado en la última alcaldía franquista y la defensa que se hizo del mismo (unido al edificio del Consistorio, con este tema escribió su célebre artículo «La locura del siglo») por parte de las mujeres de Gáldar: «gracias a la reacción positiva de un grupo de egregias damas... pléyade de patriotas educadas en el primer colegio de la Sagrada Familia». Por el contrario amonesta duramente al género masculino: «Es preciso para averiguar las claves de la idiosincrasia matriarcalista galdense que, en aquella ocasión, como en otras tantas, los presuntos ‘caballeros’ se inhibieron», añadiendo «esa apatía inconmensurable que se gesta en el calor de los mimbres del casino, donde la tertulia se amanceba con los chistes facilones y pueblerinos y nadie es capaz de mover un dedo a favor de los intereses de la comunidad». Adelanta que el árbol iba camino de su trescientos aniversario (felizmente y solemnemente celebrados por la ciudad en 2018, acordando el Ayuntamiento dedicarle las fiestas mayores de Santiago de ese año) y recuerda la vieja «florentina»:

«Una estrella me encamina
a las torres de Sant Yago
la princesa Guad Arminda
y la sombre de tu drago»

En «Calle larga» retorna a los años cincuenta y habla del cercano «Huerto misterioso» de la calle Algirofe, tan popular en su generación, incluso citado en varias ocasiones por Ángel Sánchez Rivero (Gáldar, 1943), Premio Canarias de Literatura 2019. Como parte muy importante de la rúa añade que en la misma «nació y murió el pintor Padrón, a quien recuerdo, avizor en su azotea, con un aire de dis-

tancia». Muchos compartimos esa misma visión de Padrón en los años sesenta, tanto en su balcón de la calle Larga como asomado al bajo pretil de la gañanía de su finca del Drago esquina a San Miguel. La calle Larga tiene para Celso el doble valor de ser la vía principal de la ciudad y estar allí su casa, donde desde 2004 luce la placa de mármol que le dedicó el municipio en el décimo aniversario de su fallecimiento. Junto a la calle mayor no podía faltar «La Plaza», donde la fuente es «polo imantado, foco que atrae». Comenta que «Tiene esta plaza de Gáldar una capacidad natural de convocatoria misteriosa y primordial». En este artículo ofrece una evocadora imagen que ya se había perdido, explicando que «Se trata de un recuerdo, casi arqueológico al menos de arqueología social, que conviene retener como dato significativo y expresión de la organización de la comunidad». Magnífica crónica de los domingos galdenses, con los paseos organizados «Los varones siempre *en el sentido de las agujas del reloj*, y las mujeres en el contrario».

El recorrido por la historia de la educación galdense, donde están presentes las hermanas Delgado, Fernando Cambres y Francisca Jiménez, Marcelino de Cisneros, algunos de cuyos personajes dan nombre a calles de la ciudad, es el pretexto para el artículo «El Cisneros», donde repasa varios espacios que están fuertemente vinculados a su biografía. También quien escribe estudió más de un lustro en ese colegio y las costumbres estudiantiles que cita son las mismas que me tocó disfrutar en años posteriores en sus aulas, como las escapadas para los baños en el famoso estanque de La Quinta. Varios profesores de los que nombra nos fueron comunes, incluso algunos en el Instituto de Bachillerato Mixto (Nicolás González, Manuel Sosa, Miguel Medina, Sebastián Monzón, Rosa María Martínón o Carmelina Ramírez). Seguro que muchos galdenses, como yo, mantienen viva esta descripción: «El salón de estudios era una amplia estancia donde la muchachada cabizbaja, pero no exenta de las picardías e inquietudes de la edad, resistía el silencio y la disciplina, entre militar y eclesiástica, impuesta por la severa vigilancia del jefe de estudios».

En varios artículos acude a las visiones de antaño, unidas a la realidad de 1990. En «El casino» recupera la historia de esta sociedad,

en parte llevado de la mano de don José Blanco Hernández, a quien cita en alguno de los artículos. El momento de finales del siglo XX de la sociedad «La Amistad» lo refleja al resaltar la figura del presidente de entonces, su amigo Aníbal Mendoza Vera que «ha devuelto a la institución su pasado esplendor». En «El Teatro» incluye diversos aspectos que han concurrido a lo largo de la historia contemporánea en ese espacio. Por ejemplo, la sede del partido judicial de Gáldar, cuya pérdida se explica «en una operación artera llevada a cabo con la complicidad de Las Palmas en 1843». También aflora su vivencia personal, con el Teatro de Cámara y el Orfeón, ambos del Colegio Cardenal Cisneros, en los que participó con Sebastián Monzón y Rosa María Martín. Tampoco deja pasar la oportunidad para recordar los atentados que ha sufrido este coliseo como cuando se convirtió en «vulgar sala de bailes domingueros». Lástima que Celso no conociera el Teatro Consistorial en la actualidad, porque la restauración inaugurada en el año jacobeo 2010 por el alcalde Teodoro Sosa Monzón es un homenaje a su persona, con la obra «Revelora» de Pepe Dámaso, inspirada en un texto que envió al artista en 1971. En uno de mis viajes con Celso, fuimos juntos en 1981 a ver el Real Coliseo de Carlos III en El Escorial y ese era su referente, lo cita en el artículo. El de Gáldar es actualmente pieza clave y muy destacada de la arquitectura histórica teatral de Canarias.

En «Padrón» está el recuerdo del artista y sus conversaciones con él, donde resalta la preocupación que Antonio tenía por la Cueva Pintada. Es muy interesante la descripción que nos hace del almacén de la vivienda del pintor, actualmente sala principal de su Casa Museo: «con sus persianas metálicas de verde intenso... en los veranos se amontonaban sacos y sacos de piñas de millo que iban, uno tras otro, implacablemente pasando por la devoradora máquina de triturar, apartando los palotes del millo, dorado cárdeno, brillante». Por su parte, «Borges», al que califica de «hijo de Amagro», es el otro artículo que dedica a un gran artista, mucho más cercano a Celso. No oculta la admiración que le tiene, que era mutua («nuestra amistad, espontánea y profunda y que el tiempo ha demostrado duradera»), comentando que «Los dioses eligen a los artistas para traducir con su obra lo que el idioma de los hombres, por sabios que sean, no es

capaz de expresar». Para él, estamos de acuerdo, Borges era un «artista integral».

El concepto de isla, lo isleño y lo insular aparece en muchas de sus referencias. Son muy interesantes los puntos de vista que ofrece en «Aislacionismo y aislamiento», fruto de sus agudas observaciones, donde realiza el análisis desde «esta rancia villa y corte, resumen sociológico de la isla». En la condición insular y el «hecho diferencial», tanto está la «rendición sin límites, entrega total, a todo lo foráneo» o «El peligro de las sobrevaloraciones indígenas». En este fenómeno repasa política («nacionalismos inmaduros e indocumentados») y educación («La enseñanza básica y media con programas de resentimiento tercermundista»). Concluye que el aislacionismo «impide descubrir la esencia universal de los hechos». Es muy consciente de la fragilidad del medio ambiente isleño y en otro artículo opina: «Una isla es lo suficientemente débil y está tan comprometida en su equilibrio ecológico que habría que reduplicar todas las medidas y programas conservacionistas», palabras que muestran la preocupación de Celso por el tema en el artículo «Juventud y ecología», mientras considera que la juventud asiste a un «cisma generacional». Concatenando temas, también relacionado con lo juvenil está el artículo «surf», donde se adelanta a incluir un aspecto, entonces desconocido, pero que años más tarde convertiría a Gáldar en un lugar mundialmente famoso gracias a la célebre ola de El Frontón. «Y, ahora el mar de los escudos lanceolados, multicolores, encerados de las tablas de surf», palabras que en el artículo se refieren a Bocabarranco de Gáldar: «quienes adornados con los atributos envidiables de los mejores años, de la paz interior y el concepto irreductible de la libertad, convierten cada uno de los mediodías en un deslumbrante espectáculo, entre las crestas reviradas del oleaje, el zumbido ensalitrado, el fragor de los estampidos y el arte del equilibrio inestable, convertidos en obra de arte».

No podía faltar «Andamana». Tras un repaso historiográfico, aporta su visión de esta extraordinaria mujer, inseparable de Gumidafe: «De esta unión, entre la inteligencia de Andamana y el valor de Gumidafe, brota el concepto de Unidad Insular... Sucede la *Pax Andamánica*, y la acrópolis concentra la mejor nobleza de la isla».

La denomina «'Señora de la Tierra', depositaria del linaje, *Gran Guayarmina*, Madre de las Madres de Agáldar, semilla inicial de la raza, del pueblo, de la Gáldar eterna. Inmortal en su memoria». Junto a ella está la figura del caudillo que trata en el artículo «Facaracas», siendo muy interesante su interpretación de «la organización dual, en dos mitades complementarias de la tribu regia». La figura de Gumidafe se materializa en las cuevas de Facaracas, que considera acertadamente que «están llamadas a convertirse en un gran complejo arqueológico, visitable y puesto en uso social». Su idea era que en el futuro se uniera al parque arqueológico Cueva Pintada a través de un túnel por debajo de la antigua carretera, para lo cual ideó la escalinata y la esbozada entrada subterránea que él dispuso, existente actualmente y que no forman parte del recorrido del público por el recinto museístico. Otorga a este enclave de las Cuevas la categoría de «solar primigenio de la patria canaria», añadiendo como concluyente frase de este artículo: «De nuestra patria». Otro personaje de obligada presencia es Tenesor Semidán, ya que Celso ha sido el principal defensor de esta figura histórica y se puede decir que fue su primera y temprana reivindicación en la que no claudicó a lo largo de su vida. En «El guanarteme» es muy crítico con algunos planteamientos vertidos sobre el rey canario intentando ordenar el tema y afirmando que hay que conocer «en profundidad las claves culturales, sociales y políticas» de la «serie de episodios bélicos, diplomáticos a todas luces trascendentales». Señala a Millares Torres como el responsable de la mala imagen del Guanarteme, a partir de su «descripción y dramatización negativa», al tiempo que Celso recuerda que Las Palmas «está construida sobre las cenizas de un campamento militar de invasores». Y explica: «No existe ninguna nación que llegada a la madurez social, como etnia o grupo humano, renuncie a su pasado. Por el contrario, se vuelca sobre sus propios mitos de origen, y recrea su concepto de sí misma. Nadie tiene un excesivo mal concepto de sí, sino intenta resaltar y custodiar la memoria de sus antepasados». Aclara que don Fernando propició «la transculturación pacífica» y puntualiza que el rasante que se utiliza para el Guanarteme no es el mismo de la celebración en Las Palmas de la «Declaración de la Guerra de Canaria (24 de junio de 1478)» o la presencia

del «epitafio-monumento» al adelantado Fernández de Lugo en la catedral de La Laguna, siendo de su opinión que ambas cosas deben corregirse. Por su parte, «Las princesas» también se puede decir que era otro artículo de obligado cumplimiento. En el mismo valora la temprana aportación que al tema hizo Joaquín Blanco Montesdeoca, que hablaba de las «tres princesas», aunque pasaron a ser cuatro tras las investigaciones de Manuel Lobo Cabrera. Este texto de Celso es de síntesis y explica la situación algo confusa del parentesco de estas féminas Semidán. Es denso en datos y detalles genealógicos, terminándolo con una hermosa dedicatoria: «Bellas princesas, madres de este pueblo de Gáldar. De sus nobles labriegos, de sus honrados trabajadores. Inolvidables abuelas, sangre de nuestra sangre del pueblo».

En «Personalidades» dice que Gáldar tiene «sin necesidad de referirse a su pasado impar, grandioso y *esencia de canariedad*, una galería de mujeres y hombres ilustres, de personalidades, que han marcado una estela ejemplar». Aprovecha para mostrar su admiración por dos de los alcaldes con los que tuvo la oportunidad de colaborar, Antonio Rosas y Demetrio Suárez («hombre de la ‘Generación del Cisneros’»), que ocupaba el «sillón de Agustín de Pineda» (nombre con el que Celso denominaba con frecuencia a la alcaldía galdense) en el momento de la publicación del artículo y en el año del fallecimiento del arqueólogo en 1994, presidente municipal que lo nombró Hijo Predilecto de la Ciudad y le otorgó los máximos honores del municipio en el luto oficial. Denomina el corto período de la segunda alcaldía de Rosas (abril-agosto 1979) como «segundo imperio» (el primero fue el anterior mando de este intendente), y aunque no lo pone explícitamente, sabemos que el «tercer imperio» para él se correspondía con la etapa de Suárez Díaz. Como es lógico tenía denominaciones para otros períodos anteriores, pero no son tan elogiosos. Resalta la política de reconocimientos de don Demetrio y aprovecha para aclarar que «no pueden tener cabida todos y cada uno de los probos ciudadanos por el solo hecho, además de ser su obligación, de haber cumplido con sus profesiones», ya que por el contrario «Se trata de reconocer en unos pocos, con carácter emblemático, las virtudes de la comunidad, el esfuerzo, la generosidad, la inteligencia, el

arte, la creación». Tomando como inicio el siglo XIX, relaciona una serie de hijos ilustres: Lorenzo Vázquez, el deán López Martín, Batllori Lorenzo, José Suárez Falcón, los hermanos Rodríguez Batllori (resalta a Francisco), Baltasar y Pedro Espinosa, Antonio Padrón, Borges Linares, Ángel Sánchez, Sebastián Monzón, Rosa María María Martinón y Roberto Moreno.

«El Norte» es un artículo donde plantea varios aspectos en relación a la comarca. Uno de ellos es el relativo a la «desquiciante aventura de señalizaciones... desde los departamentos responsables de la Consejería de Obras Públicas», donde en ese momento estaban al frente los herederos de la desaparecida delegación provincial del Ministerio que fueron transferidos a la comunidad autónoma, responsables de que el Norte casi llegara al siglo XXI con las carreteras del siglo XIX. Expresa lo que hasta hace poco hemos pensado muchos grancanarios en cuanto a la «superposición y confusión del Cabildo con el Ayuntamiento de Las Palmas (incrementando la macrocefalia laspalmeña responsable de la desertización humana, física y cultural de Gran Canaria)», anomalía que felizmente se ha corregido en los últimos años con los cambios políticos que han permitido la mayor presencia y peso de los demás municipios. Entrando en otros desajustes, alega que no quiere entrar en polémicas, pero afirma: «Un principio de la democracia es acercar los servicios al contribuyente. O lo que es igual: a más contribuyentes más servicios». Para dejar más claro el panorama añade «Y vamos con las cifras. El municipio de Gáldar, suma en el total de su población, varios miles de habitantes más que los vecinos Guía y Agaete juntos». Enumera una serie de obras que manifiestan un desequilibrio comarcal a favor de Guía y en detrimento de Gáldar. Lo califica de «situación injusta» y añade «Ni se puede creer en la democracia si a igualdad de deberes no recibes igualdad de derechos. Los privilegios y caciquismos, los beneficios extraídos de las guerras civiles, las influencias de los generales y de los jueces a favor de unos pocos no es más que la más detestable fórmula de ese *tráfico de influencias* del que tanto se habla últimamente». Seguido añade: «No queremos ser más que nadie. Nos conformamos con ser iguales». En eso, añadimos ahora, poco se ha avanzado, ya que si en el Gobierno de Canarias se

está vigilante con el equilibrio de sedes entre Las Palmas y Santa Cruz, este desequilibrio comarcal tiene que ser corregido y hay fórmulas, para que como dice Celso: «Que vuelva a brillar la Estrella y Guía del Gran Norte, sin eclipsar el Camino de Santiago».

El patrimonio prehispánico está representado en «Arqueología», donde hace un repaso general por los yacimientos de Gáldar. Los hallazgos en el complejo de la Cueva Pintada los considera un «testimonio de lujo para la Gáldar actual que, como las grandes ciudades de la Antigüedad puede testimoniar los preclaros orígenes con una serie de superposiciones, de distintas ciudades —como Troya, Roma, Toledo, Cádiz— que se han ido superponiendo». En el binomio centro histórico/arqueología, Gáldar es la manifestación más ilustrativa en Canarias de esta característica y Celso lo resalta: «La Gáldar arqueológica, ciudad sobre ciudad, pueblo sobre pueblo, expresión del *continuum*». En relación con este rico legado y vitalidad, en «Ciudad cultural» expone una serie de argumentos que le llevan a una clara recomendación: «La única salida que se le ofrece a Gáldar para alcanzar el siglo XXI no es otra que afianzarse en sus logros culturales. Completar el aún enclenque aparato de la cultura y pasar a la acción». Realmente esta sería una de las satisfacciones que tendría Celso en cuanto a su ciudad, ya que, entre otros, el Museo y Parque Arqueológico Cueva Pintada se inauguró en 2006, la restauración del Teatro Consistorial llegó en el año jacobeo 2010, donde un texto suyo de 1971 inspiró a Pepe Dámaso para su gran obra «Revelora». Sin embargo, el arqueólogo, aparte de estas, tendría ahora muchas más satisfacciones: Patrimonio de la Humanidad de las montañas sagradas de Gran Canaria integrando Barranco Hondo de Gáldar en su perímetro (Agaete, Artenara, Gáldar y Tejeda), ampliación y reapertura del Museo de Arte Sacro Santiago de los Caballeros, ampliación de la Casa Museo Antonio Padrón/Centro de Arte Indigenista, Casa de la Lana de Caïderos, el Museo Agáldar y el parque cultural El Estanque en ejecución, centro de interpretación de La Guancha en proyecto, etc. Consideraba que tanto en Gáldar como en Canarias había «una revolución pendiente: la Revolución Cultural». Como parte de su pensamiento, al respecto afirma que «La cultura debe ser vehículo de transformación individual y de afianzamiento de la conciencia

colectiva, como ciudadanos del mundo. Nada de folclorismos ranche-ros y exaltación del costumbrismo y de la *filosofía del Villorrio*.

Cierra el ciclo de artículos con «Gáldar hoy», donde pone en evidencia la vitalidad y desarrollo de la ciudad: «bulliciosa, de prosperidad comercial, de riqueza y movimiento», que en aquel momento contrastaba con «la deficitaria red viaria», falta de «política previosa de obras públicas que en lo que al municipio de Gáldar y Agaete se refiere sigue con el trazado de la época de León y Castillo; cuando ni tan siquiera se pensaba en los automóviles, y solo una carreta cada tres horas». Una vez más denuncia esa situación, cuyos responsables hoy dan nombre a un par de obras públicas. Así y todo, es un artículo optimista: «Gáldar, a pesar de todo, decimos, ha abierto una puerta hacia el futuro». Es muy interesante su visión del momento: «La Gáldar de 1990, la heredera de los Guanartemes, de los capitanes Quesadas, de los alcaldes patriotas, de los artistas, de las madres sabias y calladas, de los trabajadores honrados, de los sufridos agricultores, esta Gáldar de la calle y del bullicio, del vibrante y trepidante ritmo, de la agitación, del ir y venir, del tráfico endiablado, de las calles y plazas repletas, de los buenos comercios, de los amplios escaparates, de los grandes negocios, donde corre el dinero y el vicio, donde nadie es extranjero».

Concluye el libro con la entrevista que le realiza su amigo el escritor agüimense Orlando Hernández Martín (Agüimes, 1936 – Las Palmas de Gran Canaria, 1997), que llevó por titular «La arqueología canaria es para algunos un beneficio propio y no una ciencia». A través de las preguntas que le realiza el entrevistador se repasa la biografía, vínculos familiares, estudios realizados, estancia americana, conceptos, arqueología, etc. La respuesta a la última pregunta en cuanto a sus proyectos sintetiza la visión universalista y patriótica de Celso, pensando en la continuidad de sus investigaciones en América, se concentra en la Cueva Pintada: «Sin renunciar a los trabajos de investigación iniciados hace casi 20 años en los Andes patagónicos y Tierra de Fuego, en la actualidad el Ministerio de Cultura me ha encomendado la dirección del Parque Arqueológico de Gáldar».

Junto a los artículos de Martín de Guzmán se ofrecen en este libro una serie de dibujos realizados por el artista Juan Borges Linares,

amigo del arqueólogo, nacido en el barrio de San Isidro donde residió. En los mismos hay paisajes, personajes históricos, santos, escenas, etc. Borges está muy reconocido como escultor, pero además era un dibujante imparable: siempre dibujando. Los dibujos son alusivos a los textos, de manera más o menos directa, y no es la única ocasión que colaboraba para ilustrar textos, ya que lo hizo varias veces para distintos autores. En muchos de ellos late ese misterio, ese esoterismo, tan característico del artista con elementos que fusionan visiones cosmogónicas que reflejan un mundo interior nutrido de influencias culturales diversas canarias y americanas pero que, en definitiva, están dotadas de una impresionante espiritualidad. Tanto hay obras de carácter descriptivo y fácilmente reconocibles, como otras que se prestan a distintas interpretaciones. De cualquier manera, es una serie extraordinaria, por su calidad y variedad, y todos están firmados y datados: «BORGES LINARES 90». Entre las características tenemos: importancia del horizonte con el Teide o Montaña de Gáldar, Amagro, la línea del mar, manos de dedos alargados, cabezales con puntas en espiral, el sol, la luna (en ocasiones fusionadas), cometas y estrellas; elementos que flotan en el aire, grafismo, rostros de belleza dual, predominio de la línea, puntillismo, esoterismo, dragos, roleos estirados, etc. A continuación se hace un repaso y análisis con más detalles de las ilustraciones realizadas por el artista.

En el dibujo de Amagro, el círculo aparece como forma precisa, perfecta, generando vida (como una semilla) ya que de él surge la rama que contrasta con la aridez. El contorno de la montaña se recorta en un esquema bajo el signo del caracol, con una espiral errante de puntos y la luna. La «montaña sagrada» es reconocible por su perfil, pero en otros casos de la geografía, el panorama es más descriptivo, como sucede con Sardina, que parece ser vista desde una cueva. En parte ofrece un panorama real con los distintos registros icónicos del puerto galdense: muelle, barca, redes de pesca, mar, Farallón, Teide... La gran espiral es el elemento central que engloba sol y luna, desde donde sale volando una gaviota. Paisaje real, pero no exento de esoterismo. Cuando dibuja la Montaña de Gáldar la representa en su rotundez, como si fuera un medallón emblemático, donde la referencia arqueológica viene dada por el molino de piedra.

Andamana y Gumidafe son figuras que trató en diversas ocasiones, incluso en relieves de madera, donde destaca el díptico de la colección Martín de Guzmán, que más tarde repitió para el Salón de Plenos de las Casas Consistoriales. Al igual que en los lignarios, en los dibujos los personajes están de perfil. Gumidafe barbado, sin adornos y pelo rizado, mientras Andamana tiene melena lacia, larga y una estrella de mar o flor estrellada sobre la frente. Es el Borges más característico, que se repite en el Guanarteme, al cual representa joven e imberbe, casi un efebo, posiblemente para reservar el empaque patriarcal para el señor de Facaracas. Por su parte, las princesas fue una temática frecuente en el artista. En el dibujo reproduce su prototipo, en la línea de los demás personajes de la estirpe guanartémica: de perfil, cabellera con terminaciones acaracoladas, largo cuello, etc. En este caso la mujer está adornada con una diadema, mientras una especie de cinta en punteado vuela casi en diagonal.

En los dibujos hay un predominio de rostros anónimos, atemporales, con distinto tratamiento que aparecen en diferentes temas. Lo utilizó para ilustrar el artículo «Calle larga»: círculo, espiral y perfil femenino, todo fusionado. Lo mismo sucede con el Teatro, que es otra cara femenina de lado con un extraño cuello, enmarcada en un círculo imperfecto de líneas sinuosas. Otro edificio que es tratado con figura humana es el Casino y es uno de los dibujos más delicados y líricos: un rostro joven con ambigüedad de rasgos y suelta cabellera, está coronado de hojas y flores, mientras el resto del diseño acoge un ave y unos estirados roleos. Para «Antonio Padrón» es una faz de fusión de la geometría y lo humano, con pictogramas, círculos y pintaderas, sin aparente relación con el artista. De esta misma tendencia es el dibujo que ilustra «Ciudad cultural», con un rostro femenino que mira a la izquierda al que se le superpone a manera de pintadera una serie de círculos, con técnica puntillista. Tiene cierto aire de misterio, con un ojo sin definir y pérdida de su condición humana en la parte superior de la cabeza.

Pareciera que Borges rehúye los ambientes urbanos y arquitectónicos, así se vio que para la calle Larga escoge un rostro. La plaza de Santiago la representa abocetada y de recuerdo, sin precisión, teniendo en la fuente («el pozo») el elemento más claro. Igual se diría

de los paisajes, como si la representación fiel de la realidad no le interesara tanto, prefiriendo dar su propia visión. En «Cumbres» la mirada que Borges nos ofrece de los Altos de Gáldar está ambientada por los riscales y el ave rapaz, un par de pitas, casas aisladas y una gran cruz... la luna y el sol. En «El Norte» combina paisaje, vegetación, rostro y magia. El perfil de un personaje regio, coronado de conchas y pintaderas, casi flota en el tiempo de la historia, contrastando con un paisaje verticalizante, que tiene en primer plano una palmera y varias cactáceas. Entre lo humano y la naturaleza fluye ascendiendo, casi nacida del aliento humano y de la geología, una especie de nube que toma forma de espiral debajo de la luna, mientras en el contrapunto aparece un pequeño círculo (¿el sol?).

Muchos de los rostros impersonales están acompañados de otros elementos. Es el caso del realizado para «Juventud y ecología», bajo el signo del compás una «almendra» acoge el rostro femenino con cabellera adornada con flores. Un ambiente de naturaleza, con la rama, el sol, la luna y un pez que nada en libertad. También juvenil es la figura de cuerpo completo para «Surf», donde la espiral se convierte en ola atlántica que da movimiento al surfista sobre su pequeña tabla. Muy particular y hermoso es el dibujo que aparece en el artículo que Celso dedica al propio Borges, al que denomina «hijo de Amagro», y realizado por el artista como el resto de la serie. Un círculo integra el perfil de Amagro que a su vez acoge el triángulo perfecto que representa la Montaña de Gáldar. En la parte superior un rostro femenino, el matriarcado, parece dar vida con su aliento y proteger lo contenido en el tondo sagrado y mágico, mientras una estrella aparece aislada en el ángulo izquierdo.

San Sebastián aparece en su martirio al pie de la Montaña, donde un fortín que no dudamos alude a la Torre Roma, es el punto intermedio entre el santo y el fondo del paisaje. Trató bastante este tema, tanto en escultura como en dibujos, todos bellísimos, algunos de los cuales han sido portada de los programas de las fiestas principales de este santo en Gáldar. También repitió la figura del patrón Santiago, realizando imágenes escultóricas del mismo para Gran Canaria, Tenerife y Lanzarote. En este que ilustra el artículo «Gáldar hoy», el apóstol es tratado en su iconografía ecuestre, vestido de pe-

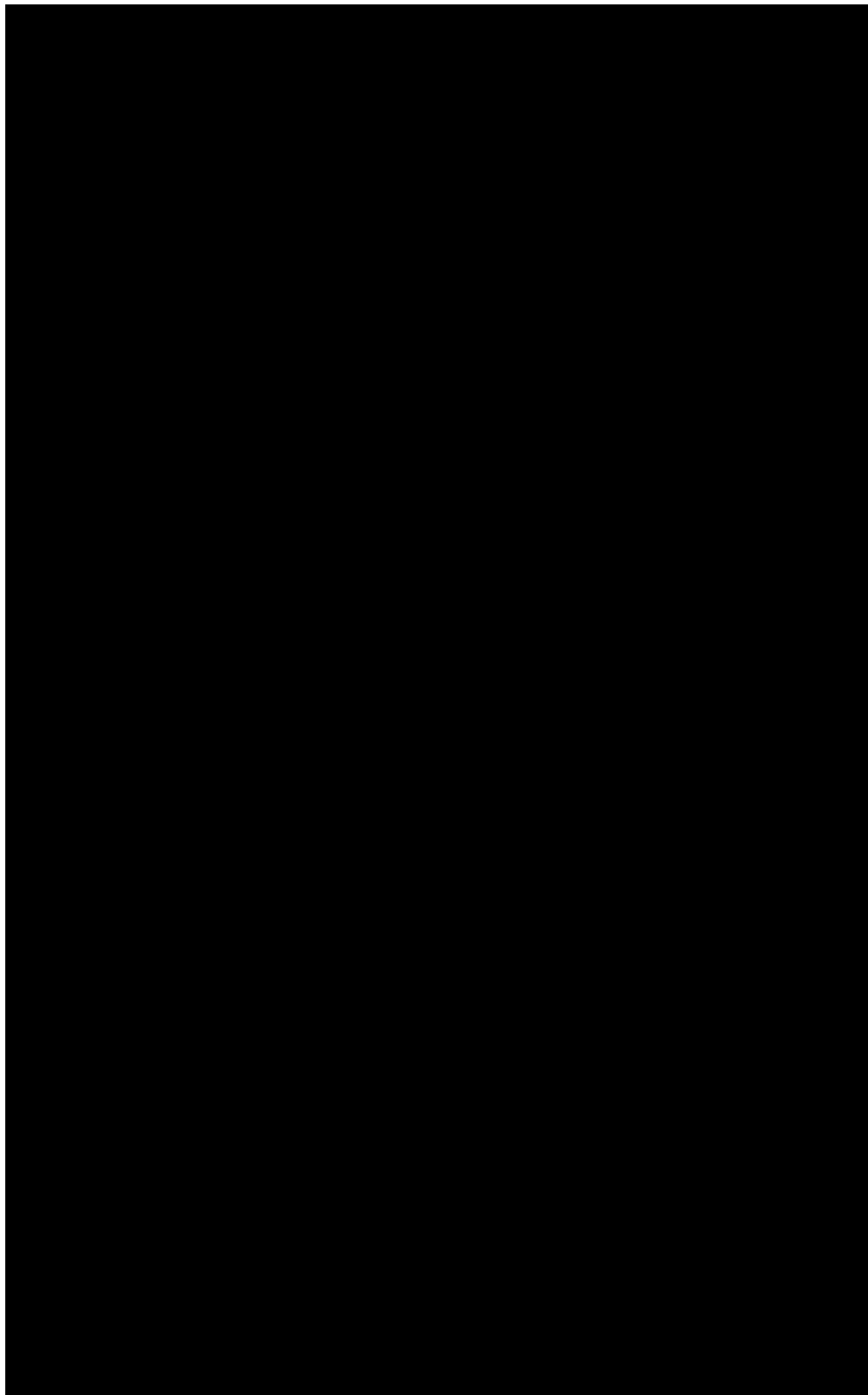
regirino y con la espada levantada en su mano derecha. Lo más original es que lo inserta en un círculo, al que se superpone un estrecho rectángulo vertical y un semicírculo inferior, con punteados que producen contrastes entre las partes. En el artículo «Personalidades» está un fraile franciscano sedente, en una curiosa actitud ya que parece que ha ocurrido algo inesperado en su lectura, que le hace extender las manos y su boca se abre ante el asombro o el miedo, no lo sabemos; todo en un paisaje solitario y desolado, donde se levanta una cruz. Eclesiástico es otro de los personajes históricos que trata, ya que en el artículo «El Cisneros», que alude al colegio homónimo, Borges se centró en el rostro del cardenal, que aparece “galdarizado” con la Montaña y un drago. En otro dibujo dedicado especialmente a la dracaena, esta parece como si fuera un ser animado que baila con las manos alzadas, revitalizado con la cabellera/viento del personaje lateral.

«Aislacionismo» mezcla realidad y esoterismo: una contundente línea separa el mar del perfil de tierra, unidos por un círculo que está cortado por dos diagonales, dentro del cual parece aludirse a orillas con olas en playas arenosas o de callaos, con toda la composición bajo una estrella de puntas irregulares. «Arqueología» está ilustrado con un paisaje de montañas, que aparecen sacralizadas por la magia de un círculo que flota y se perfila punteado. En primer plano dos objetos arqueológicos: un idolillo y una vasija, a los que se suma una esquelética planta, tras los que discurre estirado un roleo.

En suma, un libro en el que están presentes dos ilustres figuras galdenses: Celso Martín de Guzmán y Juan Borges Linares. La palabra de uno con el dibujo del otro, editados con motivo del 25 aniversario del fallecimiento del historiador, arqueólogo y humanista. Algunos artículos pueden ser considerados atemporales, pero en la mayoría hay un reflejo de su momento y no vamos a decir que Celso fuera un visionario, pero desde luego, muchos de sus planteamientos todavía son válidos y de vigencia actual. Son artículos de prensa, concebidos en su momento para ser leídos día a día, pero que ahora se han convertido en un libro que integra historia, relato literario, ensayo, análisis, etc., que podemos leer con nuestro propio itinerario. Al sondear sus páginas encontraremos personajes, lugares, acciones,

opiniones, etc. Mucho le debemos a Celso, mucho hemos aprendido de él, pero posiblemente lo mejor de todo y que más le honra es que, veinticinco años después, sigamos aprendiendo del doctor Martín de Guzmán.

Textos periodísticos de
Celso Martín
de Guzmán



Génesis

Jueves, 1 de marzo de 1990

Hace catorce millones de años la aguas mansas y profundas del océano vieron invadida su infinita soledad por los amenazantes resplandores del dragón rugiente. Este traía, en sus negras fauces, una dentadura de lavas licuadas, un tenebroso pesar convertido en manzanas de oro que el tiempo de los héroes convertiría en leyenda de Campos Elíseos, en la nave inmortal de las Hespérides; donde los príncipes de la aurora, o del ocaso, paseaban, como en los poemas homéricos, su arcaica belleza; y el rostro azafranado y solar, siempre deslumbrante, con que los sacerdotes de Apolo maquillan a los adolescentes, antes de entregarse a los cuidados del amor y la nostalgia.

Hace catorce millones de años la eternidad era aún un concepto sin resolver porque los hombres ni siquiera existían y las bestias, los monstruos y los ciegos peces de las fosas marinas, compartían con los primates la pesadumbre de la ausencia humana. Nadie sospechaba que de un loquinario antropoide la naturaleza y el tiempo conspirasen para, con el soplo divino, construir el primer *Homo*; probablemente en la zanja geológica y diferencial de Olduvai, en el corazón tectónico de África.

Vinieron las glaciaciones y el mundo, gélido e inhabitado, fue paulatinamente poblándose de rumores y canciones, de llantos y ternura. Y las cavernas se iluminaron con los signos de las fieras, de los animales sagrados, de los emblemas mágicos. Los augurios y las ceremonias fueron conformando la estructura elemental de los mitos y el parentesco. Las primeras bandas erráticas, de bárbaros individuos acosados por las inclemencias y los miedos. Por la espesa incertidumbre de las sombras de los bosques, infectados de extraños forcejeos. La maleza poblada de ojos misteriosos, brillantados y metálicos plumajes, fieras y aves sin nombres, pero pavorosas en la



BORGES LINARÉS
90

visión de los enmarañados senderos que hicieron del hombre un animal valiente, a pesar de su desnudez y su inocencia.

Aquel era una suerte de palacio inquietante y todavía dispuesto a la medida de las cosas, pero no adecuado para la vida de quienes soñaban con imitar a las divinidades distantes y entretenidos en equívocos festejos.

Sobre el horizonte de sucias cenizas, como en los combates primitivos que preceden a las hecatombes y los cataclismos telúricos, el lomo erizado del Dragón Atlántico, empezó a marcar con señales ígneas y con violentos terremotos el nacimiento espectacular, grandioso en todas sus medidas, de una isla central, redonda y cupular, recia construcción, mansión y santuario antes de ser descubierta por las musas y deseada por los héroes.

Nació la isla. Bola de fuego, emergente de las entrañas resquebrajadas del zócalo Terciario, miocénico, en fosilíferas coordenadas donde el cangrejo zodiacal había depositado, muy escondidos con otros tesoros rancios, los tres huevos fundamentales del universo sideral: el tiempo, el espacio y la felicidad. De esta condición excepcional, no exenta de envidiable carga literaria surgió la leyenda retomada por los helenos de denominar a estas latitudes del Poniente, Hespérides que viene del *vesper*, vespertino, es decir, *la casa del Sol*, donde Apolo pasa la noche amancebado con complacientes amantes. El lugar del Poniente, de la caída del sol, el extremo del mundo. El Confín Occidental, el pórtico de la noche, asediada por la turbulenta tiniebla de un mar tenebroso, repleto de terrores, innavegable. A cuyo destino uncirían el suyo las naves de Hannón de Cartago, Juba, Seboso y los tropeles de una navegación antigua, lejos de las patrias cretenses y de las afeminadas talasocracias florales, de la taurocatasia, del *príncipe de los lirios*, y de los delicados vasos de Camares. De la Hagia Triada, del orientalismo mediterráneo. De un poemario épico, digno de los mirmidones.

Nació la isla del esfuerzo de los cíclopes y del impulso vertical de los atlantes, hábiles en las artes de Vulcano, el de la fragua y los tiznes ferrugientos. A quien Apolo, con el tiempo, también visitó para alterarle no sabemos si con las lascivias de los adúlteros amores de Venus y Marte, o quizá, como lo estiman los más sabios tratadistas,

salido de sí, por la misma presencia del dios, cuya espléndida belleza enciende indisimulados deseos de poseerla. A pesar de la mecánica, y la humeante metalurgia, de aquellos oscuros y sórdidos talleres, reino del dios cojo y sus fornidos operarios.

La isla nació coronada con la girnalda de la eterna primavera. Como en las alegorías pompeyanas, y en los frisos rafaelescos, portando un velo de suavidades refrescante, sostenidas con el beso insistente y húmedo del Alisio.

Aquellos primeros instantes oyeron el rudo golpear en las cavernas habitadas por el terrible e incandescente basalto; y el abrillanado reflejo de la negra obsidiana, el vítreo elemento, formado de las lágrimas oscuras que desde las profundidades infernales derramó Orfeo, preso de una melancolía pitagórica, numeral y lírica.

Fue un cataclismo de destrozadas fortalezas, de hirvientes inmensidades, llameantes avenidas, riadas fosforescentes, lavas viscosas y tronadores estampidos. Bajo las bóvedas subterráneas, convertidas en intrincados laberintos, lagos ardientes, escudos fonolíticos, buzamientos y basculaciones contrarias a la ley de la gravedad y sin embargo, precisas como la poesía.

Esta isla, en su expresiva circularidad, elevó sus vértices geológicos con la seguridad con que se construyen los grandes edificios naturales, y se dio a sí misma un sistema radial de abarrancados surcos que tallan su rostro y lo sostiene.

Para el mito, se dice que toda esta génesis no es otra cosa que el resultado de un amoroso combate entre Venus y Marte, entre el agua y el fuego, librado en el lecho de espumas del proceloso y sonoro Atlántico. Quién sabe.

¡Agáldar, Agáldar!

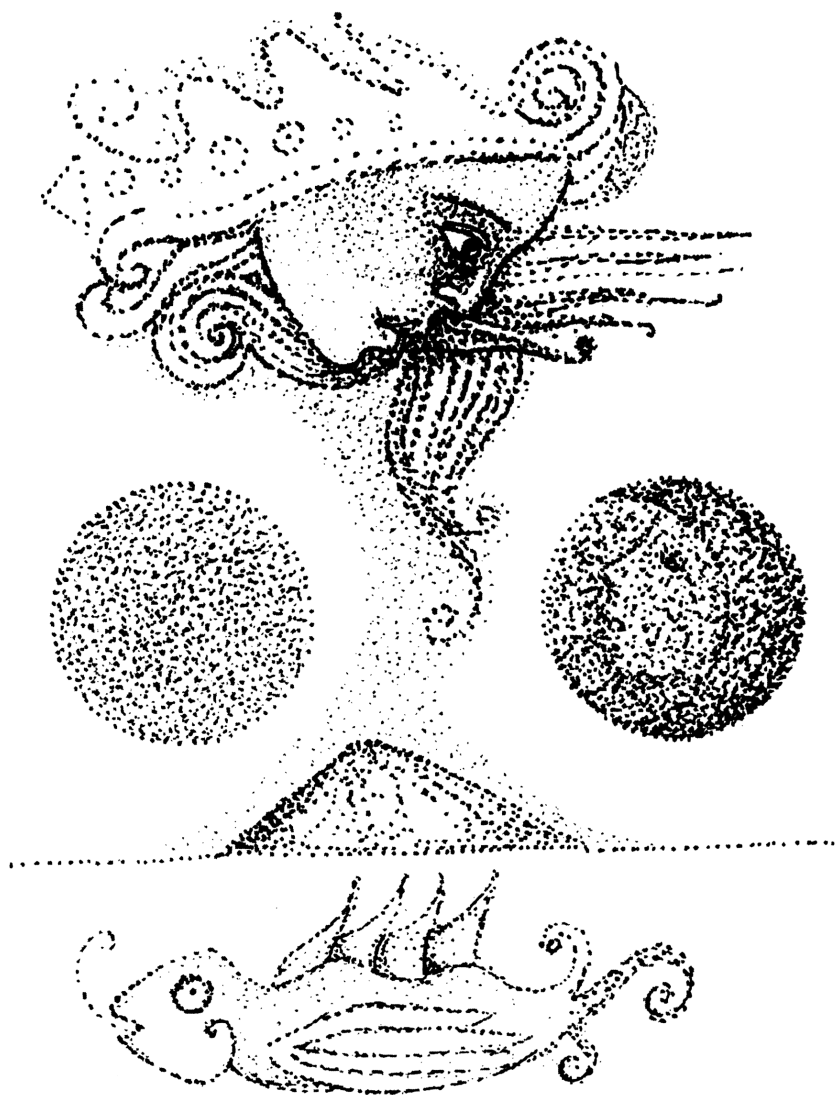
Viernes, 2 de febrero de 1990

La isla quedó instalada sobre el mar como un palacio. Y vinieron a ella las primeras aves y semillas. Y sus laderas y enconadas se revisitaron de sombríos laureles, tiles misteriosos y brezos, hasta coronar las cresterías cumbreñas con la erguida empalizada y el indomable fuste de los pinares. Las madres del agua, las grietas y cabucos, explotaron con surtidores flamígeros, manantiales deliciosos.

Estas tierras del norte fueron desde su mismo origen una Arcadia insular, un remanso de bucólicas imágenes virgilianas. Propias de la latinidad serena y del suave caramillo. En sus charcones y juncales en la mansedumbres propia de los tiempos bíblicos, cuando los territorios se van, poco a poco, poblando de señales y aquí y allá aparecen las primeras huellas y rescoldos junto a los fuegos de la tarde, pura emoción.

Al pie del acantilado negro y tallado, el rompiente del cantil, apretado como las murallas antiguas de los primeros imperios asiáticos, lejanas reminiscencias convertidas en fortalezas atlánticas, altas almenas basálticas, sobre la vertical de los playazos adonde acuden indecisos los peces versicolores, tímidos como los extranjeros y repletos de su misma curiosidad. En estas prietas y bermejas costas del norte, del gran norte de la isla, las palomas torcaces y las gavio-tas describieron errantes, de este a oeste, la geometría espacial de un vuelo trazado en el espacio ligero y azul flotante de una incierta melancolía, de una bella distancia.

Vino después la calma y el sol redondo, de oro y cristal. Y lo inundó todo. Las barrancadas y antiguas heridas de la hecatombe vieron bajar las aguas deliciosas de las mansas lluvias que el Alisio proporciona al rostro moreno del territorio en brumas. Los pájaros de fuego y las flores de nácar, las algas perfumadas y las mariposas de seda



BORGES LINARES
90

irrumplieron en los jardines primigenios, mucho antes de que el primer hombre traspasase el umbral y la huella de estas tapias, en cuyos huertales crecían ya las dracaenas y las euforbias y el arrogante palmeral, curvado en sus pencas y datileras compartían el dominio con los mocanes y almácigos, con el tabaibal morisco y el cardonal.

De pronto, una mañana, apenas el alba había mostrado sus cárneos destellos, temblaron los cimientos del océano y la isla se elevó por el norte, describiendo una arcada gigante, casi a pico, mirando hacia el poniente, *la otra banda*, frente a la *casa del Sol*, dando su cara al Teide, en cuyas entrañas Vulcano trocaría su nombre por el de Tinerfe, en alusión a aquellos infiernos magmáticos, en cuyas calderas se fragua la materia de los edificios de estas ínsulas.

Amagro era aún un islote, una suerte de farallón romo donde resistían los últimos moluscos y reservorios terciarios, trémulos y vigilados por la cabellera de la sabina vegetal, retorcida, más misteriosa que un anacoreta.

La nueva página de esta epopeya se hizo anunciar por grandes convulsiones terráqueas, algo más que el vértigo, a partir de esa sensación inestable que precede a los grandes nacimientos del territorio cuando este tiene una génesis volcánica. Volvió a rugir el Dragón Atlante, en el Tercer Ciclo. Es decir, hace casi tres millones de años, pero quizá apenas cincuenta o diez mil años. De aquel estampido colosal, pletórico de fuerzas (pues iba a nacer una reina), emerge terso y exacto el vértice piramidal, el cono volcánico, trazado con el deseo de legitimar al tiempo y permitir a los hombres habitar sus repliegues, en el disfrute de la tibia maternidad que otorga a los seres vivos la sensación del bienestar del regazo.

Soplaba un alisio juvenil, de septentrión, rumoroso y fresco. Y por ello, aquellos cráteres del volcán quedaron algo así como arrumbados, entremetidos en las carnes rugosas de la coraza, medio paquidérmica, medio mineral escoriáceo, a la postre monstruo dormido, no se sabe bien si símbolo uterino o quizá mejor materna teta de ceniza, nutricia a pesar de reseca, recuerdo inmemorial, extraño vínculo de los matriarcados más potentes y determinantes, edípica emblemática, casa común, referencia del linaje, sueño de piedra, tienda y lecho de amor prohibido, contubernio pero también ara de la isla, altar de

las ofrendas, en las calamidades y victorias, en los festivos o en los funerarios episodios.

Allí la montaña, esencial, perfecta, centrando las tierras bajas y llanas de aquella vega ubérrima; conduciendo hasta el cielo, como si de una catedral se tratara, las primeras acciones de gracias, los primeros rezos y cánticos de esta Jerusalén, tierra de promisión.

En las tierras del norte, la gran Venus inmortal, la Tierra Madre, dejaba ver uno de sus pechos geológicos y, sin consultar con nadie, como un acto de su libre voluntad y de su poderío, pactó con Cronos el estatuto de estos suelos. Contribuyó a garantizar su fertilidad, sus aguas y sus frutos. Exigió de Alisio una asistencia permanente. Abrió a los rumbos del septentrión las vaguadas y valles, las laderas, los lomos, los cerros y atalayas, las cumbres y medianías, las degolladas y montañones.

Estas tierras privilegiadas, con el tiempo, serían el solar rancio, el castillo y alcázar fundacional de la isla. Especie de ciudadela mesopotámica, sobre cuyas lavas los dioses tallaron el trono de la isla que aún no tenía nombre. Con los siglos, el deseo de la Gran Madre se vio cumplido. Y le llamó *Agáldar*, *Agáldar*.

Metrópoli

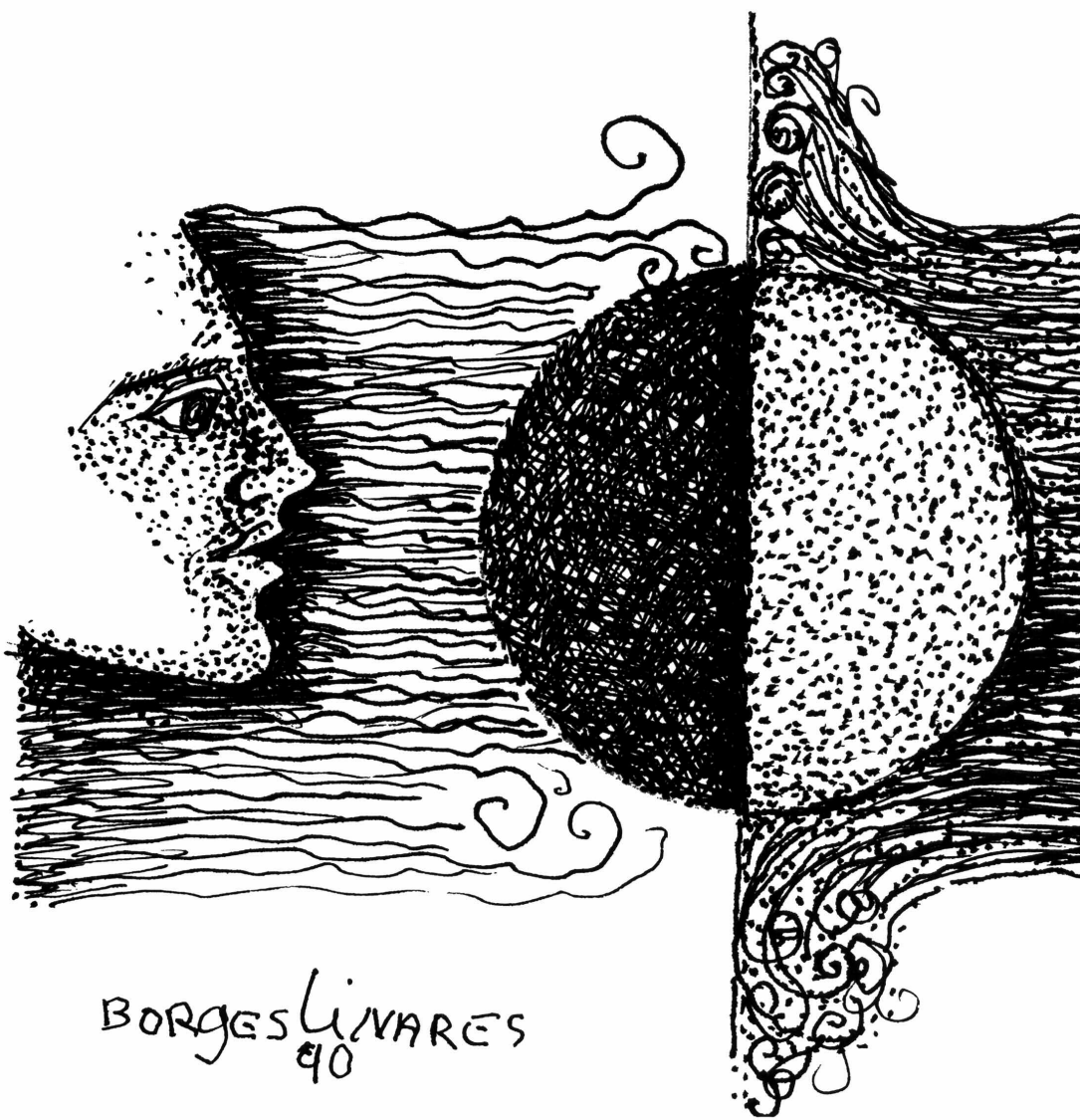
Sábado, 3 de marzo de 1990

Viera al referirse a Gáldar, lo hace en términos bien precisos y documentados. En ningún momento duda, recopilando una opinión generalizada de los cronistas e historiógrafos, en definirla con dos palabras: *Metrópoli de la isla*.

Esta noción de *centro metropolitano*, de núcleo primigenio, de foco difusor que se le otorga a la anciana y vetusta (más por los años que le asisten y acompañan que por los bríos decaídos), otrora Agáldar de los Guanartemes, tiene unos fundamentos dignos de un particular comentario. Y todo esto es pertinente, más que oportuno, por descansar en tal concepto capitalino una de las claves develadas del pasado insular; tan mal interpretado y cada día más embrollado por obra y gracia de ese intrusismo profesional del que ha adolecido nuestra historiografía prehistórica, aún en manos de algunos museográficos, camino al desfiladero del año 2000.

Hay que insistir sobre estas ideas por parecer inofensivas y, en realidad, no serlo. Pues, va en ello la impronta de ese sello de identidad, de raíz consustancial y de determinación cultural, social y política, que la comunidad canaria no ha sido capaz de otorgarse a sí misma. Bien por el descalabro de su burguesía hueca y huera, entusiasmada con los fines de semana en el sur, o por la dejación que de la *res pública* (de la cosa pública) se ha hecho, en manos de desaprensivos y semianalfabetos politicastros, solamente superables a sí mismos en la presunción anodina del patrioterismo insuleño y en el desconocimiento de la historia de su pueblo.

Estamos todavía asidos, cautivos y amedrentados, a los tópicos proyectados a partir de una historiografía de *consumo local*; con reediciones, refundiciones y obsoletas, posiciones que tienen su criterio de autoridad en farragosas y mal documentadas *Historias de Canarias*,



BORGES LIVARES
40



que se leen como la Biblia y se repiten hasta la saciedad en nombre de Torriani, Abreu, Marín, Millares, dejando fuera de ellos, el más señero y magistral de todos los historiadores canarios, el ilustrado y volteriano José Viera y Clavijo, un prodigio de erudición y prosa.

Cuando los pueblos se ofrecen *decapitados*, es decir, carentes de cabeza, quiere ello decir tres cosas: o que nació sin cabeza (hecho verdaderamente monstruoso, pero no por ello menos posible); o que lo decapitaron (hecho violento realizado contra la libertad del sujeto); o que, si en algún momento tuvo testa la perdió.

La sociedad insular, en este sentido, se nos ofrece *descabezada*, como un trasunto que tuviera su correlato mitográfico en el testimonio estremecedor del príncipe Doramas, que perdió su cabeza por defender la libertad de su pueblo. Sin embargo, la época pareciera ser inconsciente de esta situación alienante, de *ser sin estar*, o, en su reversibilidad, de *estar sin ser nada*.

Así las cosas, es preciso determinar dónde estuvo esta *cabecera de la isla*, este pilar fundacional; más allá del discurso barroquizante de los amantes de las perversas y confusas ambivalencias, de las antiestructuradas posiciones dualistas. De la hidra de la confusión.

El origen no se puede improvisar, ni mucho menos inventar, pues, al final, se descubriría la farsa, y a los farsantes de tamaña comedia.

Esta reflexión, hecha desde las gradas de la historia de Gáldar, pero que implica a todo el tendido de Gran Canaria, contiene una fuerte dosis de reto y toma de posición en un momento crucial de la sociedad insular, entre adormecida y ofuscada, embotada, abotargada entre conformismo sin piedad que todo lo esteriliza.

Va ahora la argumentación metropolitana y con ella *devolver el rostro a la historia*, poner con decisión, y sin complejo, *la cabeza sobre los hombros* (de la saciedad, del pueblo y de la juventud, que es el futuro de ambos soportes).

Cuando los europeos, o mejor, cuando la cristiandad, vía Corona de Castilla, entra en contacto con los *reinos indígenas de Canarias*, la isla de Canaria (la Gran Canaria), ofrecía un desarrollo institucional que desde el análisis de la moderna antropología ofrece todos los atributos propios de las *sociedades complejas*, con una articulación de clases y tenencia de la tierra, con unos modelos avanzados de distribución y control que tienen su punto crucial en la *jefatura hereditaria*.

Se ha hablado de los guanartemes o reyes de la isla, y, por lo tanto, de una monarquía y un reino. Fue así como, sagazmente, lo interpretó Fernando el Católico cuando, *de facto*, reconoció la realeza del último dinasta isleño y le apadrinó en las Cortes Generales, ante toda la grandeza y la curia de Castilla y Aragón.

Monarquía quiere decir *gobierno de uno*, como *diarquía* de dos, etc. La idea de la monarquía es la máxima expresión de esta concentración de poder y mecanismo de la jefatura, y donde el valor de la *unicidad y legitimidad* es indiscutible.

Por ello, la *primera capital* expresa este vínculo con el pasado y los orígenes, siempre sacros, intocables. Por ello, hacían sus juntas en Gáldar, donde acudían los de Telde, sede del *fayacانات*, poder delegado. No es posible compartir la primacía, y estar atormentado por estas *dos cabezas*, como el águila bicéfala. Otra cosa es el *sistema dual*, en función de la organización ciánica, o tribal de los parentescos y de los lazos de sangre, que iban tejiendo la trama social de los antiguos canarios, nuestros antepasados.

Roma

Domingo, 4 de marzo de 1990

Había en Gáldar una casa antigua que los canarios llamaban Roma. La eterna (¿no es algo insólito?) morada de indescifrables contactos, asentamientos referidos a la antigüedad más latina y pétreo.

Traen estas viejas memorias, con la mezcla de imprecisos momentos, un hálito de grandezas imperiales en la poemática de los san Sebastianes: del azul Mare Nostrum cuando las naves del Bajo Imperio levaron áncoras hasta la boca de las Columnas de Hércules, el «mar incógnito». Tenebroso.

Hasta estas marcas galdarenses llegaron en algún momento (¿tiempos de san Maclovio y san Avito?) influencias enraizadas en el tronco común de la cultura romana constantiniana. La *catolicidad* y el concepto «universitas», ráfaga mágica del «Ex oriente lux», ahora hasta este confín finisterre atlántico. Junto al volcán de Gáldar, resumen de la epopeya de mar y fuego.

En la acrópolis se fue agrupando una serie de instalaciones palatinas que fueron arropando, con sus murallas y estancias, el «alcázar de los reyes de la isla». En sus avenidas porticadas, en sus pilones decorados, en sus cámaras ceremoniales, en los frisos pintados, en las grandes y pesadas construcciones, en sus propileos y dromos, en los encajados pasajes urbanos, en los tapiales y torretas, en los frontispicios, en las acequias de las reales huertas, en las casas y mansiones labradas, de ajustados y herméticos sillares. En la acrópolis. Allí. Roma. Fuerte y cerrada, amurallada estructura, con denominación clásica, vestigio de contactos exteriores, paleocristianos, tardoimperiales, remate a la postre de un destino invencible, simbolizado en la toponimia, en el bastión erguido junto a los palacios de los hijos de Artemi. En el centro del corazón. En el epicentro de Gran Canaria.

Había en Gáldar una casa, ciclópea, arruinada junto a la iglesia de los Santiagos de los Océanos, que era Roma. Y Roma hubo de ser quizá el nombre, la clave de este enclave inmemorial, y que aproxima a los relatos de Plinio, de Juba de Mauritania, el Rey poeta, amigo íntimo de Augusto, emparentado con los Ptolomeos y las Cleopatras, del que en el Museo de Rabat se conserva uno de los más delicados y vibrantes retratos en bronce, divinizado y procedente de las excavaciones de Volúbilis. ¿Estuvo aquí Juba y su guardia pretoriana, sus bibliotecarios y pintores, sus naturalistas y físicos? ¿De dónde Roma?

Roma, de resonancias solemnes, perfectamente localizada en la calle Torre (hoy Gumidafe), que dio nombre al «barrio de la Torre», y a «las cuevas de la Torre», donde se levantó, en las primeras décadas del XIX, el cementerio de la Santa Cruz, hoy dedicado al futuro en nombre de la morada de la juventud, de la eterna sementera, hacia el siempre todavía.

Tuvo Gáldar estas residencias latinizadas, y su documentación se remonta a los primeros siglos de la era, sobreviviendo en la memoria colectiva de los «canarios Gáldar» (que así se llamaban a sí mismos ellos). *Una casa grande y capaz que los canarios llamaban Roma*. Un lujo antecesor, una apuesta por la universalidad temprana de las culturas insulares. Una salida del laberinto. Una vocación que habrá que renovar, exiliando los malos humores de los estrechos nacionalismos de inspiración tomatra, de pañoleta costumbrista y folclórica. Una visión real, histórica: al margen, también, de las coartadas cosmopolitas, turísticas, espúreas. Un beso con la raíz mediterránea, del viejo mundo, del África mediterránea, de los «berberes», los rubios orientálicos, primos de los cretenses y de los égidas, instalados en la Libia y Tripolitana, o de los etíopes occidentales, númeridas y gentes del mar, de comunes orígenes.

No es esta, desde Gáldar milenaria, aislada isla, laberinto negro, historia sin brillo. Es aquí, en estas piedras y calles, que contornean la trama actual de la Gáldar surcada por los ruidos endiablados de los muchachos cabalgantes en las «derbys», el atronador efecto de los recortados tubos de escape. Pisan ellos y ellas endomingadas, rubísimas y ensortijadas, guapas, sobre aquellas piedras sin saberlo, y la isla lo ignora. Y Las Palmas se re-acabullona y prostituye con falsos



BORGES LINARES
90

ídolos de barro. Maldita y vacía utopía de una ciudad que sin ser ni villa ni corte, ni nada, ha pasado a emparentarse con Beiruth, sin saberlo. Por el asedio de los «schamanitas», que bajaran un día desde las lomas a tomarse la justicia por su mano y a revolver los sepulcros de una burguesía mercantil y adinerada, sacramentada en la idolatría de los becerros de oro. ¡Pobre destino de aquel lúgubre campamento militar fundado una mañana de San Juan, y cuya conmemoración los ingenuos aún pretenden resucitar! ¿Qué pretendéis? ¿Resucitar el «hacha de guerra»? Triste destino os espera. Renunciaron a la concordia y reconciliación de san Pedro Mártir. Con las muñecas uncidas al «Cassio», disfrazados con taparrabos indecentes, sin el mismo decoro genealógico que merece el apellido de su abuelo, emigrante andaluz, recibido en estas ínsulas para que su nieto llegue, limpiamente, a concejal de Santa Ana. Sonoros apellidos de la baja Andalucía que han descubierto, gracias a su sangre española, el eterno deporte hispánico de la sedición y el resentimiento, según el código del converso.

Sobre esa perversión histórica, no queda otra liturgia sino responder desde el pasado para posibilitar el futuro. Mirar hacia Roma.

Allá, después de los ingeniosos puentes de Silva, donde la isla, en su curva noroccidental, se abre en un escenario de cuevas pintadas y murallas, Roma.

Amagro

Lunes, 5 de marzo de 1990

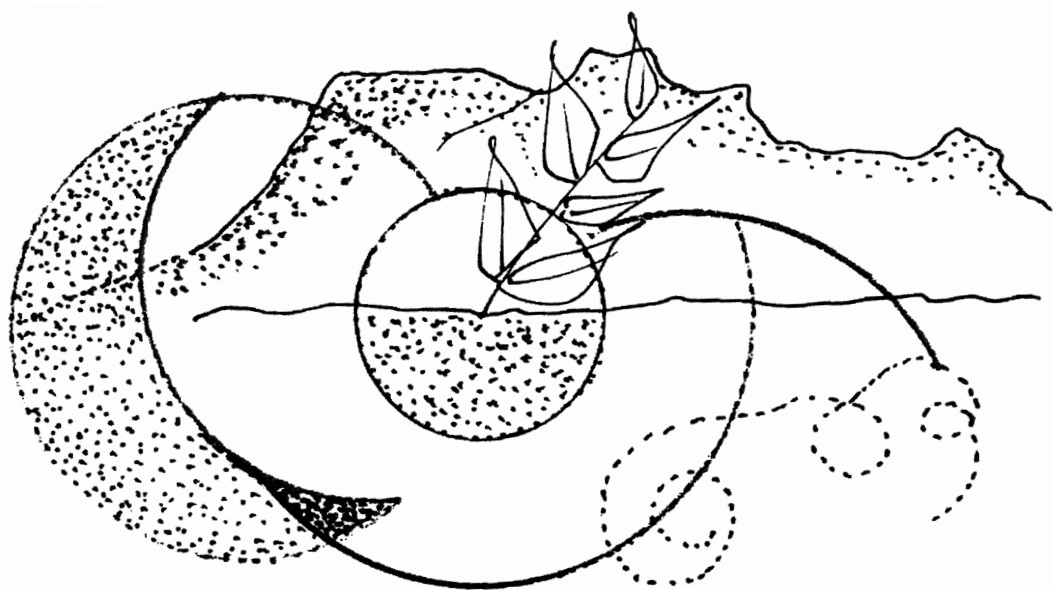
La mole pétreo, el otro pecho que se levanta hacia poniente, anticipando la grandiosidad de las llanadas del Gayerte, de las cresterías azulencas de los Tamadabas. Amagro, singular islote terciario, cuya genealogía es anterior, en varios millones de años, a la propia montaña de Gáldar, su hermana menor, más tardía pero, también hay que decirlo, más bella.

En las rancias toponimias, en los cronicones y en los más acrisolados relatos de nuestra antigüedad insular, Amagro es junto a Tirma uno de los santuarios de aquellas etnias de la gentilidad canaria. Tirma y Amagro (y no Umiaga, apócrifo y confundido).

La misma significación del topónimo como *la isla*, hace alusión a su carácter de roque singular, de territorio demarcado, tanto desde el punto de vista de su ordenación geomorfológica como por el carácter de *recinto sagrado*, lugar de culto. Especie de dehesa comunal donde meter el ganado y donde los perseguidos por la justicia (como en las catedrales del medievo) podían beneficiarse del derecho a la libre hospitalidad.

Este estatuto de *tierras comunales* (después del Rey), se mantuvo hasta los repartimientos del XVIII, cuando se inicia una serie de dadas, suertes, trozadas, aptas para diversos cultivos, disfrutados por un número determinado de los vecinos de la entonces villa de Gáldar.

Amagro, visto desde la colina de Gáldar, en los detenidos atardeceres de septiembre, tiene toda la grandeza que confiere la serenidad y el atavismo de su misma silueta, rematada por los *mojones*, donde el alisio de verano se detiene y le hace una extraña caricia. Para los sabios pescadores de Agaete es común el aserto de *nubarrón en Amagro, recalmón en Las Nieves*.



BORGES LINARES
90

La arqueología no ha podido certificar la presencia de grandes construcciones pero sí evidentes testimonios, semi ciclópeos, de recintos circulares, como centros de reunión y que, sin género de dudas, hay que poner en relación con este territorio sagrado, de zona y recinto donde, al menos anualmente, acudirían los cortejos de harimaguadas y el pueblo llano para propiciar y solicitar a Alcorac mejores cosechas y las tan ansiadas lluvias. En estos hitos topográficos, que se van escalonando desde la gran necrópolis de La Guancha, sigue en La Furnia y Mugaretas, sube hasta El Corralete (en Montaña Pelada), hay que situar, dentro del itinerario, la referencia principal que es Amagro, desde cuya cumbre se divisa uno de los paisajes más impresionantes del norte de Gran Canaria, con el telón de fondo de los Gayertes y los Tamadabas, las Guayedras y los recortados andenes de La Aldea y Artenara.

La rehabilitación sentimental y cultural de Amagro está estrechamente ligada a dos ilustres galdenses. Al gran mecenas y ejemplar alcalde que fue don Antonio Rosas Suris y al artista y escultor Juan Borges Linares.

Esta última historia de Amagro, también frustrada como otras tantas páginas de esta desventurada Gáldar, tiene su origen en las postrimerías de los años 50 y primeros años 60 de este siglo; cuando el impulso de la política de Rosas Suris pretendió enaltecer el pasado de la Real Ciudad y erigir un colosal monumento al rey Fernando de Guanarteme en el vértice superior de esta montaña sagrada. Se iniciaron las obras de acceso, e incluso, se llegó a labrar una cueva que iba a ser el santuario del recorrido y en cuyo interior tendría su altar la *Virgen de Amagro*, realizada en madera por el propio Borges Linares. A esta empresa, que como es de suponer tuvo desde un primer momento sus enaltecedores y detractores, se sumó decididamente desde Madrid Domingo Navarro Navarro, presidente de la Asociación de Corresponsales de Guerra y el comandante Jackie Fernández-Taieb. El artista Borges Linares proyectó e hizo una maqueta de ese monumento, de una grandiosidad y proporciones que no dudo en catalogar de faraónicas. La figura del Guanarteme, de más de 10 metros de alto, fue concebida como un profeta de la cultura, un héroe civilizador (esa siempre ha sido mi tesis), y en el modelado de la figura

el artista no dudó en incorporar cánones miguelangelescos que resaltaban la dignidad de este mal comprendido personaje histórico. En efecto, aquel Guanarteme tenía mucho de Moisés en el momento de bajar del Sinaí con las tablas de la Nueva Ley, y que se encuentra con la incompreensión de su pueblo empeñado en idolatrar al *Becerro de Oro*. El símil con la situación histórica canaria, cuando el dinasta canario regresa de Calatayud, era muy concisa y adecuada. Cada profeta tiene su bajada del Sinaí.

Borges estuvo años trabajando en la empresa. Fui testigo de excepción de todo aquello en mis años mozos y airados. La retirada de Rosas de la alcaldía y el inicio de lo que, en aquella ocasión, denominé la Década Infame (juicio en el que me reitero hoy con más argumentos), fue responsable de que la escultura terminara con sus moldes tirados, literalmente, al barranco, y un oscuro velo de traiciones y torcidas insidias volviese a desviar el destino de Gáldar, de espaldas a su propia historia.

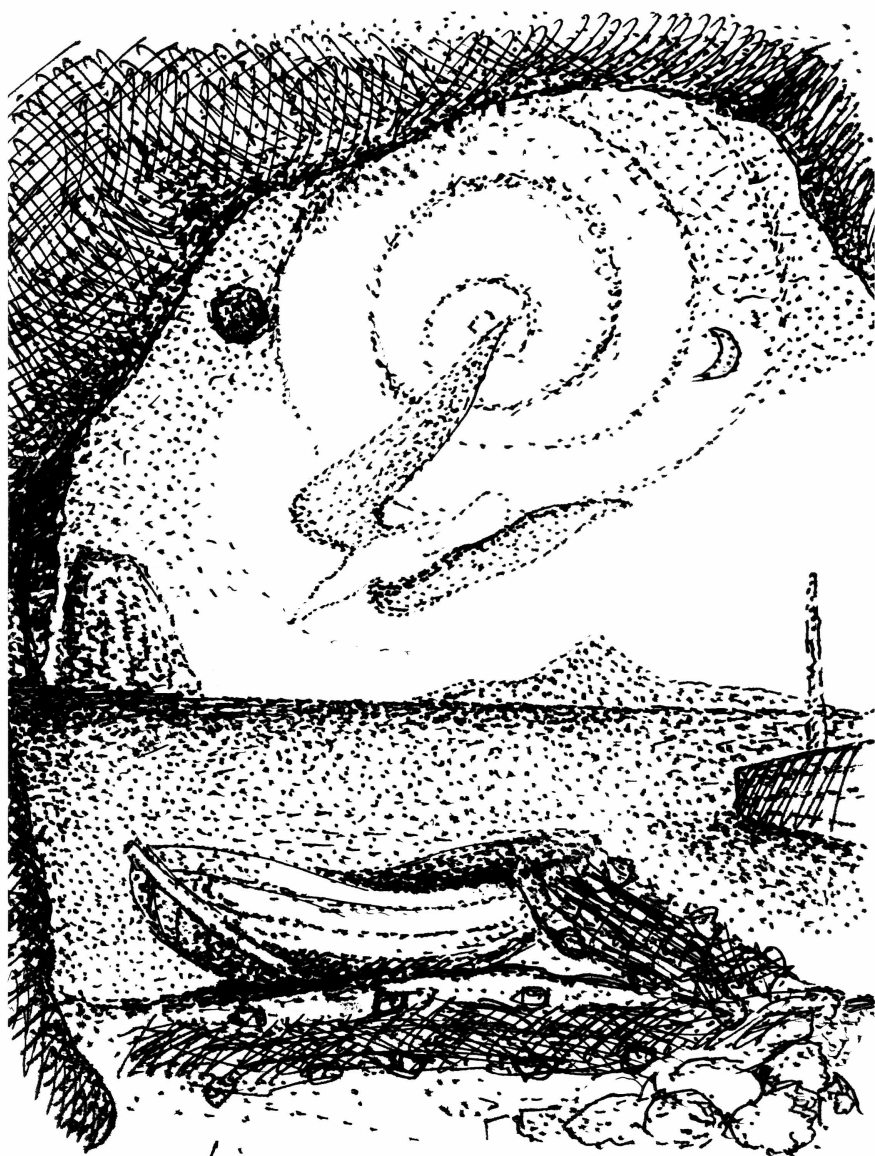
Triste historia que hoy, con los años, se ha visto, en parte, corregida con el monumento que el ayuntamiento democrático de Gáldar, con el patrocinio institucional asumido por la Casa Real Española, ha levantado en el recoleto recinto de la plazoleta de los Heredamientos de Aguas, y en cuya sombra pacífica, la juventud moderna de la comarca, comparte en las prolongadas madrugadas el jolgorio y los excesos justificables de quienes han hecho de sus años la bandera de cualquier desvelo.

Sigue Amagro, pétreo, silencioso, imponente como un buque fantasma, cruzando la noche densa y fustigando con su cerrada frente los veloces corceles del tiempo. Amagro, templo de piedra, isla.

Sardina

Martes, 6 de marzo de 1990

Un cartógrafo portugués, Valentín Fernandes, en sus cuadernos de navegación, con precisión geométrica señaló entre los vértices náuticos más sobresalientes de la isla de Gran Canaria, *Sardina*, apenas iniciado el siglo XVI. Pero los antecedentes históricos de este enclave, fuerte, torre y puerto de Sardina es, en años, anterior, pues, en los primeros protocolos de Sevilla, y en el comercio azucarero entre Gran Canaria y los principales mercados de la Europa nórdica (Amberes en particular), Sardina, junto a la Caleta, atestiguan la pujanza e importancia de este comercio directo entre el norte grancanario (Agaete incluido) y el exterior, antes del Descubrimiento de América. No se explica de otra manera la presencia del Tríptico de las Nieves y los altos patrocinios de Antón Cerezo, cuya descendencia mezcló virtudes pías y linajes nada más y nada menos que con la Casa Real de Gran Canaria, gracias a la alianza de su hijo Galeoto, casado con doña María de Guzmán (hija de la reina Arminda, la guayarmina doña Catalina Guanarteme y de su esposo don Fernando de Guzmán, nieto del señor de Batres, y primo del celeberrimo poeta renacentista Garcilaso de la Vega). No se explica tampoco, el lujo de la capilla de Santa Lucía, al final de la calle Larga, junto a las mansiones señoriales de los Pineda-Betehncourt, fundada por otro humanista del entorno cultural de Pedro de Arguello, don Pedro de Vega «El Rey de Armas», casado con una hija del mismo don Fernando de Guanarteme, doña Catalina Guanarteme, de quienes descienden todos los Vegas y Saavedra de la comarca, semilla fecunda, popular, y enraizada en las labranzas, los oficios y las marinerías. En aquella capilla, procedente de Flandes, las espléndidas tablas salidas de los pinceles más cotizados del momento dedicadas a Santa Lucía y una corte santoral propia de la época.



BORGES LINARÉS
90

Pero Sardina es algo más en toda esta historia de buques, goletas, cocas, caravelas y flotillas camino de la Guinea en busca del oro; y, después, abriendo la Rosa de los Vientos hasta las occidentales Indias a quien Vespucio, astuto y atributivo registró con su nombre propio y denominó América.

En la costa de Sardina, y al pie de Amagro, la sacra y desmantelada montaña, en la *Cueva de la Paz*, los embajadores del rey de Portugal pactan con los *canarios de Gáldar* la colaboración militar, en julio de 1478, con el propósito de desalojar la invasión que el Reino de Castilla había perpetrado con Juan Rejón, en las márgenes del Guiniguada, donde se levantó un campamento militar el día de San Juan, y se inició la cruenta Guerra de Canaria, que se prolongará, de manera encarnizada, entre Gran Canaria y Castilla a lo largo de cinco años. Ese es el origen que hay que olvidar y volver a la reconciliación del 29 de abril. Lo que es un absurdo es celebrar el día en que se declaró la guerra, y no hacerlo el día en que se firman las paces.

Sardina entra, entonces, en la historia de la diplomacia internacional, donde dos reinos, Canaria y Portugal, capitulan el pacto de no agresión y mantienen un estatuto de igual a igual contra el entonces enemigo común: Castilla. Quedan de estos contactos portugueses reflejos en su toponimia como el propio nombre de Sardina, que se quiere hacer derivar de uno de los capitanes de mar lusitano, de apellido Sardinia a quien acompañaba también otro auxiliar náuta, Almeida. En el tema de la toponimia no hay acuerdo erudito; pues, tampoco se pueden descartar las resonancias mediterráneas que emparentarían el topónimo con Cerdeña (Sardinia). Lo cierto es que, en uno de sus acantilados, aún los pescadores reconocen el término portugués de «Los Artigos» (los artículos), y cuya vinculación portuguesa está fuera de toda duda. Lugar este por donde, probablemente, de manera disimulada, en las noches plenilunias desembarcaran sus mercancías los cristianos portugueses para ayudar a sus amigos canarios sin ser vistos por los castellanos.

La fama de Sardina, como puerto del Atlántico ya ha sido suficientemente tratada en el riguroso y documentado estudio de Antonio y Francisco Rodríguez Batllori, quienes aportan datos del flete y movimiento de buques que hizo de estos muelles galdenses en el

XVIII y XIX uno de los primeros bastiones del comercio interinsular; en particular con la cercana y siempre querida isla de Tenerife, esa otra orilla entrañable que siempre ha sido para los hijos de Gáldar Santa Cruz.

La estampa impresionista de Sardina vuelve a nuestra memoria, cargada de los matices, algo desvaídos, pero imborrables de la infancia. Las fiestas de San Telmo, las banderolas de papel y las cometas, reviscadas de ventolinas y ensueños. Las sandías y frutas en los veranos, en la escalinata, junto a la garita de la telefónica, el cable que unía Tenerife y Gran Canaria. Los riscos cárdenos, horadados, carcomidos y misteriosos que sobrevolaban las gaviotas en un sublime ballet aéreo sobre la casa de Los Acedas, y hasta los mismos negruzcos y cansinos muelles, contra el malecón y los batientes.

La Sardina de los quince años. De la mejor edad, cuando leíamos a Oscar Wilde a la sombra de las barquillas, y Lola, Juan y Alberto, esgrimían las mitologías y los inconvenientes de Aquiles en la guerra de Troya. El recuerdo de las pamelas y gasas al viento, la belleza casi cinematográfica de doña Carmen Rodríguez, en su marquesina, recostada en los mimbres del que fuera muelle de Fyffes. Aquel aroma de mar, aquella tersura infinita del Atlántico, siempre camarada de infancia y sonoro. Aquel Teide olímpico que recordaba nuestra condición humana y nos hacía creer que, por la poca edad, aún éramos como dioses.

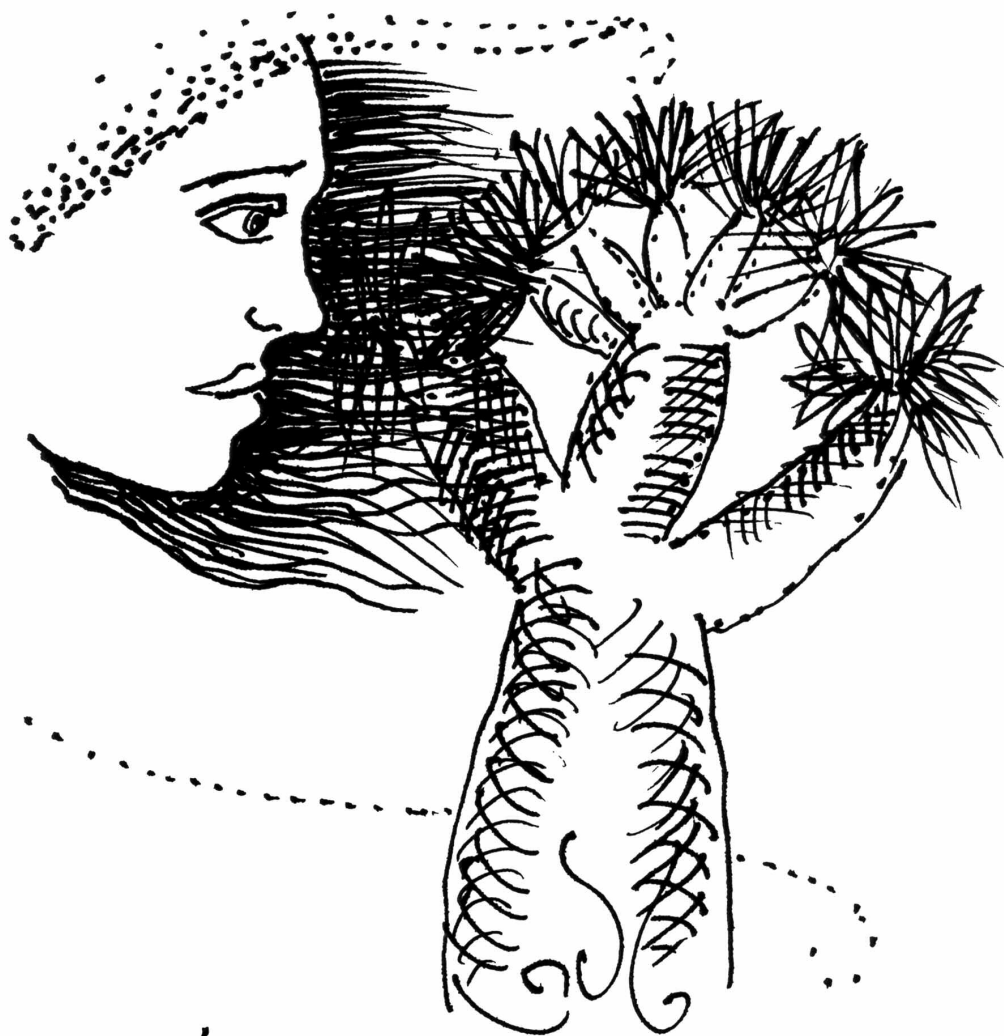
El drago

Miércoles, 7 de marzo de 1990

Para los visitantes que llegan hasta la plaza de Santiago, especialmente si son extranjeros cultos, hay dos preguntas obligadas: ¿Dónde está el drago?, y ¿dónde está la Cueva Pintada? La última es de más difícil contestación; pues, el disimulo y la carga de culpabilidad lleva al galdense a ocultar el grado de abandono y ruina al que le comprometieron, en los últimos 100 años, una serie de vicisitudes y despropósitos que estuvieron a punto de terminar, para siempre, con este impar monumento de arte rupestre, afamado y emblemático.

Por suerte, con el drago, la suerte ha sido más generosa, y aún cuando en las postrimerías del régimen autocrático el último alcalde franquista de Gáldar estuvo a punto de pasar a la historia por su empeño destructor, que el cronista oficial de Gran Canaria, con la agudeza e ironía que le caracteriza comparó con el «caballo de Atila», el drago, al igual que el pabellón consistorial, neoclásico (y cuya traza no debe estar lejana a los diseños de Luján Pérez. Esa era la autorizada opinión de Felo Monzón y Antonio Padrón), pudieron escapar de la piqueta municipal gracias a la reacción positiva de un grupo de egregias damas entre las que, para que conste históricamente, hay que señalar a la propia tía del pintor galdense doña Lola Rodríguez, además de una pléyade de patriotas educadas en el primer colegio de la Sagrada Familia, entre las que me permito recordar a doña Elisa del Río, doña Micaela Rodríguez Ramos (parienta cercana de ese otro galdense de pro que fue don Francisco Guillán Morales) y la madre del autor de esta líneas, que tampoco se quedó atrás.

Es preciso para averiguar las claves profundas de la idiosincrasia matriarcalista galdense que, en aquella ocasión, como en otras tantas, los presuntos «caballeros» se inhibieron. Bien por sus compromisos políticos (aún vivía Franco, y un alcalde no era respetado sino



BORGES LINARES
90

temido) o por esa apatía inconmensurable que se gesta en el calor de los mimbres del casino, donde la tertulia se amanceba con los chistes facilones y pueblerinos y nadie es capaz de mover un dedo en favor de los intereses de la comunidad. Así se ha perdido lo que se ha perdido y llegó un momento tan crítico que de Gáldar, se dijo, solo quedará el nombre.

Pasado el portalón sobrio del consistorio donde aún, milagrosamente, se conserva una de las cuatro puertas de hierro que antaño resguardaban las entradas de la plaza de Santiago, el visitante que aún lleva en su retina la imagen romántica y serena de la fuente y los laureles de indias, del entorno catedralicio de la iglesia, puede leer, si no es impaciente, una lauda conmemorativa, colocada en el testero de la derecha. Aquí se resume la ejecutoria administrativa y la lista de rangos, atributos y derechos de la otrora primera capital de Gran Canaria, villa y corte, cabecera de la comunidad histórica canaria. Si se repone de este impacto, y traspasa el umbral de una desvencijada puerta de madera, de pronto se encontrará con una sorprendente visión botánica que le remonta a percepciones tegumentarias y a calidades ásperas, propias de la corporeidad, miembros, articulaciones y organización de una especie de monstruo que se hubiese arborizado y plantado, así, de sopetón, en el patio de la vieja casona.

En efecto, esta primera visión del drago (de la linneana *Dracaena draco*), traslada al visitante a otros tiempos, y en una síntesis global de memoranzas le lleva a otro tiempo y a otro espacio. Le conduce entre el sobrecoimiento y la emoción diferencial que todo lo extraño pero grandioso impone, a una circulación entre los tiempos, donde el pasado se incorpora al futuro y queda, de repente, anclado en esta congestión del presente.

El drago de Gáldar, presidiendo los porticados neo-nazaríes, invade la totalidad del edificio y le sobrepasa. Constituye el auténtico monumento, sin ser poco la misma fábrica austera del consistorio; pero, en su muda grandiosidad, en su silencio vegetal e imponente, el drago de Gáldar, más que impresionar sobrecoge.

Hay que verlo en su erizada configuración lanceolada, como si de las cresterías de una bestia antediluviana y oriental se tratase. Hay que observar la camosidad de sus ramas cenicientas, semiplateadas,

llenas de rugosidades que evocan otros tiempos; un arcaísmo superior, un deseo de confundir los *reinos* de naturaleza, y donde el antropomorfismo, la tegumentaria botánica y lo mineral se abrazan. Es como si, a la puerta del Jardín de las Hespérides (como lo interpretó Néstor en sus poemas), se hubiese *petrificado* y *arborizado* todo. Y aquel mitológico y convulsivo dragón, que guardaba las puertas de la Huerta de las manzanas de oro, se hubiese perpetuado a sí mismo tomando esta original y escultórica forma.

Este drago va camino de los 300 años. Es nieto de los dragos que adornaban las «Huertas del Rey», y los jardines del palacio de los Guanartemes. Tal fue su vigor y simbolismo que el edificio se construyó, a finales del XVIII y principios del XIX, centrando sus estructuras con la intención de respetar la drecaena y dejarla en el centro de su patio interior. Este ha pasado por distintas vicisitudes arquitectónicas, quizá no muy afortunadas. Hoy con la sensación de estar como prisionero, cautivo, emparedado, y sin el espacio categorial que demanda. Esta especie de GUERNICA CANARIO, árbol santo, expresión de la patria y del recuerdo colectivo, epicentro de la historia.

En su vetusto y ancho tronco, aún se pueden observar las cicatrices para obtener su preciada «sangre de drago». No faltan los acrósticos románticos, las fechas y los signos de quienes, desaprensivamente, han pretendido unir su falta de respeto a la perpetuación de este anciano y siempre joven árbol. Hay también una vieja «florentina» que resume un mejor sentimiento:

«Una estrella me encamina
a las torres de Sant Yago
la princesa Guad Arminda
y la sombra de tu drago»

La montaña

Jueves, 8 de marzo de 1990

En un apunte de Williams titulado *Valle de Gáldar*, y con un dibujo seguro en el trazo y en la percepción paisajística, se resuelve la tersa silueta de la montaña, en el fondo de un espacio enmarcado con un personaje campesino, ataviado con el atuendo de su tiempo (1837). Este bello gráfico junto a una vista general de la villa, donde se dan detalles del caserío agrupado en torno al monumental templo jacobeo que destaca y sobresale, es quizá uno de los testimonios más antiguos que se conservan de la documentación gráfica de la antigua Corte de los Guanartemes. Allí se da cuenta de minucias como la disposición del desaparecido Calvario, a la entrada de la población, y en el inicio de lo que será el barrio de La Montaña.

La montaña de Gáldar, también en el XIX, fue fuente de inspiración de artistas tan celebrados como Camilo Saint-Saëns, quien en sus paseos por estas marcas galdarenses quedó fuertemente impresionado por el aspecto de este volcán al que dedicó un poema publicado en el *Diario de España*, de 1898, referido a Gáldar.

Las fotos de finales de siglo y primeras décadas del XX, nos muestran una montaña desolada, con un rostro vacío y sin ni siquiera ni una sola casa en sus faldas bermejas y áridas, carentes incluso de vegetación. Ya por los años 20 aparecen las primeras construcciones, en las alineaciones de un intento de «ensanche» de la ciudad, y en las inmediaciones del Calvario, cuyo nombre de solera conserva aún una de sus principales y más antiguas calles. Un sistema empinado de ejes verticales y otro transversal van surcando, en abanico, este avance del cono que da pie a la colina-acrópolis de Gáldar; y articula un entramado radial en el que se van imbricando las viviendas terreras, tan típicas y tan bien resueltas, con puertas y amplias ventanas, azoteas, patios con plantas ornamentales (crotos, geranios,

pilas de agua fresca, culantrillos, hornos, etc.) y con los frisos y pretilos adornados con motivos geométricos, cuya estructura pareciera ser un trasunto de las formalizaciones decorativas de los antiguos canarios, con su *summa* en la Cueva Pintada.

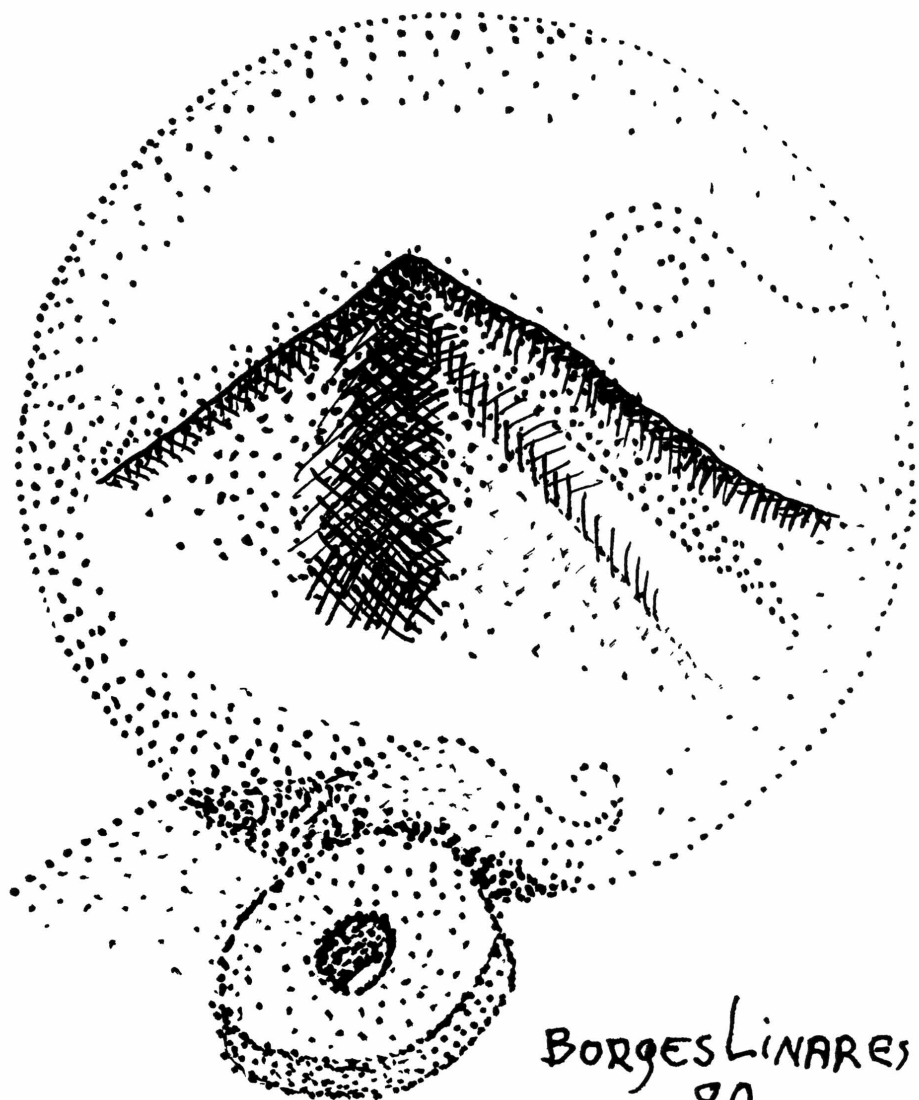
Poco a poco, en el costado lacerado, se va abriendo la llaga dolorosa de la piconera que terminará formando un gran cáncer, motivado por las extracciones incontroladas de lapilli, el «picón» para la construcción. Todo el entorno de la montaña, en sus cotas inferiores y medias, sufrirá una terrible agresión paisajística y ecológica con las múltiples canteras, famosas no obstante por la calidad y destreza de sus maestros pedreros. Aparecerán esos enormes vacíos, estanques, pedreras, como residuos de un escenario dantesco, de tierra quemada, y en una lucha por el espacio donde, siempre, la voluntad del hombre ha vencido la adversidad y conquistado un rescoldo de poesía.

El populoso y popular barrio de la montaña de Gáldar, es la quintaesencia de la galdaridad. La fuente de ese patriotismo e idiosincrasia, a veces atormentado y brusco, pero cargado de sinceridad y auténticos valores. Como una *kasba*, donde las clases desposeídas, de tierras, los braceros, los panaderos, los carpinteros, los camioneros, transportistas, pequeños comerciantes, molineros, se fueron, gracias a su trabajo, abriendo paso en los años lamentables de la postguerra.

Fue siempre la montaña *la cantera* de Gáldar; en orden a la clase trabajadora, a sus animosas mujeres que acudían en busca del jornal a los almacenes de empaquetados y, al mediodía, llenaban las calles con su vocinglero y versicolor bullicio, trajes y sombreros.

Con la construcción del santuario de Fátima, el barrio experimentó un impulso traducido en el aumento de su población y en el apiñamiento de sus casas hasta unirse con el mismo pueblo.

La montaña de entonces, engalanada con las mejores telas y flores, brillantadas colchas, arcos, banderas, floreros, altares, filas de macetas al paso de la procesión de la Virgen de Fátima. La honda devoción popular, las tracas y los regocijos y el convencimiento de la fe que, en redundancia, también en este caso mueve montañas.



Hoy es, este barrio, una reserva de los valores tradicionales y del empuje popular que ha hecho del municipio uno de los términos más vigorosos de la isla. Los hijos de aquellos trabajadores de los años 50 son hoy profesionales y universitarios, gentes modernas y orgullosas de su pueblo. Forjados en el trabajo y la honradez y sobre cuyas esperanzas se construirá el futuro de Gáldar.

Violeta, Clavel, Tazirga, Calatayud, Delgado, Princesa Masequera, Guayarmina, Catalina Guanarterne, son los sonoros y evocadores nombres de sus calles, que le ha valido a la montaña el sobrenombre del *Barrio de las Princesas*.

Y el volcán dormido, como un escudo mitológico, cada verano, en las vísperas del Señor Santiago, anuncia las festividades mayores desde la cima incendiada con artificios y parpadeantes llamaradas. Desde toda la comarca que se domina a sus pies, en la vecindad hermana de los barrios colindantes de Becerril y Atalaya, esta montaña milenaria abraza a todos como madre de una misma historia y una misma raíz. Como parte social y destinataria de una misma comunidad de intereses.

Ella, en su duermevela, ha tenido que sufrir la tajada violenta y la amenaza salvaje de los insensatos; bárbaros que aún pretenden cercenar su frente sagrada y coronar de infamia su cúspide, centinela de la isla.

Calle larga

Viernes, 9 de marzo de 1990

Las viejas villas, bien de señorío, o bien de realengo, fueron organizando su trama urbana alrededor de plazas e iglesias, prolongando su entrada y salida en función de la red viaria principal y pública, conocida como *caminos reales*. De aquí que la calle principal, asiento de hacendados y nobles, fuese aquella que conectaba los caminos vecinales con el centro histórico de la plaza e iglesia y donde el Concejo y las familias de alcurnia, de *casa y solar conocido* se disputaban los estrados en las solemnidades parroquiales.

La que en un principio fuese simplemente una serventía de la hacienda de los Tovar, con la intervención urbanística que va a remodelar profundamente la villa de Gáldar, en el último tercio del XVIII, pasará a sustituir a la antigua *calle real* que tenía su arranque en los viales agrestes de Tarazona y Delgado, en las faldas mismas de la montaña, y que llegada al Calvario se bifurcaría. A un lado, hacia la calle del Agua (famosa por los cortejos procesionales del Corpus y Semana Santa y, en la práctica, cierre septentrional de la villa, siguiendo una mucho más antigua línea de muralla). Y a otro, entrando en la Cuarta del Agua, hacia el drago hasta morir en el cierre de la finca de Botija (hoy prolongación del drago y con nomenclatura de Soront Semidán). En estas inmediaciones (calle Antonio Padrón) la arqueología de los años ochenta de este siglo puso al descubierto la existencia de unas estructuras arqueológicas prehispanicas, de un gran interés, pues controlaban lo que fue el «cercado de San Miguel», propiedad de la familia Ruiz de Quesada, vínculo del patricio capitán de milicias, promotor del templo de Santiago de los Caballeros.

Lo cierto es que, cualquiera que fuesen sus modestos orígenes como vereda, sendero, serventía, camino entre fincas, la apertura y ensanche del XVIII, convirtió a la vía que va desde la embocadura

del camino real de San Sebastián a la plaza de Armas o de Santa Lucía, en una bien trazada avenida de casi 200 metros de longitud que como en los campamentos romanos, constituyó el «cardium» con orientación este-oeste, y puso en movimiento la nueva disposición y planta del núcleo capitalino de Gáldar. Los callejones del Olivo, Algírofe y Moral, que le interceptan, complementarían esta retícula que iba, y va, a desembocar en el cuadrilátero urbano de la plaza de Santiago.

En la calle Larga una rumbosa, con trasiego y animadísima, rúa que con el paso de los años ha ido ganando en concentración comercial y en populosa imagen. Sin embargo, esta vitalidad que hoy alcanza la calle en la culminación de sus posibilidades, y que le han convertido en una pequeña «city» de la comarca, y donde la concurrencia de público a cualquier hora de la mañana es sencillamente asombrosa, tuvo en nuestra infancia otras tonalidades y un ritmo más apacible.

Era allá por los años 50, cuando cada dos horas pasaba traqueteante y agobiado algún coche particular, de la decena de estos que había en el pueblo; o el clásico «pirata», entre los que destacaba, por su estatuto semieclesiástico, aquella especie de «curamóvil» que fue el coche de Isidorito Guedes. Siempre había una emoción preocupante cuando veíamos pasar calle Larga abajo el *austin* verde botella, recoleto y ajustado, por cuya ventanilla asomaba el guion sacramental del Corpus, el talán talán de la campana y el rostro severo del párroco que acudía a confortar con los Santos Auxilios Espirituales a algún enfermo de gravedad. Se decía, entonces: es el viático. Van a dar el oleo. La calle Larga cobraba entonces un aire funerario solamente superado por el de los propios entierros que la convertían en un pesado y oscuro mar, de banda a banda de negros sombreros, detrás de aquella Cruz procesional y el féretro abrigado, siempre inspirador de miedos y misterios de infancia.

Desde la calle Larga, entrando por el Algírofe, y donde estuvo la Sección Femenina, era el Huerto Misterioso, repleto de leyendas y macabras relaciones, de residuos truculentos y envuelto en la niebla de los más descabellados malabarismos mentales de que es capaz la mente enardecida de un niño de ocho o diez años. Allí empezamos



BORGES LINARES
90

a jugar contra la voluntad de nuestras madres y convertimos por unos años, aquel territorio cargado de supersticiones, en nuestro «cuartel general». Desde allí organizábamos nuestras «razzias» por los andurriales y periferia del pueblo, y sentimos el pequeño heroísmo de las «guerras» y las «compañías». Más arriba, en confluencia con el callejón del Olivo, el huerto de Veray con los años vino a sustituir al Misterioso, y el escenario de los juegos y las correrías se trasladó hacia las fronteras de la plaza de Santiago.

La calle se inicia con la casona de los Henríquez, de quienes sobrevive esa estampa de elegancia y distinción que supo compartir y engrandecer don Mariano Alemán. Una serie de fachadas austeras se suceden a ambos lados y fueron hogar de la pequeña burguesía agrícola, de la «gente pudiente», y que tiene en los apellidos de Acedo, Rodríguez, Padrón, Miranda, Veray, Molina, y tantos otros, la calidad de las viejas fotos de familia y ese pesar de un tiempo que no volverá. En esta calle nació y vivió el pintor Padrón, a quien recuerdo, avizor en su azotea, con un aire de distancia.

Arriba, antes de llegar a la plaza, los restos de Santa Lucía, y la casa que fuera de Pineda, también demolida sin piedad por el último alcalde del Régimen.

Y la fachada modernista del casino, mandado a hacer por doña Josefa Henríquez de Samsó, «La Samsona», de quien se cuentan anécdotas dignas de una novela de Víctor Hugo.

Hoy vuelvo sobre aquellos pasos y todo me resulta como, irremediabilmente, perdido. Y, sin embargo, la calle, como el río de Heráclito, sigue bulliciosa su curso.

El Cisneros

Sábado, 10 de marzo de 1990

El edificio, en la actualidad, está compartido entre las dependencias municipales, que ocupan la planta alta, y el mercado que, desde 1945, quedó instalado tras la triple arcada del atrio que le otorga cierta propo-peya a la calle Larga. La fábrica hecha con los recursos propios de la arquitectura fascista, queda muy matizada y ennoblecida con las guarniciones de cantería y con su balcón de balaustrada. Faltó, en el remate del frontispicio, un buen reloj donde se encuentra el óculo, vacío y por donde, como en las greguerías pasa también el hilo fino de aquel tiempo, hoy inmortalizado en nuestra memoria.

Los orígenes institucionales del Colegio Cardenal Cisneros se remontan a las enseñanzas impartidas en las dependencias de la plaza de Santiago donde hoy está el Banco Hispano Americano. Era aquella una casa familiar con su patio interior que servía de recreo y donde un ilustre inmigrante, técnico de telégrafos y su esposa, es decir don Fernando Cambres y doña Francisca Jiménez, impartían enseñanzas medias a la juventud galdense. El centro tuvo varias denominaciones, pero el resultado fue que bien por la coincidencia de que uno de sus primeros directores fuera don Marcelino de Cisneros, o por ese gusto tan falangista de querer liar el pasado con las gestas del Imperio (con los Reyes Católicos y el propio regente Cisneros a la cabeza), se afirmó esa intitulación que fue tal como yo la conocí, en los años cincuenta, cuando por razones de edad y de promoción escolar hube de abandonar, no sin pena, la Escuela de Harimaguadas regentada por aquella especie de madre priora, gran dama y virtuosa mujer, que fue doña Mercedes Delgado y sus hermanas, la piadosa doña María Delgado y doña Antonia, célebre por sus *alumbrados* y alfombras al Corazón de Jesús.



BORGES LINARES
90

En los primeros años de bachillerato aquel refugio de cultura y magisterio alternaba las clases propias del secundario con las de pedagogía; pues, de sus claustros no solo salían bien preparados los alumnos que luego llegarían a la universidad sino una serie de promociones de profesores de General Básica que convirtieron a Gáldar en el semillero vocacional del magisterio insular.

El salón de estudios era una amplia estancia donde la muchachada cabizbaja, pero no exenta de las picardías e inquietudes de la edad, resistía el silencio y la disciplina, entre militar y eclesiástica, impuesta por la severa vigilancia del jefe de estudios.

Sobre las mesas de ping-pong, verdes y trazadas con líneas blancas, se memorizaban los textos de latín, ciencias naturales, química, griego o matemáticas. El dibujo contaba con una sala aparte donde, sobre una gran mesa acristalada los tiralíneas y los cartabones intentaban resolver las repetidas manchas de tinta china de aquellas láminas atiborradas de círculos, trapecios y composiciones, plagadas de dificultad técnica. Otra cosa era el denominado *dibujo artístico*, las sombras y perspectivas para las que escogidos alumnos (no era precisamente mi caso) mostraban grandes habilidades y refinamientos.

Había una pequeña biblioteca, reforzada por una colección de severos tomos, de piel y letras de oro, que resumían el saber universal: el Espasa. Allí, en sus anaqueles vi, por vez primera, el *Summa Artis*, reservado para los alumnos de sexto, y donde junto a las catedrales góticas, a los lienzos de Velázquez, la orfebrería visigoda, o los capiteles románicos, descubríamos, entre asombrados y ansiosos, los serenos desnudos de la Diosa de Milo, el Nacimiento de Venus, de Botticelli, o la extraña y distante plenitud del Apolo de Belvedere.

Las aulas, en su mayoría daban, con sus largos ventanales hacia la calle Larga, y desde su balcón veíamos, cada día, la imagen ceremoniosa de don Antonio de los Ríos, intitulado *Majestades*, cuidando su particular jardín de rosales y flores de acebo para luego lucirlas, por las tardes, en su solapa en los reiterativos y circulares paseos de la plaza de Santiago.

A través de las ventanas, y llegado abril, el cielo nos parecía más intenso, fresco; apetecía salir, escaparse para remojarnos en La Quinta, asaltar los frutales de las huertas o, simplemente, irnos hasta el

barranco en busca de esa sensación de libertad y bandolerismo que subyuga a todo muchacho cuando le hierve la sangre y su corazón empieza a desvelar confusos sentimientos.

Los latines ciceronianos de don Nicolás González, su insistencia machacona sobre las declinaciones y la irregularidad verbal, las descripciones geográficas, memorizadas al pie de la letra, subrayadas desde la tarima por don Manuel Sosa, el empeño en la regla de tres y en los quebrados de Miguel Medina, la confusión enmarañada de los polinomios enteros en x (con el endiablado *discriminante de la ecuación de segundo grado*), las valencias químicas y los vectores, la relación de la masa con la velocidad y la atracción, en las explicaciones cálidas de don Rafael Padrón, los cangrejos de río, las fanerógamas y los sistemas de cristalización explicados por don José Hernández, las exigentes y casi universitarias clases de francés de doña Rosa María Martínón, la gramática y la redacción, el amor a la historia de Canarias, que nos inculcó don Sebastián Monzón, cuando escribía su inédito *Claro de Luna* u organizaba las sonadas *Fiestas del Rollo*, por Santo Tomás; las clases de literatura donde aprendimos a Boscán y Garcilaso y a Gerardo Diego con la señorita Carmelina Ramírez; las nociones de filosofía y la historia del arte, y nuestros primeros paseos arqueológicos guiados por nuestro preceptor don José Antonio García Alamo.

Toda una época que marcó nuestra vocación y destino.

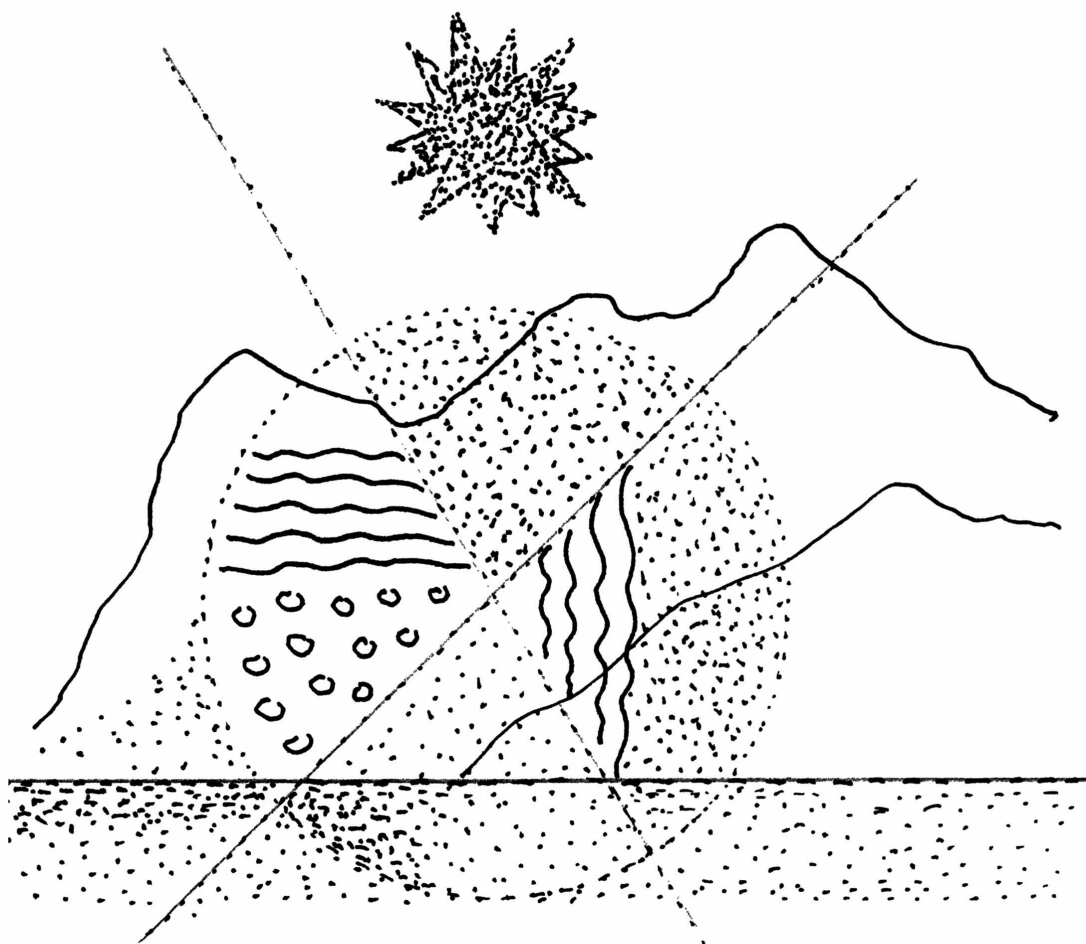
Aislacionismo y aislamiento

Domingo, 11 de marzo de 1990

La isla, en su escueta geografía y exacta dimensión, circunscrita por el Atlántico, contiene en sí todas las posibilidades, y limitaciones, estructurales donde los hombres resuelven, vía adaptación y estrategias de producción, rendimiento y consumo, su vida.

Se ha escrito y hablado mucho del «hecho diferencial» y de los complejos (hay que llamar a las cosas por su nombre) del isleño; sumido en una contradicción clotímica entre lo endógeno matriarcalista, y castrador, y lo exógeno. Con una rendición sin límites, entrega total, a todo lo foráneo. Tiene mucho más predicamento y atención el inmigrante que el nativo. Por eso, no es extraño, como sucede en esta rancia villa y corte, resumen sociológico de la isla, que grandes propietarias terratenientes, auténticas matriarcas de las más y mejor entroncadas familias solo reciban el tratamiento diminutivo (con su dosis de cariño y respeto, es cierto), de Lotita, Juanita, Carmelita o Pinito, y que, el último foráneo, pelafustan, sin oficio ni beneficio, de la noche a la mañana, se convierta en don Fulano de Tal, por el solo hecho de ser de fuera. Es este un grave complejo que el isleño ha resuelto en contra suya y en favor del arribista; para luego reaccionar con una patología de antigodismo irracional que no es otra cosa que la versión de su incapacidad y frustración.

El peligro de las sobrevaloraciones indígenas, y de los excesivos cultos a las novedades, parecen resumir esa antimomia, de la psicología y personalidad colectiva del isleño. Su «aislacionismo», su presunto carácter refractario, hace aguas ante el consumo desmedido y el gusto por todo lo extranjero; por asimilar, sin criterios, las imprecisiones, la *americanización* y *tercerismo*, la ausencia de criterios y, a la postre, la secuela de un analfabetismo relativo, excelente caldo de cultivo de estas fuertes antagonías.



BORGES LINARES
90

Mientras estás *aislado* implica una circunstancia posiblemente no deseada, y hasta impuesta por una serie de situaciones e imponderables, el *aislacionismo* se constituye como una filosofía, una militancia, que hace, precisamente, de esa precariedad atómica (por atomismo), una toma de *posición*.

Toda ideología reaccionaria, articulada como respuesta airada, irracional y, hasta si se quiere, sentimental (de los sentimientos menos nobles), se soporta en esta suerte de embate y crispación que encuentra en los esquemas fascistas del nacionalismo a ultranza (del nacional socialismo) su mejor cobijo y coartada.

El aislamiento potencia los complejos negativos de un Edipo mal resuelto, y el convencimiento narcisista de creerse el epicentro, la razón última y suprema de todo. Cuando esto emerge en la conciencia se asiste a la instalación en el seno del tejido social del cáncer del *etnocentrismo*, que no es otro que vivir asido al espejismo de considerar su cultura y sus valores como insuperables y, en consecuencia, rechazar todo lo renovador.

Canarias ha vivido en su conciencia política (fraguada en las frustraciones del cuadro *atomista*, segmentario, de estructura ausente) como una *sociedad invertebrada*, en el pendular de los nacionalismos inmaduros e indocumentados; recalentados en las aulas de instituto por no menos confusos teoremas. Mezcla de lucha de clase, marxismo de rebajas, el apoteósico descubrimiento de «nuestra tierra y nuestro ron», ha llevado a soliviantar la espuma, siempre efímera y corrompible, de una juventud destruida por la exaltación de los valores consustanciales de esta «nueva Canaria». Es decir, los valores supremos e irrenunciables que cohesionan esta contradicción. Términos tales como «marcha», «porro», «amanecida», «paso», y un consumismo devorador que no renuncia a ningún lujo, ni artificio y que, entre verbena va y verbena viene, llena la holganza con el vacío.

El folclorismo gandul, machón, aparrandado, de la que va «pá la fiesta»; el falso canarismo, mecido en la retícula urbana, tiene en la desarbolada y horripilante vida nocturna la peor de las soluciones. El atroz hastío que se disimula con la alteración drogática, inunda y ahoga cualquier soplo de sano romanticismo, de relación creativa.

Se ha tornado en un arsenal de agresiones y violencias, de tierra quemada, y ha ido degradando, hasta sus últimos niveles, los que fueron los fundamentos de la sociedad canaria hasta la década de los 60.

Cuando Murphy tuvo aquella ocurrencia de invocar el almendro y su sombra (igual hubiese sido una higuera). Unamuno, agudo y sabio, con ironía vital, anotó aquello otro de que «al menos tiene Vd. un almendro donde ahorcarse». He aquí, en pocas palabras, el atasco estético y la concepción umbilical que ha llevado al canario a este absurdo. Precisamente, por su criminal repliegue, su *amoluscamiento*; y donde, unos y otros, continuamente, para justificarnos, recurrimos a los tópicos de «mezquindad cultural», «mediocridad» para atacar «al otro»; en una vulgar ecuación que ha hecho del «millarismo» de los 50 una cantinela autojustificativa entre los tropeles miles de pintores, poetas, novelistas, con una densidad por metro cuadrado, muchas veces superior a los cultivos intensivos de riego bananero.

Esta reiteración, reincidencia negativa, polaridad negra, sigue imperando en la mentalidad de las conversaciones, en la jerga política y en el desastroso aparato que la desinformación ha desplegado sobre la sociedad canaria.

La enseñanza básica y media con programas de resentimiento tercermundista, trasnochados recetarios de pedagogía de la liberación, han metido a la juventud canaria en un edulcorado sensualismo, y en los mimos perversos de «no tocarla».

Este *aislacionismo*, esta distorsión, impide descubrir la esencia universal de los hechos. Sus limitaciones y, por ello mismo, el trabajo y la empresa de quienes, a través del conocimiento, aspiran a salir de este laberinto insular.

La plaza

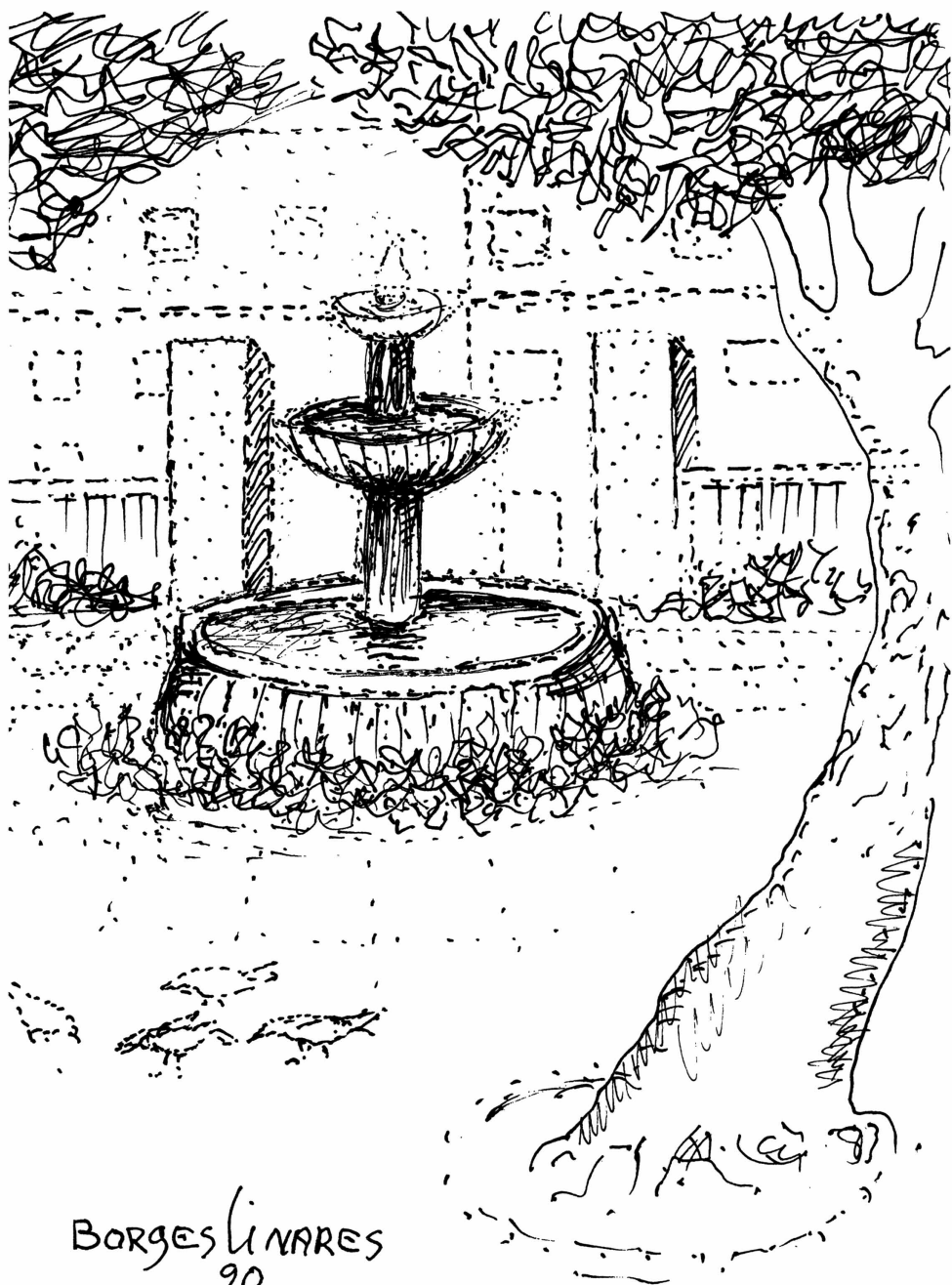
Lunes, 12 de marzo de 1990

La fuente de cantería azul (con sus bandejones superpuestos, el pilar central rematado de corintios capiteles y culantrillo), gotea sobre el pozo hasta el cual, ronroneantes palomas mitigan, en las amplias y luminosas tardes de mayo, los adelantados calores. La fuente es, o el Pozo, como le conocen las gentes del pueblo; la pieza y el hito que marca la *centralidad* y la *unicidad* de la Gáldar intemporal, de ese breviarario social que, como ninguna otra, representa la mejor radiografía de Gran Canaria.

La fuente está escoltada por la impresionante verticalidad vegetal, cimbreante, de las bellas y bien dispuestas araucarias plantadas en los cuatro extremos del *cuadrilátero mágico* de la plaza de Santiago, y que, como una guardia permanente, desde hace más 100 años, comparte los esquemas ocultos de la jardinería decimonónica, con los no menos robustos y antañones laureles de indias. Hibiscos chispeantes, crotos, pascuas, jacarandas, filodendros y todo un catálogo de botánica tropical y exótica, se jalonan por los parterres y paseos de esta alameda, sin lugar a dudas, la más bella de la isla.

Volviendo a la fuente, pieza central y principal, con no ser mucha el agua que exhibe, y por las consuetudinarias dificultades para convertirla en una arrogante arquitectura de chorros y cascadas (siguiendo la moda urbana, pero dudosa, de las fuentes luminosas que, por otra parte, también rara vez funcionan), esta de Gáldar se ofrece como un elemento singular, como el epicentro y el *polo imantado*, foco que atrae, quizá debido a un influjo muy arraigado en el subconsciente colectivo.

La fuente es el monumento al agua, hasta no hace mucho uno de los tradicionales y peliagudos problemas del municipio. Pero la fuente es, también, «la fontana». El símbolo de la perennidad, de las aguas



BORGES LINARES
90

redentoras y saludables, de la vida misma (que pretende, legítimamente, ser eterna).

Tiene esta plaza de Gáldar una capacidad natural de convocatoria misteriosa y primordial. Es, sin lugar a dudas, el *lugar central* del norte de la isla. A él, cada domingo o festivo, acuden riadas de personal endomingado que desde costa, medianías y cumbres han hecho de este sitio (por otra parte cargado de fuertes semánticas prehistóricas como la misma proximidad del Palacio de los Reyes Canarios), el escenario del encuentro, de los amoríos juveniles, de los camaradas y del ocio, de las novias indecisas, de los primeros romances o de los casi eternos idilios.

Sin embargo, lo que pudiéramos llamar la microsociología y antropodinamia del *paseo de los domingos* en la plaza, ha variado y ha perdido su primitivo sistema de jerarquización, antaño con unas féreas divisiones de sexo y edad.

Se trata ya de un recuerdo, casi arqueológico al menos de arqueología social, que conviene retener como dato significativo y expresión de la organización de la comunidad.

El *Paseo*, hasta bien entrada la década de los 60, era el principal acontecimiento social de Gáldar que, cada domingo, y durante todos los del año, amén de las fiestas de guardar, se organizaba en la plaza a partir de las 7 de la tarde hasta las 10. Veamos aquella estampa hoy totalmente desaparecida:

Con la prima tarde, sobre las cinco, ya la plaza advertía el jolgorio y bullicio de la chiquillería que no había ido al cine de las cuatro. A las seis, un primer flujo de muchachas y muchachos menores de 15 años le otorgaban un aspecto mitad patio de colegio, mitad parque de atracciones. A partir de las 6:30, y antes del *matiné*, las parejas veinteañeras se iban, estratégicamente, situando en los verdes bancos de madera, abarquillados, donde iniciaban unos comprometidos, por públicos, escarceos; siempre muy apurados. Las 7 de la tarde era una hora mágica para este cuadrilátero.

Muchos se iban a disfrutar de las películas que se proyectaban en uno de los dos cines del pueblo: el de «arriba» y el de «abajo». La mayoría de los aficionados no lo eran del todo al cinematógrafo sino que, amartelados en la obscuridad de la sala, volvían sobre la carga

(que no es un decir), y, con menos rubor que en la plaza, dejaban que Eros cumpliera con sus irrenunciables, aunque incompletas, obligaciones amorosas.

A partir de las 7 la plaza se convertía, literalmente, en un hervidero humano, pero, perfectamente organizado en círculos concéntricos y que, tenían en el pozo (la fuente), su lugar de referencia. Por lo menos, de estas coronas circulares, se llegaban a formar hasta seis torrentes de personas. Más o menos así; el primer círculo, alrededor del pozo, pertenecía a los más pequeños, niños y niñas, menores de 12 años. Un segundo, aún entre el pozo y la primera fila de árboles, pertenecía a los primeros adolescentes, en torno a los 14 o 15. Ya en el círculo intermedio, entre los laureles y los parterres de las araucarias, los jóvenes que, sin tapujos, buscaban novia, o hacían sus primeras armas. Y, en el exterior, los novios formales, las parejas casadas, y las madres, viudas y abuelas, acompañadas de los menores, sentados en los bancos acunados. Aún por fuera del recinto, ya en la calle, otros complementos. Parejas buscando la intimidad o la discreción entre «las flechas» de la verja, o, simplemente, tranquilos y cabizbajos, disfrutando de un cierto distanciamiento. En cualquiera de los supuestos, hay que decir que, estos «círculos» o coronas concéntricas, eran dobles, y se movían en direcciones complementarias. Los varones, siempre *en el sentido de las agujas del reloj*, y las mujeres en el contrario. Todo un teorema de isomorfismos, ritmo, jerarquía. Como un gran minuet, en un escenario marcado, aparente, iniciático y, en realidad, consustancial con la idiosincrasia de estas gentes galdáricas.

Por eso, ante esta relojería del amor, ¿quién no se enamoró una tarde de domingo en la plaza de Santiago?

El Teatro

Martes, 13 de marzo de 1990

Entre los principales edificios con que cuenta el centro histórico de Gáldar hay que mencionar el Teatro Municipal, cuya fundación institucional fue una graciosa concesión de su majestad doña Isabel II, reina de España, allá por el año, constitucional entonces, de 1847.

Aquellos tiempos encarlistados sembraron de fratricidas contiendas la geografía nacional, y entre pronunciamientos más o menos encubiertos, los bien llamados *espadones militares* fueron disfrutando de un poder inestable que desembocaría en la revolución de septiembre de 1868.

De todos estos episodios del XIX Gáldar nunca estuvo ausente. Bien por la vocación política de sus próceres, embarcados en las filosofías liberales primero y krausistas después, o por la misma posibilidad con que la democratización de las Cortes de Cádiz (1812), pareciera iba a reordenar la vida civil y la moral pública.

Blasón de esta inquietud cultural, política, urbana y capitalina es el teatro que junto con el antiguo de Las Palmas era el único de los coliseos oficiales de Gran Canaria.

Hay que aclarar que la idea de teatro llevaba consigo la de Centro Cultural o Casa de la Cultura, como diríamos hoy; pues, en él no solo tenían lugar las representaciones dramáticas de las compañías locales o foráneas, que en las solemnidades subían el telón, sino una serie de actos, reuniones, discursos, concentraciones, asambleas, consejos, etcétera, que constituían la médula de la vida pública de la aún villa de Gáldar. En efecto, en aquel primer teatro, junto al consistorio, y donde despachó hasta los 80 el Juzgado de Paz, estuvo el mismo Casino o Sociedad de Fomento de Gáldar, otra pieza clave en esta política cultural del XIX, y al que dedicaremos su oportuna pintura



BORGES LIMARES
90

literaria. No sé si ha quedado claro que el primer edificio fue no el actual sino aquel otro, entre el ayuntamiento y el teatro de hoy.

Pero conviene explicar el por qué de este teatro, tan singular y en el interior de la isla, en una pequeña población agrícola que, a pesar de la gran decadencia a que se vio forzada, hubo, por sus propios medios, que adjudicarse la reconstrucción moral de sus ciudadanos después de que los acontecimientos políticos le privaran de su calidad de *Cabeza del Partido Judicial*, en una operación artera llevada a cabo con la complicidad de Las Palmas en 1843.

Probablemente, para paliar este atropello y restañar las heridas abiertas, el Gobierno de Isabel II quiso compensar a la milenaria y antigua Corte con la creación del teatro, y donde, se le intentaba, algo así como *tapar la boca*. Aquello nunca bastó, y Gáldar jamás ha dejado de reivindicar (como si de un *Gibraltar* se tratara), la pertenencia y recuperación de la capitalidad comarcal, hoy disimulada bajo el tontorrón subterfugio del espúreo noroeste, en beneficio de terceros.

A partir de lo que llamaríamos *Generación del 98*, Gáldar también resucitó ante el *desastre nacional*, una filosofía de vuelta a los orígenes y recuperación por medio de la enseñanza y la cultura. En este apartado la presencia de ilustres catalanes radicados y afincados en Gáldar, de proba descendencia, como los Batllori o los Rosas, desde principios de siglo retomaron el pulso de la ciudad agrícola y la fueron implementando con nuevas instalaciones. A este momento de principios de siglo corresponde la construcción del nuevo teatro municipal, fabricado sobre lo que había sido Escuelas Reales, e incluso antiguo calabozo, gruta que se reaprovechó para la cava del aforo. Sin concluir, ha servido, sin embargo, de escenario de las más reputadas compañías y las más exigentes artistas locales y nacionales que no tuvieron duda en subir a su escenario y disfrutar de calor de un público entendido y amante de la comedia, del drama, de la zarzuela o del simple recital. No faltaron tampoco las luchadas ni los festivales en los días de Santiago.

Para mi generación, el teatro de Gáldar, está íntimamente ligado al nombre del profesor don Sebastián Monzón, director del pequeño Teatro de Cámara del Colegio Cardenal Cisneros, que logró, a pesar de lo complicado, poner en escena obras como *La Muralla*, u otras

piezas más ligeras y amables, con motivo de las fiestas y veladas de Santo Tomás de Aquino: *Los Restos* o *Marino tenía que ser*. Mis primeros pasos como actor aficionado fueron en aquellas (todo hay que decirlo) destartaladas y carcomidas tablas.

Pero no termina aquí la evocación del teatro; pues, no se entendería sin la magistral aportación lírica que supuso el Orfeón Cardinal Cisneros dirigido por doña Rosa María Martinón, de cuya sensibilidad suprema y exquisita formación musical derivó nuestra devoción irrenunciable a la música coral. Títulos como *Barcarola* o *Juventud*, *El Río*, y otros tantos llenaron aquella atmósfera de la mejor época digna de una novela de Hermann Hesse.

Con la *Década Infame* el teatro sufrió una agresión y de modo inexplicable, se rellenó su cava acústica de piso de madera, y se asoló, para convertirla en una vulgar sala de bailes domingueros. Era alcalde el mismo que urdía la maquinación de tirar el actual edificio consistorial (posible traza de Luján, de principios del XIX), y levantar allí una torreta para empleados municipales.

Hoy está aún en período de restauración. Se han ejecutado obras importantes que han ennoblecido sobre todo su fachada, se intenta recuperar las condiciones que se contenían en el proyecto original, mejorándolas incluso.

Este pequeño y coquetón coliseo, si la clase política hubiese estado a la altura de las circunstancias ya habría sido convertido en nuestro Carlos III, como el del El Escorial. No se entiende nada de esta desidia; de esta ruptura con los mejores resortes que nos conectan con los hechos positivos del arte y la cultura.

Un ejemplo de la voluntad del siglo XIX que no tuvo, ni ha tenido, su correlato en el siglo XX. Esta vez, ni siquiera aquel populista *pan y circo*.

Padrón

Miércoles, 14 de marzo de 1990

Mis dos primeros recuerdos de Antonio Padrón son bien precisos: pues, tuve la suerte de frecuentar su casa y sus jardines gracias a mi buena amistad de infancia con sus sobrinos Rafael Juan del Río, Paco Guerrero y Pepe Padrón. La verdad es que con 10 o 12 años uno no le ponía aún ningún interés a aquellas, para nosotros, indescifrables pinturas que, por no saber llamarlas de otra manera decíamos abstractas: sin distinguir muy bien entre la figuración, el expresionismo y otros recursos en los que se movía el que fuera alumno de Vázquez Díaz y uno de los pocos canarios de su tiempo que tuvo el privilegio de estudiar Bellas Artes en Madrid.

Ya se han escrito autorizadas y buenas biografías y críticas sobre la vida y obra del pintor galdense, entre las que destacan, por su precisión y riqueza de datos, y nuevos puntos de vista, la de su sobrina María Victoria Padrón Martínón, la de Lázaro Santana o las críticas autorizadas de Hernández Perera, por citar solo los que más conozco y me quedan más cercanos.

Sin embargo, creo que no está aún todo dicho y que, a pesar de la revisión y relectura que va recibiendo y «soportando» la obra ensimismada de este artista canario, subyacen algunas claves, no estrictamente pictóricas que pueden ayudar a comprender este fenómeno de voluntario *aislamiento* (que no aislacionismo) en el que Padrón fraguó y fue lentamente madurando su producción. Obra no excesivamente numerosa, en ciertos aspectos desigual, pero imbuida de una atmósfera local (no localista) que le sitúa como a Zabaleta en Linares (por poner un ejemplo por todos conocido) en esa serie de artistas ligados al medio, consustanciales con el entorno y que no cayeron ni en el fácil costumbrismo ni en la recurrencia más o menos folclorizante.

Con ser uno de nuestros mejores pintores insulares del XX, tampoco mengua su valor reconocer que la obra de Padrón contiene escasos elementos para que suscite el interés exterior a no ser que su interpretación se intente manipular a partir de una «lectura» guanchista, exótica que si no costumbrista entraría en las negativas connotaciones del *patrioterismo reductor*, nada más lejano de la vocación humanística, universal y serena de Padrón.

De aquellos años en que, por razones de amistad con el círculo familiar, pude frecuentar la casa del pintor, digo que guardo, bien contorneados y exactos recuerdos. No se me pueden olvidar las escenas en los almacenes de la plana baja de la Casa Grande (así le llamábamos), con sus persianas metálicas de verde intenso, donde su colaborador técnico don José Domínguez, le ayudaba en el montaje de los bastidores para sus cuadros y otras tareas manuales. Allí, en aquellas dependencias agrícolas (pues era la suya una de las más viejas, y de prosapia, familias emparentada con el capitán Ruiz de Quesada), en los veranos se amontonaban sacos y sacos de piñas de millo que iban, uno tras otro, implacablemente pasando por la devoradora máquina de triturar, apartando los palotes del millo, dorado cárdeno, brillante. Era este artilugio, con rueda y manivela, la «degranadera» que se nos antojaba una especie de guillotina en nuestras fantasías crueles, instigadas por las películas de la Revolución francesa y en otros episodios e invenciones truculentas.

De aquellos años, antes de ir a la universidad, retengo la imagen de un Antonio Padrón distante, parco en el lenguaje. Hombre de pocas palabras cuando no era con sus amigos y familiares. Condición esta que proyectaba una falsa imagen de hombre huraño, que no lo era.

Una de mis primeras conversaciones serias fue provocada por el mismo pintor: al saber que yo ya estaba en sexto de bachillerato, y que teníamos una asignatura de arte que nos impartía, con gran dominio y erudición de la materia, ese polígrafo agaetense que es don José Antonio García Alamo, uno de mis inolvidables profesores del Cisneros.

En efecto, una de esas tardes en que incursionábamos en su jardín, entre las esterlitzias y los bambúes, o para ver las «piedras de molino» que adornaban sus patios, aproveché para hacerme una



BORGES LINARES
90

pregunta sobre Zurbarán. Me sorprendió. No por la pregunta en sí misma; pues, no digo mentiras si afirmo que ya conocía, de láminas, al pintor de los monjes y de las escenas religiosas. Pero quedé trastornado cuando Padrón, en una racha de inspiración, se adentró en el tema y me refirió su experiencia directa con los cuadros conservados en la Academia de San Fernando de Madrid, haciendo un encendido elogio de los «blancos» y de la composición formal, estructural, de aquellas figuras, de la iconografía y la técnica zurbaranezca. Con la misma facilidad, y profundidad de conocimiento, pasó a referirse al concepto de la luz y el espacio en Velázquez, y a la pincelada pre impresionista de Goya.

Me dejó, literalmente, anonadado: pues descubrí, entonces, que no solo estaba ante un artista sino ante un profesor que conocía, en todo su calado, el fenómeno del Arte.

Después de aquel primer encuentro, ya no con sus sobrinos, sino en compañía del común amigo don Francisco Rodríguez, en cada una de las vacaciones cuando regresaba de La Laguna era yo el que me hacía el encontradizo y preguntaba sobre el arte abstracto (sobre el que no tenía una buena opinión), y sobre multitud de cuestiones que sobrevolaban el arte y hacia a temas tan específicos como su preocupación por la conservación de las pinturas de Cueva Pintada de Gáldar. Quiero decir que de aquello nació un compromiso, aún en pie, de salvar para la cultura del planeta este singular monumento del arte canario prehistórico.

Los años no perdonan, y los tristes sucesos se agolpan. Hoy hubiese tenido 70 años. La primavera del 68, también le afectó. Las gacelas y las aves de su huerta enmudecieron. Las flores jamás cobraron su original esplendor. La casa quedó vacía. Y el tiempo se encargó de todo lo demás. Tan solo las cometas y ventorrillos de sus cuadros siguen revoloteando en muestra imaginación.

Juventud y ecología

Jueves, 15 de marzo de 1990

La juventud canaria, y la de Gáldar en particular, asiste a un cisma generacional, a una bifurcación de estilos de vida que se debate entre dos opciones principales. Por una parte, seguir la corriente turbulenta que ha anegado en los paraísos artificiales sus mejores sueños y proyectos; o por otra, reaccionar, positivamente, sumarse a los *movimientos de liberación juvenil*, situando su acción social en el compromiso ecológico.

La juventud, por su misma sinceridad y falta de experiencia (esto último como virtud, para seguir a Wilde) es uno de los componentes sociales más manipulables y sobre cuyas espaldas se han soportado las guerras más encarnecidas del siglo (las mundiales, Vietnam, España, Oriente Próximo, etc.). Contra esta militarización impuesta, y por lo tanto moralmente injustificable, los jóvenes han tomado partido y se han organizado consiguiendo que los Estados empiecen a estudiar la posibilidad de rebajar el Servicio Militar primero y, paulatinamente, como sería la fórmula menos mala (pues en este apartado bélico nada es bueno), convertir el reclutamiento en profesional y voluntario.

En lo que se refiere al Medio Ambiente la postura también ha sido valiente, aún cuando, en algunos casos, la falta de información sería sobre las cuestiones, y la manipulación y aprovechamiento político (vía nacionalismos montaraces y desahuciados, o izquierdas de mala conciencia rumanesca), aprovechan las espontáneas banderas juveniles y se suman a encabezar u hostigar movimientos, asambleas, debates y foros de discusión sobre temas, en los que se juega el futuro y supervivencia de nuestro planeta.

Una isla es lo suficiente débil y está tan comprometida en su equilibrio ecológico que habría que reduplicar todas las medidas y pro-

gramas conservacionistas. En este capítulo, del *alto riesgo biológico*, no sé si sabrán que existen recomendaciones concretas de la UNESCO al Gobierno de Canarias para que inicie el estudio científico de las causas que estén incidiendo, de manera alarmante, en la desertización, al parecer irreversible, del archipiélago. A esta alteración de carácter antrópico une su mayor carga la isla de Gran Canaria; con una irracional política territorial, y con excesos en orden a la extracción de áridos, deforestaciones, masificación constructiva, descuido del paisaje, envejecimiento de la vida, que la sitúa en la cabeza indiscutida del «ranking».

Pero esta degradación, contaminación y corrupción ambiental, física, geográfica, biológica en suma, lo es en no menor grado en el área de la menos reconocida *ecología humana*. Por eso llama poderosamente la atención, si no la perplejidad, que los mismos jóvenes que, ingenuamente, se enrolan en estas manifestaciones de justas protestas no muevan ni un dedo en favor propio, de la conservación de su misma naturaleza física e intelectual.

Seremos claros. No se puede explicar bien, o al menos hemos de reconocer que existen dificultades objetivas de comprensión, que quienes protestan porque se ha liquidado una colonia de endemismos botánicos, se ha contaminado con aguas residuales, o servidas, las limpias y perfumadas (otrora) del Atlántico, se haya talado una palmera, o se agrede al paisaje con extracciones masivas de lapilli, no tengan el mismo nivel de exigencia para rechazar la *contaminación social de la droga*, de los ruidos de las endiabladas motocicletas, de la falta de bibliotecas, de la *contaminación informativa* a que nos somete prensa, radio y televisión. Cuestiones que se pueden ir sumando hasta convencernos de que estamos frente a una operación de gran alcance, dirigida desde los resortes del poder (económico, financiero, político, cultural) y que se ha propuesto, y lo ha conseguido, triturar los cerebros juveniles, garantizar un estado de *pasividad e inhibición*, provocar la ruina moral, física y social de los individuos y, en definitiva, por medio de estos procedimientos, controlar, vigilar y castigar.

Esta isla de Canaria, de los 2000 manantiales en los tiempos del príncipe Doramas, de las selvas y palmerales, de los brezales y pinares,



BORGES LINARES
90

está desmantelada en su cobertura vegetal. Pero es tan generosa la tierra, por su mismo vicio, que son suficientes tres buenas lluvias, como en este invierno, para que las campiñas y prados, las laderas y barrancos se revistan de un inusitado verdor. Si a esta acción benéfica de la sabia naturaleza supiéramos aunar la colaboración del hombre con el medio, aún estaríamos a tiempo, a pesar de los desafueros y del «terrorismo ecológico», de salvar los reductos testimoniales de lo que fueran los Campos Elíseos.

La constancia en el empeño requiere, sin embargo, algo más que espasmódicas manifestaciones, guiadas por otros intereses que ni los propios jóvenes son capaces de adivinar. Son estas actuaciones algo así como bombones envueltos en celofán pero, en su contenido, envenenados.

Se trata de crear una opinión de alcance. Incidir con la palabra, la tribuna, la cátedra, el trabajo, las ondas, en la formación de un *nuevo parámetro vital*. En centrar el eje y el individuo, pero como soporte de lo social. Y, a partir de esta auténtica democratización del problema (de esta *solidaridad con el todo*) volverán a encajar las piezas.

Lo que no se puede olvidar son los antecedentes de esa catástrofe. Y para poner un ejemplo, aún no he recibido, ni en público ni en privado, un juicio sobre el criminal atentado terrorista que cercenó el rostro materno de la montaña de Gáldar y que aún pretende instalar, en su cima, un paleta mirador turístico, copiando a Arucas.

La destrucción del patrimonio cultural, histórico, arqueológico, etnográfico y popular también es competencia de la defensa ecológica. Lo que parece indicar que, a la postre, con la pantomima de disfrazarse de «maúro» una vez al año en esas carnavalescas romerías, pasadas por ron y papas arrugadas, encasquetarse el «cachorro» del abuelo o la camisa manchada de plataneras, lo único que se hace es aumentar la confusión y demorar la solución del problema. O al menos, diferirlo bajo el maquillaje del folclor parrandero.

El casino

Viernes, 16 de marzo de 1990

En el *Diario de España* ya célebre de 1898, se recoge en una fotografía del momento una escena del patio del Consistorio, donde el casino de la ciudad tenía instalada su terraza. Mimbres, farolas, parterres con floridas plantas y caballeros atildados resumen esta imagen, tranquila y decimonónica, pueblerina si ustedes quieren pero no exenta de un impreciso encanto. Quizá ese discreto encanto que se le otorga a la burguesía.

Me contaba en mis paseos abriños en la plaza de Santiago, aquel otro caballero galdense que fue el Dr. don José Blanco Hernández (cuando ya en sus últimos años vino a reconciliarse, sentimentalmente me refiero, con su ciudad natal) una serie de anécdotas, vivas y chispeantes de la Gáldar de principios de siglo, cuando él, aún niño, frecuentaba aquellos ambientes próximos a las páginas de Marcel Proust.

En relación al viejo Casino o Sociedad (pues ha tenido varias denominaciones), me relataba el esplendor de los bailes y de las veladas, las fiestas literarias, las tertulias políticas y culturales animadas por los Batllori, los Quesada, los Rodríguez y todo aquel pollerío que, de manera excepcional, empezó a ir a la universidad y a salir del pueblo. En aquellas reuniones no faltaba, como en todos los pueblos de España, el boticario, el médico, el telegrafista, el auxiliar de marina, el maestro nacional, el próspero comerciante y los dos o tres caciques que, a la postre, eran quienes abonaban las cuentas de los licores y las viandas consumidas. Tertulias a la luz tenue, amarillenta y mortecina, de los candiles y los quinqués, que cobraban un esperpéntico contenido en las largas noches de invierno, cuando el pueblo quedaba prácticamente en la obscuridad y sus calles se poblaban de miedos y leyendas, de fantasmales visiones, fomentadas



BORGES LINARES
90

por el gusto romántico de la época de exagerar, con fantasías de apariciones, ánimas en pena, resucitados y otras trapizondas, cualquier extraño ruido, rugido, mugido o, simplemente, el siempre estremecedor aullido de los gatos en celo.

Tenía la sala principal de aquel casino unas lunas venecianas que se reputaban como los mejores espejos de la comarca, con una nitidez y calidad de reproducción de imagen donde los mozos peras y las niñas regalonas insistían en arreglarse el nudo de la corbata o colocarse, coquetamente, la pamelita. Había también un piano con el que se animaban los bailes de oficio, las celebraciones y los pequeños conciertos. Unos, ejecutados por los propios socios aficionados, y los extraordinarios por algún forastero ilustrado que terminaría enamorando a la rica del pueblo como fuera el caso de Samsó.

El mobiliario, las mesas, una no despreciable biblioteca y la sala de lectura completaban este «pequeño mundo» donde, cada tarde, se volvían a repetir los mismos saludos y a contar, hasta la saciedad, las mismas anécdotas. Los grandes temas políticos en torno a León y Castillo, a Canalejas, a Morote o a Quintana y León; los proyectos, siempre aplazados, del ramal de Sardina, las cartas de recomendación, el patriotismo del alcalde don Luis Rodríguez, el ansia, siempre frustrada de devolverle a Gáldar el rango de capitalidad perdida; las tomas de posesión de los alcaldes, la guerra de África, la pérdida de Cuba, la regencia, la declaración que hizo el ayuntamiento de Gáldar de alcaldes honorarios a don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia, los cambios políticos, los dimes y diretes, la división provincial, los asuntos con Tenerife, estos, y muchísimos otros asuntos en relación con los comprometidos intereses de la comunidad que, en su aislamiento interior, con un gran esfuerzo, y sin apenas ayudas oficiales, intentaba no dejar extinguir los valores supremos del civismo, la cultura y la razón.

Fue siempre el casino un criadero de intelectuales liberales y se distinguió por mantener posiciones progresistas acordes con la época; fomentar la lectura y la sociabilidad, entretener y recrear, y en aquel páramo cultural de los años difíciles sustituyó a la escuela y se constituyó como una universidad libre donde la argumentada

polémica, el debate serio, la oratoria y los buenos modales constituían su máxima distinción.

El casino después, ocupó el palacete mandado a levantar por doña Josefa Samsó, que nunca llegó a disfrutar; ya en la postguerra española abrió sus dependencias en régimen de alquiler compartido hasta lograr, en una operación inteligente, adquirir la totalidad del edificio y acometer una desafortunada ampliación por la calle Soront Semidan que habría, al menos, que ir pensando en remodelar, suprimiendo su buñqueriana y horrorosa fachada, tan del gusto de una serie de directivas de las décadas de los 70 que, en sintonía con el marasmo municipal, tampoco supieron estar a la altura de las circunstancias.

Hoy su actual presidente, el inquieto y patriota Anibal Mendoza Vera, rompiendo inercias heredadas le ha devuelto a la institución su pasado esplendor. En este sentido, hay que congratularse de que, por fin, la entidad haya asumido sus preclaros orígenes, compartidos con el teatro, y según reza en su primer reglamento de 1847, se constituya como Sociedad de *Fomento* de la villa de Gáldar. No debe el casino, pues, abdicar de aquel pasado que le sitúa a solo unos años del Gabinete Literario (fundado en 1843), y que le otorga la distinción de ser una de las sociedades con más solera de la isla, con una ejecutoria democrática acrisolada como fue la de otorgar derecho a voto e inscripción a la mujer, en pleno siglo XIX. En efecto, en la nómina de estas socias figura un ramillete de muchachas galdenses, caso insólito, como miembros de número de la institución.

Con las exposiciones de artes plásticas, con los conciertos y certámenes, este casino está llamado a convertirse en la antorcha de los movimientos sociales y culturales de Gáldar y su comarca. Debe promover la inteligencia, defender los intereses públicos en orden a una serie de situaciones que han ido privando a Gáldar de servicios y funciones, y tal y como su primera denominación indica, debe fomentar y defender los intereses de Gáldar, abrirse a la sociedad, a la modernidad y a las luces de las ideas.

Borges

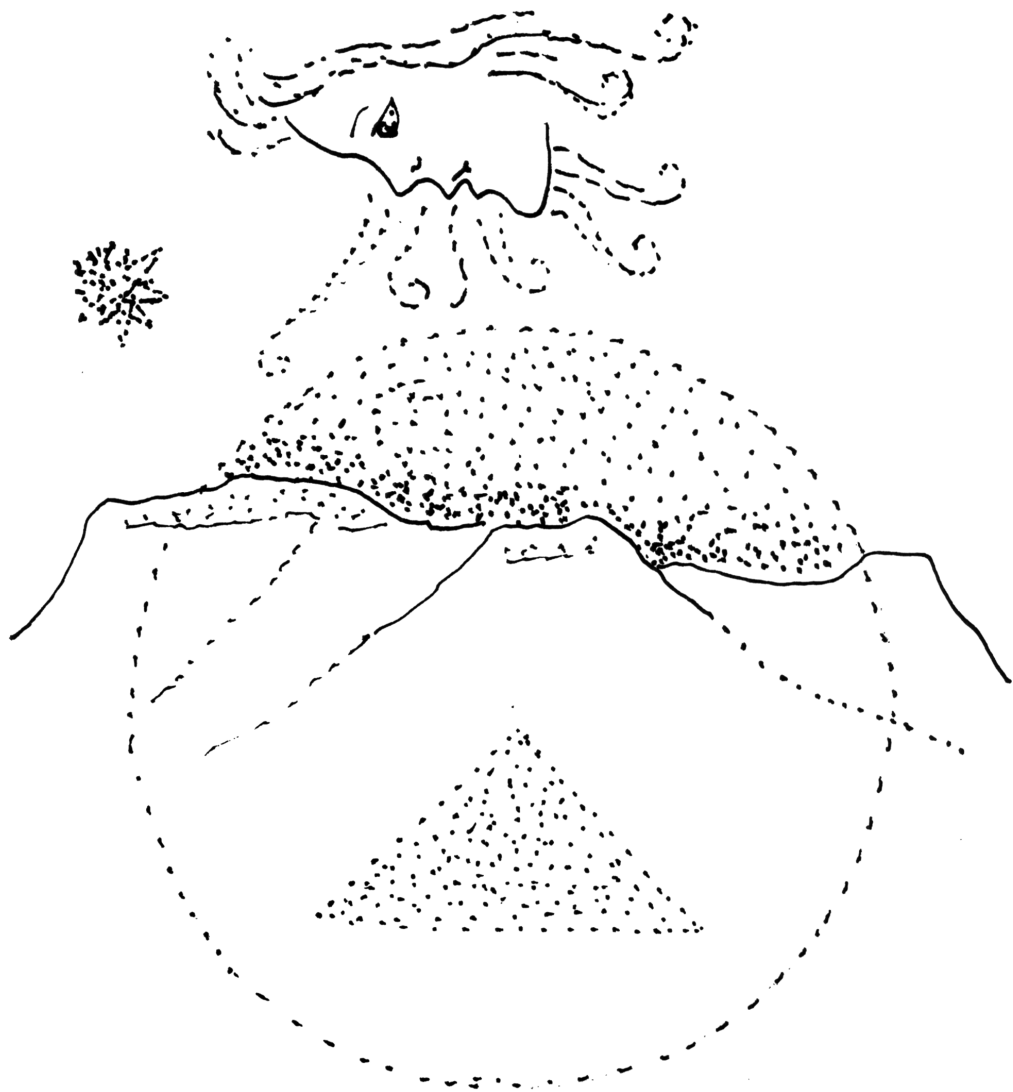
Sábado, 17 de marzo de 1990

O «hijo de Amagro», como él quiere que le llamen; puesto que, de una íntima convicción personal, brota esta seguridad que le conecta directamente con su tierra y con sus gentes. Con el entorno inspirador que ha elegido libremente, en el rescoldo de su morada, al pie del Monte sagrado y en el mismo valle de los Guanartemes.

El artista jamás ha escondido sus orígenes y, por el contrario, siente un particular orgullo de haber nacido en el seno de la familia de modestos y honrados trabajadores; donde, a pesar de las limitaciones, no faltó la intuición y el gusto por el arte que le inculcaran, por este orden, su madre, el padre Dios y la contemplación, en la iglesia de Gáldar, de las imágenes de Luján. Estos son, en verdad, sus tres pilares referenciales sobre los que se fue construyendo la personalidad de uno de los escultores indigenistas vivos más importantes.

La biografía de Juan Borges Linares está muy teñida de aquella infancia trabajada y llena de poesía; y donde sus diálogos con la naturaleza, con los solajeros de los barrancos en busca de lagartos, o con las inclemencias de las lloviznas y chirotes, en las frías mañanas de invierno en busca de leña, le marcaron casi proféticamente y fueron robusteciendo el espíritu de aquel muchacho que empezó, como los elegidos, a modelar la arcilla, los primeros «santos», imágenes y figuras ante la admiración de sus paisanos.

Los dioses eligen a los artistas para traducir con su obra lo que el idioma de los hombres, por sabios que sean, no es capaz de expresar. Quiere esto decir que en el nacimiento de su carácter artístico, de un temperamento, hay siempre algo de incomprensible; pues no caza con los presuntos del funcionalismo, la utilidad y la vulgar medida de las cosas. Esa definición kantiana del arte como algo *inútil*



BORGES LINARES
90

pero bello, condensa, mejor que cualquier otro concepto, la ecuación artística.

A Borges lo conocí siendo yo aún estudiante de bachillerato, con apenas 15 años. Fue con motivo del impresionante busto que él, todavía un muchacho, por encargo de Antonio Rosas, hiciera del capitán Quesada y que hoy timbra de señorío uno de los extremos de la plaza de los Faicanes.

A nuestra amistad, espontánea y profunda y que el tiempo ha demostrado duradera, se sumaron otros jóvenes inquietos, tildados de «plaga varonil» por la administración municipal, debido a los reiterados quebraderos de cabeza que ocasionaban a la municipalidad hechos tan sorprendentes entonces como que leyéramos a Albert Camus, a Voltaire, a Gide o a Oscar Wilde.

Aquellos años fueron imborrables, persuadidos como estábamos que era nuestro mejor tiempo. Sardina y sus gaviotas, sus tardes lentas, de metálicos ponientes. Los paseos en barca, con Lolita Asunción, la natación con Victoriano, Merelo, Juan Oliva, Alberto, constituyeron unos supremos cánones de vitalidad donde, como precisamente quería Wilde, era la naturaleza la que imitaba al arte. Y, además, era el arte el que imitaba a la vida. Y la vida éramos nosotros; con nuestros 17, 18 o 20 años. Con nuestros poemas, con los sueños de libertad y con la seguridad creciente de estar donde teníamos que estar y de hacer lo que teníamos que hacer.

A partir de entonces la obra de Borges Linares, que desde su primera juventud se mostraba rotunda en técnica y concepto, se va encaminando hacia posiciones conceptuales más radicales y donde la figuración indigenista traduce la profundidad de un sentimiento popular, *nacional* si se quiere, en el mejor sentido de la palabra (que no nacionalista); y emerge con un lenguaje propio, sin concesiones ni entretenimientos secundarios. El dominio de la talla directa, los duros basaltos insulares, la garantía de saber entender la madera, y una capacidad poco común de sincretismo fue destilando una serie de esculturas y composiciones de esta época, anterior a su viaje a América (1971); alguna de las cuales aún, milagrosamente, se conserva en el Patio del Drago del Ayuntamiento.

El viaje a América, a Patagonia en concreto, puso al artista en comunicación con su subconsciente artístico. Aquel mundo mestizo e indígena, las cargas emotivas y enigmáticas de los mapuches y araucanos, sus vivencias en el ámbito andino cordillerano y su capacidad para sumergirse en las gentes y las costumbres, en la que los antropólogos llaman «las otras culturas», no vino sino a reafirmar sus antiguas convicciones y a depurar, a partir del trabajo intenso y la investigación de las formas y las ideas, una obra que asombra por su fuerza y plasticidad, por el ensimismamiento y concentración y, sobre todo por el mensaje de contenidos esenciales.

La producción artística de Borges Linares, ya en su madurez, ha oscilado desde su vocación de imaginero fiel a la tradición de Luján Pérez, hasta su faceta de escultor monumentalista (Unamuno, Guayrminas, Ángel del Silencio, Guanarteme, etcétera), además de su incursión en las posibilidades del tratamiento del relieve, el grabado, el dibujo y la pintura. En cualquiera de estos ángulos de su producción nos encontraremos con un artista integral, pleno, diríamos que renacentista pero, sobre todo, *esencial*.

La obra de Borges, camino de nuevas experiencias que remonten etapas, se sigue estructurando a partir del mismo código y del mismo lenguaje. Los valores primordiales, los elementos matrices de la vida y la materia, la tensión erótica, la etnia y la plasticidad exacta; jamás entretenida ni ociosa. Todo se resuelve con un impulso creador suficiente, a veces avasallador, pero siempre portador de belleza, de fuerza y grandeza formal.

Surf

Domingo, 18 de marzo de 1990

Junto con el de volar, el instinto de flotar, de deslizarse y no sucumbir a la presión hidrostática es uno de los más antiguos y ansiados de la especie humana. Tal es así que, la historia de la navegación, en contra de lo que se daba por sobreentendido en los manuales de historia, es mucho más antigua. El poblamiento de los continentes y de las islas exige, en muchos casos, la práctica y el conocimiento si no de las artes sí, al menos, de unos rudimentarios pero eficaces medios que permitan sortear los anchos ríos, estuarios y deltas, cruzar estrechos y brazos de mar, incursionar en las aguas interiores de las lagunas. En fin, superar no solo con el valor sino con procedimientos materiales y con técnicas de flotación y natación, los procelosos riesgos de las aguas marinas y fluviales, las corrientes y remolinos, los embates del oleaje, las subidas e inundaciones.

La afición al agua, en particular para los pueblos ribereños e insulares, es consustancial con su género de vida, y también un elemento que está siempre presente tanto en la configuración mitológica como en el universo de las relaciones y las ausencias. El nacimiento de Venus, entre las aguas, es uno de los más bellos mitos del Mediterráneo, inmortalizado por los pinceles cuatrocentistas de Sandro Boticelli. Contiene en sí mismo todo un tratado de sensualidad vital, de esplendor y fecundidad, si se quiere hasta de arrogancia femenina. Pues no es otra la imagen triunfal y altanera de la diosa, arropada por el Céfito, y entronizada en la Concha venera.

Otros mitogramas, como el de Neptuno y Océano están estrechamente referidos al mar, a las aguas eternas de la circunvalación del Planeta. Tal que, en esta noción, las cosmogonías filosóficas griegas hacen precisas referencias a Océano «como el río que circunda la tierra, fuente de todas las aguas» (Homero).

Sin embargo, la relación de los antiguos canarios con el mar oceánico tiene dos versiones. Una tenebrosa que se le asocia con la aparición de los espíritus infernales, «los tibisenas», que bajo la apariencia zoomorfa de perros lanudos, emergían desde el horizonte y presagiaban calamidades y malos augurios. Es el mar, en este sentido, una incógnita, la fosa negra, las aguas densas donde habitan los monstruos, los dragones y el bestiario asimilado a la noción demoníaca de «Guayota», el espíritu del mal. Por algo Tinerfe, surgido de las gargantas oscuras del Océano, que contiene en sí el fuego vivo, significa «la isla del Infierno».

La otra versión, y visión, es la positiva; la más amable y la que reconoce que los canarios eran excelentes nadadores y pescadores y que, después de comer, se iban contentos hasta la orilla del mar a celebrar sus fiestas y reuniones. A solazarse con los juegos y entretenimientos cerca de las aguas. Así se explican los poblados y construcciones de la costa de Gáldar que, desde la necrópolis a Botija, van jalonando las radas y caletones, situados en auténticos enclaves (como Mugarettes), y con un lujo primordial como lo es el escenario marítimo, terso y tegumentario lapizlázuli, esmeril acuoso, dimensional infinitud.

La cercanía del mar lo puede y lo transforma todo. Su inmediatez toma en elemento poético la reflexión e invita a soñar con imposibles. El mar y siempre el mar. Este y el otro mar. El mar de la infancia, con sus charcones convertidos en imaginarios palacios submarinos; donde algas y pequeños peces deambulaban ante nuestra asombrada mirada, cómplice de tanta armonía y belleza íntima.

Y, ahora el mar de los escudos lanceolados, multicolores, encera-dos, de las tablas de surf. La algarabía, cuasi cretense, de quienes, adornados con los atributos envidiables de los mejores años, de la paz interior y el concepto irreductible de la libertad, convierten cada uno de los mediodías en un deslumbrante espectáculo, entre las crestas reviradas del oleaje, el zumbido ensalitrado, el fragor de los estampidos y el arte del equilibrio inestable, convertidos en obra de arte. Donde el hombre y la ley de la gravedad se asocian a los elementos primordiales de la naturaleza: las aguas marinas, el aire, el sol y el cielo. Y el hombre, en un antiguo ballet acuático, gestiona con la presión de sus rodillas, con el cimbrear de su cintura, con la extensión



BORGES LINARES
90

de sus brazos en perfecta operación de planear, una de las más bellas impresiones que deporte alguno puede proporcionar al género humano.

Esta juventud canaria, que cada día baja hasta Bocabarranco, y que en una ceremonia de simbiosis queda expectante en la orilla, estudiando cada una de las olas, su intensidad, ritmo, fuerza, orientación, altura, recorrido, no es otra sino la misma de siempre. La equivalencia cultural de aquellos otros canarios de hace 500, 1000 o 2000 años, que en estos mismos playazos, con sus artefactos y flotadores de juncos, troncos de drago o de palmera se divertían sin recato. En tan grande medida y resplandor que los navegantes de la Antigüedad no dudaron en certificar que en estas islas vivían los Afortunados, algo así como los héroes atlánticos. Algo más que los hombres pero algo menos que los dioses.

La práctica del surf, por estos componentes subyacentes, que posiblemente desconoce la mayoría de quienes lo practican (pero no importa), justifica y demuestra fenómenos de convergencia cultural. La conexión profunda con el *subconsciente colectivo* que hace de estos intrépidos deportistas, de estos helénicos canarios, la cristalización de un sistema vigente de transformaciones estéticas, sostenidas por una sólida estructura cultural, cinética, de artes del cuerpo y tratamiento anatómico especializado.

Son algo así como los dioses de la Edad futura. Como los argonautas del Atlántico oriental. Así lo creo.

Cumbres

lunes, 19 de marzo de 1990

El municipio se organiza en tres pisos escalonados, costa, medianía y cumbre y se adentra, en forma de cuña, hasta el interior de la isla. Esta disposición territorial, desde el punto de vista geomorfológico y ecológico en general, constituye un buen resumen del paisaje de la Gran Canaria y hace de la *cuña galdense*, menguada por deslindes sucesivos, un claro testimonio de lo que fue la primitiva demarcación de estas tierras del norte, cuya extensión, como un trasunto del *guanartemato*, comprendía el país del barlovento, desde Arucas hasta Mogán.

Las cumbres de Gáldar son, pues, el tercer nivel de este escenario geográfico que se inicia, por poner una cota significativa, pasada Hoya de Pineda y donde los suelos se organizan formando frente a la *isla baja* o costa, la *isla alta* o cumbres; quizá con no tanta claridad como en Tenerife pero sí evidente en el hecho de que en poco más de 30 minutos se pueda pasar de los 100 metros sobre el nivel del mar, del asentamiento urbano de la ciudad, hasta los 1000 metros de altura en Fagagesto.

La bifurcación de carreteras que se encuentra camino de Agaete, a la altura de San Isidro *El Viejo*, invita a realizar una de las más interesantes y hermosas excursiones, recorriendo un itinerario que toma la vía que pasa por El Agazal, Los Silos y Buenavista, desde donde se observa una de las panorámicas más benignas de las *tierras bajas*, con el tapiz del plataneral de la Vega, el vértice piramidal de la montaña y el telón de fondo del mar, abierto hacia el norte, desde la punta de Guanarteme hasta el Juncal. A la izquierda la mole pétreo de Amagro y a su pie Las Quintanas.

Este sector de Buenavista, sobre la cota 400, se está convirtiendo, paulatinamente, en un asentamiento residencial de fin de semana,



BORGES LINARES
90

y ya se observan los chalets y construcciones que comparten el espacio con las más modestas viviendas tradicionales del campesinado.

Frente a la Degollada, la carretera se resuelve con una curva, en tajo, de la cabecera del barranco de Anzofé: uno de los colectores de la cuenca del de Gáldar. Aquí tenemos un mirador natural para estudiar uno de los más interesantes asentamientos trogloditas canarios, readaptados y en cuyas cuevas-viviendas aún persiste un grupo humano que se resiste a abandonar los hábitos del pasado. De aquí procede la célebre cerámica del taller de la Degollada o de Hoya Pineda, que es así como, quizá de manera imprecisa, o mejor inexacta, se le conoce. Pues Hoya de Pineda es la hoyeta, más hacia levante donde aún, también como un milagro, sigue en pie la hacienda solariega de la familia Pineda-Bethencourt y la recoleta ermita de San Antonio, en un paisaje sedante, con cercados de papas y ganados y que siempre nos ha recordado aquello de *la ermita, la fuente y el río*, de la literatura de bachillerato.

Salidos de Pineda, y venciendo varias curvas más, empieza a sorprender la coloración rojiza, intensa, de los suelos; almagrados, con ese inconfundible aspecto de tierras rubefactas y donde se asiste al cambio de vegetación con el dominio de otros endemismos, propios de la montaña. Por encima del asentamiento de Tegueste (reliquia toponímica que alude a la propiedad de Juan de Tegueste, afincado en Gáldar con la gente cristiana y parentelar de don Fernando Guarnarteme), de pronto se entra en una llanada que recorre los sitios de la Cruz del Poleo y El Saucillo. Hacia poniente hacen su aparición los manchones cárdenos, de una intensidad cardenalicia, tierras de Pico Viento, contrastados con la alfombra verditensa de los poleos y el matorral, de las flores de mayo.

A partir del Saucillo el paisaje se aprieta y aumenta la sensación cumbreira, a un lado y a otro de la carretera que tiene en Caideros una obligada visita, para contemplar el valle de Agaete, Tamadaba y las puestas de sol, la olímpica visión del Teide sobre el horizonte marino, con pinceladas frambuesas y ciclames. Aquí se puede comprar, sin lugar a dudas, el mejor queso de oveja de la isla, procedente de los cortijos próximos de Pavón, Chirinos, Barranco Hondo de Abajo o del propio Fagagesto.

Pasado Caideros, y ya en el Lomo del Palo, frente al Montañón, Las Charcas sigue siendo una estación ritual donde gentes comarcanas vienen a llenar sus recipientes con un agua a la que se le atribuye propiedades curativas. Hacia la derecha, carretera adentro, se llega al punto de Fagagesto, nombre que para el pintor Jesús Arencibia está lleno de resonancias imprecisas, pero sugerentes. Me inclino por considerar que se trate de un derivado, diminutivo, de *fajana* (conocido en Tenerife); posible portuguesismo, que alude a un trozo, o faja, de tierra de cultivo. Desde Fagagesto se puede acceder a una de las visiones más espectaculares del paisaje cumbreño, dominando las alturas del Sao y del sendero antiguo que sube desde Los Berrazales y tiene su control natural en Los Cabucos, complejo troglodita primitivo, de un gran interés arqueológico, y que es el equivalente de las Cuevas de Bizbique, en la otra ladera del valle. Por aquí el camino que conducía desde Agaete a Artenara, y al que se alude en las operaciones militares de Alonso de Lugo y Pereza, pone en comunicación la costa con el interior y cumbre de la isla; cuando se acantonó, asediada, la *resistencia canaria*.

La excursión prosigue hasta alcanzar el punto de Juncalillo, afamado por sus aguas y pozos, y por la magnificencia de sus cuevas habitacionales; aquí Gáldar linda con su antiguo Artenara.

El remate no puede ser otro que el mirador de los célebres pinos de Gáldar, centenarios ejemplares, que se niegan a extinguir, asidos al picón de las laderas. Aquí Gáldar comparte jurisdicción y recuerda la esencia misma de Gran Canaria.

Andamana

Martes, 20 de marzo de 1990

O Atidamana. Que parece ser esta, aunque menos extendida y popular, la fórmula original más precisa.

La historia de la primera reina de Gran Canaria está anclada en las aguas lejanas de la memoria colectiva. En el horizonte del tiempo, sobre el que se levantan las primeras figuras del mitograma insular, no carente, por otra parte, de las más existentes verosimilitudes científicas o, al menos, históricamente válidas.

Las referencias a este personaje, mezcla de diosa y humana, como una *Madre Nutricia*, antepasado común del matriarcalismo canario, se van sucediendo desde la historiografía tardorrenacentista que arranca de los textos del cremonés Leonardo Torriani o del dominico Abreu, ambos de las postrimerías del XVI. El personaje cobra dignidad en Viera (XVIII), vuelve a emerger, en la concepción romántica de los «personajes célebres» de Millares Torres.

En líneas generales la biografía de la *Prima Reina* se podría resumir así:

En las feraces marcas de Agáldar, y en la colina de los Semidanes, donde se habían horadado las cámaras decoradas, habitaban los linajes *matrilocales*. Es decir, aquellas familias, con un antepasado ilustre común reconocido, pero cuya ascendencia se articulaba vía femenina. De hijas a madres, de madres a abuelas, de abuelas a bisabuelas y así, sucesivamente, hasta alcanzar a la *Diosa Madre*, confundida con el antropomorfismo divinizado de la diosa Gea, la Tierra.

Bajo esta concepción matriarcalista, y matrilocal (de residencia en las casas de las mujeres), hay que entender la noción del *guayarminato*, anterior al guanartemato que, en este orden de los sistemas de parentesco, está expresando el complemento dinástico, a partir del reclutamiento de los guerreros que quedan incorporados a los

troncos legitimistas, que siempre han significado a las filiaciones uterinas. Es decir, que para llegar a ser guanarteme, con plenitud de poderes, primero habrá que desposar a la guayarmina.

Los compromisos nupciales quedan fijados de antemano, en la infancia de los contrayentes. Son ambas familias las que pactan y sellan el contrato. La futura novia, ya comprometida, es decir, *la prometida* es apenas una niña de cinco o seis años. El niño, algo mayor, de 10 o 12. Las nupcias, propiamente dichas, coincidirán con el advenimiento de la capacidad sexual de la muchacha, patente en su primera menstruación. Entonces, y con buena lógica, se dispondrá la boda, garantizándose la virginidad de la novia y la oportunidad del enlace que supone para el varón el disfrute de su plenitud, con unos 18 o 20 años.

Es así como se explica el requerimiento que hacen a Guanarteme para que se case con su prima y sobrina, la reina Arminda, de apenas 8 o 10 años, y que ya había estado prometida al príncipe de Telde, también primo suyo (el presunto Bentejuí, o mejor Tazartico, de los cristianos), resolviendo así una doble papeleta: la reunificación de la «resistencia canaria» frente a la invasión castellana (que no española, hay que precisar), y posibilitar que Tenesor asumiera, como auténtico Guanarteme, al casarse con la «guayarmina», depositaria de la legitimidad dinástica de los Semidanes.

En la figura de Andamana tenemos sintetizado el origen de este matriarcalismo insular. Ella había alimentado, en torno suyo, unas raras habilidades para las artes y presagios de los augurios y la adivinación. Su fama, entre religiosa y mágica, fue creciendo por toda la isla, de modo que, Gáldar, se tornó en algo similar a Cumas y su Sibila, con su afamado y respetado oráculo. Centro ceremonial que pone en comunicación el cielo y la tierra, gracias a las prácticas de esta mujer, de carácter varonil que termina convirtiendo su ciudad natal en la capital religiosa de la isla.

Pero, como suele acontecer, el prestigio crece parejo al recelo y a la envidia de quienes son incapaces, o impotentes, para reconocer el brillo y el hálito de los elegidos. Hubo de notar la Andamana algún signo de burla o indecisión, entre alguno de sus paisanos, que, para mitigar cualquier posible quebrantamiento de la *ley de Alcorac*, que



BORGES LINARES
90

ella como vicario custodiaba y repartía con prebendas entre los humanos, decidió, con acertado juicio político, escaparse con el aguerrido y más temible de los caudillos de armas de la comarca, y lo hizo con el *príncipe de Facaracas*, que habitaba junto a Gáldar, en las cuevas de su nombre.

De esta unión, entre la inteligencia de Andamana y el valor de Guminafe, brota el concepto de la Unidad Insular, la creación de una Jefatura Superior, estable y justiciera, articulada en instituciones duraderas. Se establecen los pactos necesarios y se anulan las resistencias negativas y, la isla, queda guarnecida en una sola Corona que tiene en Gáldar, junto a la Casa Roma, el Alcázar y Palacio de sus Reyes, los primeros Guanartemes.

Sucede la *Pax Andamánica*, y la acrópolis concentra la mejor nobleza de la isla. A esta corte, de los graneros fortificados, de las casas pintadas, de las murallas labradas, de los cercos para las competiciones, de las huertas y senderos reales acudirán, al menos una vez al año, los representantes de los 12 *guairatos* de Gran Canaria, y en la *Audiencia Real* abrirán sus Cortes Generales, dirimirán sus diferencias, acordarán sus contratos y renovarán los votos de «Lealtad y Fortaleza».

La reina Andamana, como si de una gran Venus Arcaica se tratara, trasunto de la Tetis marítima, matriarcalista, como las reinas amazónicas, aguerrida, varonil, conocedora de los designios ocultos, reguladora de las cosechas y de los ritos de la fertilidad. «Señora de la Tierra», depositaria de la sangre del linaje, *Gran Guayarmina*, Madre de las Madres de Agáldar, semilla inicial de la raza, del pueblo, de la Gáldar eterna. Inmortal en su memoria.

Facaracas

Miércoles, 21 de marzo de 1990

En la confluencia de los barrancos de Gáldar y su tributario de Anzofé, en la margen izquierdo de este último, aguas abajo, se detecta el banco compactado de lapilli, correspondiente a las últimas erupciones del volcán de Gáldar, en cuya formación se han excavado artificialmente una serie de grandes cuevas habitacionales, de proporciones monumentales, y de tal capacidad que, algunas, han sido convertidas en estanques para almacenar el agua de riego de los platanerales.

El entorno está poblado de toponimias alusivas a diversos temas, y nombres como «La Grama», «Lomo San Antón», «Juan Viejo» o «El Patronato», se van sucediendo unos a otros en pocos metros y dan cuenta de la intensa colonización humana de este viejo sector de Gáldar, cuya ocupación insistente se remonta a los tiempos fundacionales de la Corte de los reyes de Gran Canaria.

En el Archivo Histórico Nacional hemos podido consultar el *Libro de Fundaciones* del monasterio de San Antonio de la Vega de Gáldar, regentado por la orden de San Francisco, y que fue en su tiempo, y desde las primeras décadas del XVI, algo así como una universidad pontificia con disciplinas clásicas y Humanidades. En aquel libro, donde se da cuenta de las capellanías, hemos rescatado la toponimia original que ya conocíamos por Viera y Clavijo, Abreu, Marín y otros, sobre el nombre de Facaracas.

En efecto, ha quedado rigurosamente documentada la existencia hasta el siglo XVIII de la «Vega de Facaracas», vinculo de capellanía, adscrita al Patronato de las Monjas Bernardas de la ciudad de Las Palmas, a razón por lo cual se conoce con la denominación de Fincas del Patronato, o «Cuevas del Patronato»; que en su toponimia indígena

y señorial no es otra cosa que las solariegas *Cuevas de Facaracas*, tal y como reza en los cronicones y memorias del convento.

Pero no es solo esta precisión lo que anima esta noticia. La misma denominación de *Facaracas*, trae evidentes similitudes con otro toponímico, localizado entre Artenara y La Aldea (tierras todas del *guanemato de Agáldar*), y que aún perdura en aquellas agrestes marcas. Es el nombre de *Tifaracás*. Veamos:

El origen de la *Corona de Gran Canaria* tiene su fragua en la Agáldar milenaria y está envuelta, como es lógico en estos tiempos arcaicos, de la imprecisa bruma que la leyenda otorga a los primeros pasos y al nacimiento histórico de los pueblos. Lo mismo que Grecia o Roma, Canaria también tiene ese *cantar de gesta*, esa epopeya homérica y virgiliana, donde una *reina amazona*, especie de sacerdotisa, de arraigado prestigio, celebra sus nupcias con el *Caballero de Facaracas*, jefe militar y aguerrido, conocido también como el *Rey Gumidafe*.

Con estos dos personajes, los primeros reyes conocidos de Gran Canaria, que instalan su trono y Cortes Generales en Gáldar (el Gran Thábor, de los antiguos canarios, o juntas generales), se está describiendo uno de los más rancios *mitos de origen* de nuestro pueblo; mito que cobra una dimensión antropológica, de rasgos sobresalientes y de implicaciones culturales de primera magnitud. No es otro, que la formación y cristalización de la *Jefatura* en el sistema monárquico; la articulación del *Estado primigenio*, con un aparato institucional perfectamente estructurado y una sociedad dual (de señores y siervos). Un Estado detectado por el sacerdocio *fayacanal*, las harimaguadas, los *nobles caballeros*, y el *Cuerpo de Alta Nobleza* formado por 200 caballeros, de los cuales, la mayoría tiene casa y solar en el término de Gáldar. Por lo tanto, otra coincidencia, o convergencia histórica que, hace que la advocación de Santiago de los Caballeros, venga a superponerse a la existencia, anterior en miles de años, de un brazo nobiliario en torno a la Corte de los Guanartemes, y que formaban «la flor y nata, lo más selecto y valiente de la Gran Canaria».

Las «Cuevas de Facaracas», pues son el testimonio de aquellos tiempos y el sitio de control de la confluencia de barrancos y de los caminos del norte hacia el poniente. Allí estarían las huestes del



BORGES LINARES
90

príncipe Gumidafe, antes de celebrar matrimonio con la reina Andamana, y en esta configuración espacial, este asentamiento prehistórico, de un alto valor arqueológico y monumental queda representada la *organización dual*, en dos mitades complementarias, de la *tribu regia*. Por un lado, la filiación residencial matriarcalista de Andamana y el asentamiento de la acrópolis y la Cueva Pintada, donde terminaría por fabricarse el palacio y frente, en la otra orilla del barranco, el campamento militar, el enclave patriarcalista, de la otra mitad de la gens y el linaje, que representa el tronco de los Facaracas, cuyo vértice lo encarna Gumidafe que toma para sí, no el nombre de «guanarteme» (o «hijo del rey»), sino el de *Señor de Facaracas*, como los primeros reyes carolingios o de Hispania medieval que van sumando los títulos de «Conde de Barcelona», «Señor de Haro», «Conde de Monblanc», etc.

Las Cuevas de Facaracas, y su entorno, están llamadas a convertirse en un gran complejo arqueológico, visitable y puesto en uso social. No solo por ser el «solar primigenio de la patria canaria», sino por la formalización monumental de sus estructuras trogloditas, uno de los conjuntos más solemnes y significativos del pasado insular.

De aquellos reyes arcaicos, de los que aún han resistido a los embates del tiempo y el olvido, sus sonoros nombres; de aquellos acontecimientos, que fueron trenzando la historia de este pueblo canario, en una plenitud histórica e institucional, propia de cualquiera de los reinos de la antigüedad, van emergiendo estos vestigios, en forma de cámaras subterráneas, galerías, grandes bóvedas, estancias, habitáculos, excavados en la roca volcánica y ferrosa, en las entrañas mismas de nuestro suelo. De nuestra patria.

El guanarteme

Jueves, 22 de marzo de 1990

El proceso dialéctico de la entrada en la historia universal de la *Comunidad Canaria*, en las dos últimas décadas del XV, no se podrá comprender, satisfactoriamente, hasta que no se conozcan en profundidad las claves culturales, sociales y políticas que intervinieron y concurrieron en una serie de episodios bélicos y diplomáticos, a todas luces trascendentes.

Si se toma como punto de partida la *operación normanda de 1402*, como un simple mecanismo expansivo de los reinos cristianos, de la rivalidad, ya sobre el escenario del Atlántico, por controlar las rutas del Oro y el Camino de las Indias, esta situación y enfoque cobra una nueva perspectiva a partir de la decisión que llevó a la Corona de Castilla, y su consorte de Aragón, a precipitar los acontecimientos y a apostar por la incorporación del archipiélago a la órbita castellana; en detrimento de los, hasta entonces, legítimos intereses lusitanos que ya habían contactado con los canarios, en particular con los canarios de Gáldar, como se recoge en el episodio de Diego Silva y la firma de unas paces o compromisos de no agresión.

El problema se puede abordar desde distintos frentes. Pero lo haremos acudiendo a los *puntos del conflicto*. Es decir, desde el plano general que forman los ángulos de una y otra parte, y no desde el arriscamiento de quien pretende re-escribir la historia desde los vapores del recalentado neo-nacionalismo etílico («patria o ron»), o desde la suprema ignorancia de la historia, de la geopolítica internacional, del Derecho de Gentes, y de otras tantas cuestiones que nada tienen que ver con el forzado *presentismo*. Método erróneo que exige enjuiciar y valorar los hechos, acontecidos hace 500 años, desde la cómoda y empinada posición de la barra del bar o de la tertulia tontorrana y resabiada de la plaza; mezclando los rábanos con las coles,

y el envenenado comentario nacionalero de quienes, ni tan siquiera, han merecido una digna representación por medio del democrático procedimiento de las urnas.

Ya sabemos que nunca llueve a gusto de todos. Pero, después de este preámbulo, entremos en materia:

La figura de Tenesor Semidan, de cristiano don Fernando Guanarteme, se conoce, paradójicamente, a partir de la *historiografía romántica* (de la «reescritura ideológica»), de la *burguesía laspalmeña* (ciudad que, no hay que olvidar, está construida sobre las cenizas de un *campamento militar de invasores*) y, que representa, en este capítulo, Millares Torres.

La descripción y *dramatización negativa* que Millares hace del personaje tiene como finalidad contrastarla con sus héroes roussonianos: Bentejuí y Doramas. Ello provoca la *invención dramática* de un Guanarteme que nada tiene que ver con el último dinasta de Gran Canaria. Es algo así, como confundir a Charton Heston con el propio Cid Campeador, y terminar afirmando que, el protagonista del *Mío Cid*, en efecto, se acostaba con Sofía Loren.

La cuestión es mucho más seria, profunda y cargada de contenidos, definidores para comprender la *frustración histórica* que, a partir de una interpretación tipo *Gestalt*, supone la *muerte del padre*. Pero no por el propio hijo, como catarsis liberadora o potenciación del Edipo. Sino impuesta por el *novio de la madre*. Y, paradójicamente, aceptada, sin rechistar, por el embobado hijo.

Nos explicaremos. No existe ninguna nación que llegada su madurez social, como etnia o grupo humano, renuncie a su pasado. Por el contrario, se vuelca sobre sus propios *mitos de origen*, y recrea su concepto de sí misma. Nadie tiene un excesivo mal concepto de sí, sino que intenta resaltar y custodiar la memoria de sus antepasados. Así es como surgen los grandes *libros* de la cultura universal. La misma Biblia, expresión de la epopeya del pueblo judío. Los evangelios, como idearium del Cristianismo. U otros monumentos literarios, *La Odisea*, *La Iliada* o *La Eneida*, para la raíz, que hoy todos compartimos, de la clasicidad grecolatina. Más tarde los *romances* y las nacionalidades étnicas asumen sus *espejos* y se reconocen en su pasado heroico. Rescatan sus héroes culturales; bien a través de la *Canción*



BORGES LINARES
90

de Rolando, para el ejemplo francés, *El Rey Arturo*, para el inglés, los *Nibelungos* para el alemán, y el ya referido *Mío Cid*, para el español sin olvidar la tardía *Os Lusíadas*, para los portugueses.

Igualmente, si descendemos a las nacionalidades históricas (tipo Cataluña), tendremos ejemplos equivalentes en *La Atlántida* de Verdaguer, y un largo etcétera que haría premioso este apunte y distorsionaría su finalidad.

La figura de don Fernando Guanarteme, que propició como Constantino, Recaredo, o Carlomagno, la *transculturación pacífica* de su pueblo, en medio de una guerra colonial, que ni deseó ni declaró, conviene estudiarla con más cuidado.

En este extremo sobre quien declaró la *guerra de Canaria* (1476-1483) nadie ha abierto un expediente tan justiciero y exigente como el rasante con que se pretende, en la nube negra del error y la ignorancia de los hechos, poco menos que ajusticiar a don Fernando de Guanarteme, quinientos años después de su asesinato.

Vamos a usar la *demonstración inversa*. La misma exigencia y juicio moral, del *tribunal político* de la Hoya del Ron (y no es solo una metáfora, sino también una metonimia) debe ser asumida en su completa radicalidad. Me explico:

a) Cuando la ciudad de las Palmas renuncie, pública y políticamente a celebrar las efemérides de la *Declaración de la Guerra de Canaria* (24 de junio de 1478) y rescate, libre de complejas e imbecilidades, su auténtica *Fiesta de la Reconciliación y Concordia*, final de la guerra que es el 29 de abril, podrá, al menos, resarcir su deuda histórica, y
 b) Cuando la ciudad de La Laguna retire el epitafio-monumento que, en el interior de su misma catedral, sin contener los restos del difunto, desafía la memoria y la dignidad del pueblo canario y recuerda a un personaje de tan dudosa moralidad, amigo del cruel Pedro de Vera, como lo fue Alonso de Lugo.

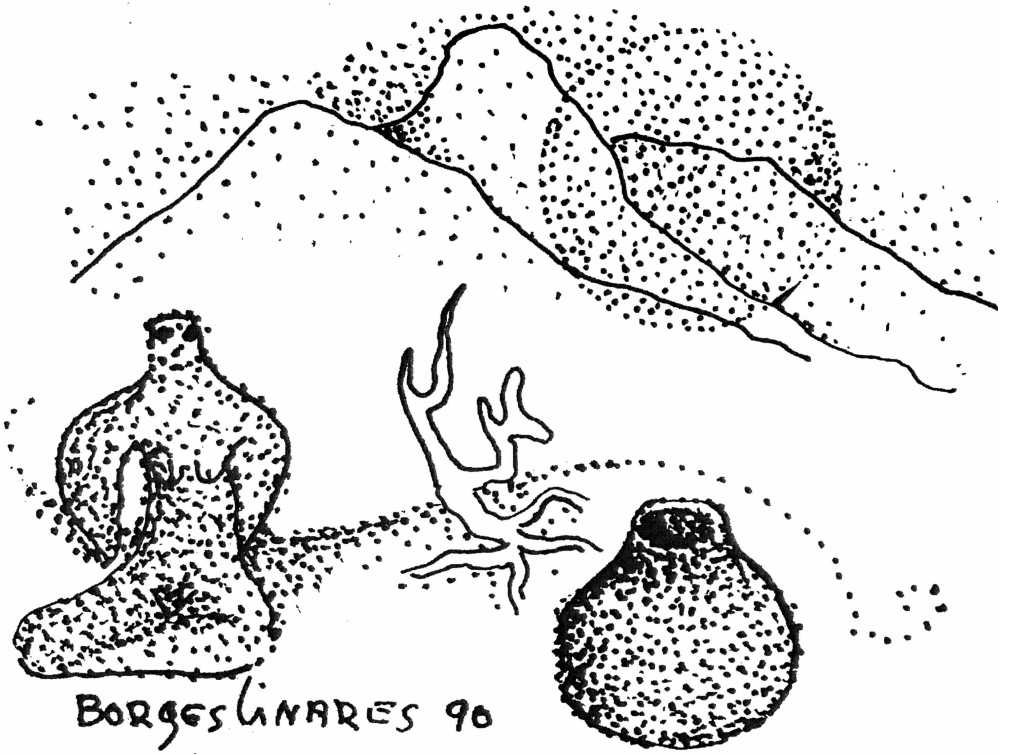
Invito a Los Sabanderos a que —al menos en esta ocasión— estén a la altura de la circunstancias y dediquen alguna coplilla menor al Adelantado.

Arqueología

Viernes, 23 de marzo de 1990

La Carta arqueológica municipal de Gáldar contiene uno de los repertorios monumentales más significativos de la prehistoria insular que va desde las necrópolis y poblados de la costa de Gáldar (desde La Guancha hasta Botija), ocupa la misma acrópolis, donde hoy se asienta la populosa urbe, con los complejos de cámaras artificiales y de arte rupestre de la Cueva Pintada, barrio de Hospital, Huertas del Rey, continúa, en la margen de Anzofé, con las Cuevas de Facaracas, y sube hasta El Corralete de Montaña Pelada y los círculos ciclópeos de Amagro. Ya camino de la medianía tiene en Las Cuevas de las Cruces, Los Silos y Hoya de Pineda varios testimonios de reaprovechamiento e incidencia histórica en módulos habitacionales prehispanicos. No termina aquí el catálogo: pues vuelve a situarse en Caideros y Fagagesto con diversos vestigios funerarios, viejos senderos y enclaves en esta estrategia de ocupación de las tierras altas hasta enlazar con las estancias trogloditas de Juncalillo y Artenara, marcas cumbreñas de Agáldar, irrenunciable y común historia.

En la costa se emplaza, quizá, el más espectacular de los asentamientos de estructuras arquitecturales de piedra seca de toda la isla, solo comparable con los de Tufía, Arguineguín o La Aldea, y que, por su mismo carácter ribereño, representa uno de los modelos residenciales asociados a lo que se ha denominado «Horizonte de los Túmulos», cuyo portador cultural sería el constructor de aquellos panteones principescos que, en el gran túmulo real de La Guancha, ha dado una fecha radiocarbónica del año 1000 de la era; momento que, probablemente, haya que relacionar con un *apogeo interior de la cultura*, comprometido con la creación de ese, aún por determinar, *proto Estado Insular* y cristalización institucional de la monarquía



que tiene en las figuras de Andamana y Gumidafe la pareja regia primordial, el *paradero fundacional*.

El asentamiento de los Mugaretos llama la atención por la composición y complejidad de sus plantas, en particular la estructura que describe un auténtico círculo y observa una disposición del opus constructivo con gran perfección tanto en el ajuste de las piezas como en su acabado. En los años 20 el licenciado Ortega, popularmente conocido como el «Canónigo de Badajoz», encabezó una campaña de rehabilitación de esta zona y se le asoció, creo que precipitadamente, con la noticia recogida en las Crónicas, del *Cerco* o *Circo de Gáldar*, situado «a poniente, a un canto de lugar». Un estudio más detenido del territorio recomienda situar esta primitiva *plaza olímpica de Gáldar* hacia la calle de la Arena (hoy Maninidra). El mismo nombre de «la Arena», puede ser un trasunto de la arena del terrero de luchas, del sitio y cerco usado para la práctica de las competiciones. Además el hecho de estar en la entrada occidental de la ciudadela, en el arranque de la «avenida de los Guaires», que terminaba en el lugar más prominente de la acrópolis, ya en la zona palatina y en el enclave de la *Casa Roma*, parece la explicación más oportuna. Y no allá, a varios kilómetros, en un lugar descampado y baldío.

Algo hay que decir de la «Cueva de La Furia»; también denominada *Furnia de Susoria*. Furnia es palabra portuguesa que viene de «forno», es decir, cueva o lugar cerrado. En ella, a pesar de estar convertida en un auténtico estercolero, y agredida por aditamentos habitacionales sin control alguno, se aprecian pigmentos ocres que, en su día, debieron recubrir sus paredes interiores. De esta cueva proceden algunas piezas excepcionales, una gran tinaja, que recuerda a sus símiles de Mogán y que está en El Museo Canario.

En Botija, la presencia del mar y la espalda de Amagro, frente a Tenerife, da a este sitio una grandeza donde la soledad se hace compañía agradable. Estas construcciones forman parte del sistema de control de los accesos marítimos y están en función de vigilancia de la rada de Sardina y puerto de Juncal.

Pero con todo, el complejo arqueológico de la Cueva Pintada, descubierta en 1873, es con mucho la primera manifestación arqueológica de la isla. A la cámara decorada, con su riso de motivos geométricos,

y a su antesala exhumada con similares estructuras trogloditas, las recientes excavaciones, iniciadas en 1987, han servido para poner de manifiesto y demostrar lo que ya se intuía. Es decir, la existencia de un gran complejo arqueológico, hacia la solana y barranco principal de Gáldar, en la ladera meridional de la colina volcánica, donde se asentaba la acrópolis y el palacio. Aquí la aparición de estructuras arquitecturales, pertenecientes a la clase jerárquica; los sillares, labrados en cantería de Gáldar, similares a los del propio templo de Santiago o a las actuales fábricas con una tradición de «maestros canteros» que se remonta a más de 1000 años. Los bancales superiores, antiguas huertas de plataneras, han resultado ser un testimonio de lujo para la Gáldar actual que, como las grandes ciudades de la Antigüedad, puede testimoniar sus preclaros orígenes con una serie de superposiciones, de distintas ciudades —como Troya, Roma, Toledo, Cádiz— que se han ido superponiendo. Los viejos sillares de Gáldar, sus casas cruciformes, sus paredes y estancias labradas y su arqueología prehispanica. Con otras palabras, parte de estas casas ya eran piezas arqueológicas en el año 1000 de esta era, y habían sido habitadas en el 750. Por si esto no fuese suficiente la evidencia, vía cerámica, de contactos exteriores. Cerámicas vidriadas de tradición medieval islámica; cerámicas rojas, a torno, de grano fino que nos lleva a las reminiscencias del Bajo Imperio Romano.

La Gáldar arqueológica, ciudad sobre ciudad, pueblo sobre, expresión del *continuum*. La que hace gala de la advertencia de Cairasco, en su *Comedia del Recibimiento*: «Duraré más que ninguna». Gáldar, la eterna Roma Canaria.

Las princesas

Domingo, 25 de marzo de 1990

Que es lo mismo que decir «Guayarminas», denominación indígena para tratar a las altezas femeninas grancanarias.

En un principio, y siguiendo la tradición consagrada, se hablaba de «Las Tres Princesas». Tal fue, incluso, el título de una magistral conferencia pronunciada allá por los años 50, y dentro del programa de las fiestas de Santiago, por el historiador, recientemente fallecido, don Joaquín Blanco. Pero, la también reciente investigación archivística, de manos ahora del profesor Lobo, nos ha devuelto un nuevo personaje, hija también de rey, y por lo tanto, «alteza real». En consecuencia, a partir de ahora tendremos, al igual que las cuatro estaciones, hablar de las «Cuatro Princesas». Nos referiremos, aunque sea brevemente, a cada una de ellas.

La primera en la dignidad, aunque la menor en edad, es la *reina Arminda*, cuyo nombre exacto, y según hemos podido rescatar del manuscrito de Suárez de Quintana es *Armida Mastegena*. De este epíteto «mastegena» (que debe traducirse algo así como «la dueña de la casa»), hubo de salir la fórmula, o variatio, de «Massequera», que es como se la conoce popularmente. Esta reina niña heredera legítima de la Corona de Gran Canaria, era hija de Eгнаига Semidán (también conocido como Guayasén el Bueno) y mantenía con Tenesor Semidán (luego don Fernando Guanarterne) un doble parentesco. Era, simultáneamente, sobrina por línea materna (pues su madre y Tenesor, eran hermanos), y prima hermana por línea paterna (pues su padre y el padre de Tenesor eran hermanos). De ahí la confusión de las crónicas al decir que este parentesco era «según unos, primos; y según otros, sobrina». Lo que significa en las líneas de parentesco que Eгонаига (Guayasent) casó, a su vez, con una sobrina suya (la infanta Chanveneguer o Benchara).



BORGES LINARES
90

En la contienda, la reina Arminda, como Señora de la Tierra, fue el símbolo de la legitimidad de la patria, y hasta que no se procedió a las recapitulaciones y a su entrega al obispo Frías, la isla no dio por concluida la cruel guerra de 1478 a 1483. Fue alojada y educada por el propio obispo en su casa; bautizada con solemnidad y nominada doña Catalina Guanarteme. Después casó con el noble caballero toledano, nieto del señor de Batres y primo del poeta Garcilaso de la Vega, don Hemán Pérez de Guzmán, de los que hay descendencia en Gáldar. Su esposo murió aquí hacia 1518 y fue sepultado en Santiago de los Caballeros. Doña Catalina siguió viuda en la villa de Gáldar, en compañía de su prima doña Luisa de Guanarteme, y aparece en la Carta de Poder de Jaimez de Sotomayor al emperador Carlos V, para evitar la segregación de Santa María (1526); y aún la vemos viva en 1535. Después se pierde su noticia.

La segunda de las princesas es la famosa doña *Luisa de Betancor*, de gentil Tenesso (por error de transcripción repetido por la historiografía, llamada «Tentesoya Vidina», por copiar mal el texto donde debía haberse leído «Teneso era sobrina»...). Es la famosa diosa del rapto, en los Bañaderos de Gáldar, a quien Cairasco, más tarde, dedicó las bellísimas octavas reales. Casó con el noble Maciot de Bethencourt y se residenciaron en Gáldar; fundan la capilla panteón de Santa Ana donde tenían su banco de hidalgos. Pleitea por no pechar, y sus hijos se cuentan entre los primeros capitanes y alcaldes de Gáldar. Regala un precioso y de gran valor artístico, cáliz plateresco al señor Santiago, que aún se utiliza en las celebraciones jacobeanas. De la suya, que es la más pura sangre de los Guanartemes y de la de su esposo, como dicen los versos: como del jardín las flores / proceden los ilustres Betancores.

La tercera es una hija de don Fernando Guanarteme, de nombre cristiano *Margarita*, y cuyo gentilicio ignoramos. Se la nombra, impropia, como Guayarmina, pero, en realidad, guayarmina solo quiere decir princesa y se debe reservar para la princesa heredera. Lo cierto es que casa con el caballero repoblador don Miguel de Trejo y Carvajal y es tronco de una de las más ilustres familias de Gran Canaria. Su hija María casa con el familiar del Santo Oficio don Bartolomé de Aguilar y de la Mota, hijo del conquistador don Gonzalo de

Aguilar y doña Leonor Verde de Bethencourt, todos de la más alta prosapia y vecinos de la real villa de Gáldar.

Su marido Miguel de Trejo reclama el cortijo de la Data de Guayendra, y en 1526 promueve una información de nobleza, conocida como la *Información Guanartémica*, y que contiene multitud de detalles documentales sobre su ilustre progenitor el rey Guanarteme.

La cuarta y última (hasta ahora) de las princesas conocidas es *doña Catalina Hemández Guanarteme*, que no hemos de confundir con la otra doña Catalina de Guanarteme o de Guzmán (Arminda Mastegena). Se trata de una hija de Fernando Guanarteme, y al menos, hermana de padre de doña Margarita, dato este que siempre se ocultó. Lo cierto es, que esta prolífica dama galdense es origen de grandes familias como los *Acedos*, los *Rodríguez* y los *Saavedras de Vega* por sus respectivos matrimonios con Adán de Acedo (de donde proceden los Acedos de Gáldar), don Blas Rodríguez (de donde la mayoría de los Rodríguez de Gáldar), y don Pedro de Vega el Rey (de donde la familia de los Vegas y los Saavedra, todos con cuantiosísima descendencia en Gáldar y norte de Gran Canaria). Como curiosidad no libre de significación histórica, hay que recordar que Rodrigo Hernández de Guanarteme, alcalde de Agaete y fundador de la ermita de San Sebastián de aquella villa, casado con doña Constanza de Troya (de la finca de Troya en la parte alta de Agaete), era nieto de esta Catalina Hernández, como hijo de su hija Sebastiana Mayor y de su esposo Hemando Domínguez, todos vecinos de Santiago de Gáldar.

A doña Catalina, después de fundar obras pías y socorrer a los necesitados, le sorprendió la muerte en Agüimes donde está sepultada.

Bellas princesas, madres de este pueblo de Gáldar. De sus nobles labriegos, de sus honrados trabajadores. Inolvidables abuelas, sangre de nuestra sangre del pueblo.

San Sebastián

Martes, 27 de marzo de 1990

Subiendo «El Arguello» (otros dicen «el Güello», y también, con mayor fuerza, «El Burrero»), el Camino Real, que viene de la Vega todavía cargado de los inciensos y rezos del convento, vadea el barranco, se empina empedrado y va a tener con su acequia de buenas azadas, hasta la plazuela, rincón apacible que es San Sebastián.

A la entrada de la villa caballescica y para proteger de epidemias, en particular de pestilencias, se erigió esta capilla dedicada al famoso, no solo por su santidad sino por su apetecible belleza, centurión del Imperio Romano. Vaya por donde otra extraña coincidencia. Pues Roma fue, también, el nombre de la fortaleza. Casa Torre de los Canarios, en la acrópolis de Agáldar.

La fundación de esta ermita figura entre las más antiguas de la villa y corte y «consta aver sido visitada por el Sr. Licdo. D. Bartolomé López de Trivaldos Maestrescuela y Canónigo Provisor y Visitador General deste Obipado en 9 de Noviembre de 1519» según se lee en los Libros de Vistas de Santiago de los Caballeros.

Para entender la importancia de esta pequeña iglesia, de arco gótico y embellecida por Luján Pérez en el XVIII, con la apolínea aunque barroquizante imagen del atlético san Sebastián, hay que hacer un breve repaso por la geografía religiosa de la Gáldar del XVI.

La capital de la isla, ya destronada por el asentamiento del obispado en Santa Ana (sin olvidar que con Frías la cátedra, aunque de modo provisional, estuvo alojada en las Dependencias palatinas galdenses), no abdica de su condición de *avanzadilla evangélica*, carácter matriz de la fundación de la Parroquial del Señor Santiago, de cuyo tronco proceden todas las parroquias segregadas, o creadas, a partir de aquel Real Beneficio. Como lo fueron Guía, Agaete, Arternara por citar las colindantes y primeras, de las cuales a su vez,

como nietas de las de Gáldar fueron apareciendo por todo el norte de la isla otras tantas. Tiene en todo esto la curia un cierto y proverbial despiste; pues sin menguar su celo pastoral y sus razones siempre infinitas, como los caminos del Señor, ha contribuido a fomentar el desbarajuste demarcativo con extrañas adscripciones que nada tienen que ver con la comunidad histórica y, menos aún, con las leyes de la lógica.

Entre las ermitas y oratorios, además del primigenio Santiago de los Caballeros, la historia nos informa sobre otros edificios como el Real Hospital de San Pedro Mártir, en la plaza de Santiago, compartiendo su primacía, en la esquina adosada a las casas solariegas de los Pineda-Bethencourt, con Santa Lucía. Ambas son fundaciones relacionadas, nada más ni nada menos que con la Casa Real de Guanarteme. Pues, tanto la infanta Catalina Guanarteme, casada con don Pedro de Vega El Rey, como sus descendientes fueron los patrones y prebostes de estos santuarios, donde no faltó la donación de alcurnia de las *tablas flamencas* de Santa Lucía, hoy en la Casa de Colón de Las Palmas y que el Exmo. Ayuntamiento de Gáldar está en la obligación moral y cultural de exigir su depósito en la ciudad para la que fueron pintadas; al igual que lo ha hecho con la imagen de La Encarnación o «Virgen de la Vega», hoy en la alcaldía galdense.

No solo en la villa sino en sus tierras aledañas se fueron sembrando devociones diversas como la Virgen de la Guía y La Encarnación, con sus ruidosos pleitos, que llegaron al mismo arzobispado de Sevilla por la cuestión de las presidencias en los cortejos procesionales, y por la tenencia de la llave que; incluso, llegó a poseer un vecino de la «Pila de Gáldar», pero residente en Tejada.

El convento franciscano con sus capillas nobiliarias y capellanías, San Antón Abad, ligado al capitán de origen portugués D. Miguel de Meneses, San José de Anzófé, o San Marcos y San Isidro, del patrocinio directo del canónigo don Marcos Verde de Aguilar y Trexo, en la plenitud del XVII.

Pero volvamos a San Sebastián. A su recoleta plaza desde donde aún, mientras las moles de cemento no lo impidan, se disfruta de una de las más completas y bellas imágenes de la ciudad, con la egregia fachada dieciochesca del santuario Jacobeo, emergente sobre el



apiñado caserío. Volvamos a considerar estos caminos reales, entrada obligada a la anciana villa, y donde el mismo padre Claret, desde su púlpito alentó la fe de aquellos labriegos galdenses del XIX, e incluso anunció, ante la admiración de todos, el fenómeno de la «Aurora Boreal», días después vista por los asombrados galdenses sobre su cielo y que atribuyeron a uno de los tantos milagros y prodigios del famoso misionero.

A este barrio están ligados Juan de Ospedal, que da nombre, coincidente quizá con la institución prehispánica de las cuevas, al barrio de Hospital; y otros repobladores y caballeros de finales del XV y principios del XVI. Pero sobre todos ellos, sobresale la figura del latinista *Pedro de Argüello*, preceptor de las princesas doña Catalina, doña Margarita y doña Luisa y que aparece en las ceremonias, bodas y bautizos, de los primeros tiempos, como testigo de excepción. Amigo y buen hombre que con su humanismo fue acicalando la cultura de su tiempo y ayudando a la progresiva incorporación cultural de los galdenses de la *transculturación*, a la teoría del Renacimiento y al nacimiento del nuevo orden surgido después del Descubrimiento de América. Junto a Argüello, autor de una *Crónica de la Guerra de Canaria*, redactada en latín, y hoy extraviada en su versión original (pero, posiblemente, coincidente con el *Ovetense*, de Jaimez de Sotomayor), la más granada caballería de la isla: los Quintana, los Aguilares, los Bethencoures, los Guzmanes, los Pinedas, los Vega, los Hernández-Guanartemes, los García-Guanarteme. Todos a la sombra de san Sebastián y el clasicismo.

Personalidades

Jueves, 29 de marzo de 1990

El valor de un pueblo no se mide exclusivamente por su potencial económico, recursos naturales o capacidad y desarrollo industrial. Sobre todos estos parámetros el *índice de recursos humanos* marca el listón del auténtico grado de desarrollo y progreso de las comunidades.

La diferencia entre civilización y cultura no tiene hoy aquel sentido opositor con que algunos historiadores spenglerianos quisieron explicar las *decadencias* de los pueblos. Es más, no se concibe ningún tipo de civilización sin un equipamiento cultural y sin un factor humano (como quería André Malraux).

Pero tampoco está de más recordar el concepto de *generación* que tanto gustó a Ortega y sobre el que hizo profundas reflexiones. Donde los hechos definidores de una época no se otorgan ya a un individuo aislado, más o menos genial, sino a un grupo idiosincrático, contemporáneo y sustentado por una equivalente e intercambiable cosmovisión. Es decir, no se explica sin recurrir a las *generaciones*. En ese sentido, de toma de posición y respuesta ante comunes problemas, inquietudes e interpretaciones, desde el campo de las artes, las ciencias o las letras, del pensamiento y la creación, en definitiva, es como se explica, y se entienden rótulos más o menos académicos como Generación del 98 (que reacciona ante el «desastre de Cuba» e intenta regenerar la vida nacional) o Generación del 27, que al tiempo que se pronuncia contra la dictadura de Primo, intenta salvaguardar las esencias democráticas y los perfiles estéticos, filosóficos y literarios de una época turbulenta, aparentemente alegre, que desembocó en los dramas de la Guerra Civil Española y en la Segunda Guerra Mundial.

Por lo tanto, es a través de los hombres y su época como se puede conocer y valorar el pulso de los pueblos, la dirección y el sentido de los hechos que implican a toda la sociedad.

Dentro de este marco referencial, situándolo en nuestro tiempo, se ha de valorar positivamente, y por encima de las lógicas y legítimas discrepancias y críticas políticas, la oportuna iniciativa del actual alcalde de la Real Ciudad, don Demetrio Suárez Díaz, hombre de la «Generación del Cisneros» y que hoy, con una amplia mayoría democrática, superior incluso a la que en su «segundo imperio» detentó, también democráticamente, Antonio Rosas, goza de la confianza y del aprecio de sus votantes. No es halagar, ni buscar prebendas, reconocer las realidades y la ejecución de las nobles ideas. Y en esto Demetrio Suárez, bien aconsejado, ha impulsado una *política de reconocimiento* hacia una serie de personalidades galdenses, indiscutibles, que de seguro no las únicas. Sin embargo, también hay que decir que, en estos reconocimientos oficiales, no pueden tener cabida todos y cada uno de los probos ciudadanos por el solo hecho, además de ser su obligación, de haber cumplido con sus profesiones como buenos maestros, médicos, farmacéuticos, curas, jueces y, llegado el caso, hasta sacristanes. Se trata de reconocer en unos pocos, con carácter emblemático, las virtudes de la comunidad, el esfuerzo, la generosidad, la inteligencia, el arte, la creación. Algo más que el simple esfuerzo mecánico y laboral, algo más que las buenas intenciones de las que Wilde decía están llenos los infiernos.

Tiene Gáldar, en su dilatada y fecunda historia, sin necesidad de referirse a su pasado impar, grandioso y *esencia de la canariedad*, una galería de mujeres y hombres ilustres, de personalidades, que han marcado una estela ejemplar, y hasta suprema, en las artes y las ciencias canarias. Muchos de ellos con proyección nacional e internacional. Estos hijos de Gáldar, paisanos en el destino histórico de un Fernando Guanarteme o de una reina Andamana, guarnecen la *conciencia cultural canaria* y superan el nacionalismo de vía estrecha, hasta cierto punto estéril por demencial, es decir, por alienante.

Por poner unos límites cronológicos, desde finales del XIX, hay que citar a aquella generación del 98, de Gáldar, que intentó antes y después, regenerar la antigua villa y recuperar el valor sustancial



BORGES LINARES
90

que la apatía y la desidia habían olvidado. Nombres como don Francisco Lorenzo Vázquez que luchó denodadamente, pero sin éxito, por la devolución de la Capitalidad Judicial, hoy en parte recuperada a través del aún bisoño Juzgado de lo Social, y que ha abierto sus puertas, precisamente, en la casa racionalista (diseño de Martín Fernández) que fuera del pintor Padrón. Figuras preclaras del clero canario, eminente y encendido orador sagrado, y no menos recio luchador, que fue el deán López Martín, nacido entre Marmolejos y Molino de Viento. Escritores como Batllori Lorenzo, cronista oficial de Gran Canaria, estudioso de la obra de Viera, o el gran periodista y narrador que fuera Jordé, pseudónimo que guardaba discretamente el nombre de José Suárez Falcón. Los hermanos Rodríguez Batllori (Francisco, Antonio y José), todos gentes cultas, amantes de su pueblo y sobre los que hay que insistir primando la obra depurada del gran prosista que es Francisco Rodríguez Batllori, primer cronista oficial de honor de la Real de Gáldar, afincado en Madrid sin olvidar nunca su terruño. El poeta Baltasar Espinosa y el gran pianista, intérprete de alta escuela y creador en la hermenéutica de la música, que es el internacional Pedro Espinosa; a quien el casino y la ciudad han dedicado un certamen anual de música. Artistas plásticos como Antonio Padrón y Borges Linares, comprometidos con su pueblo y la estética canaria, universal. Escritores de vanguardia como el Primer Premio del Certamen de Literatura Ciudad de Gáldar, Ángel Sánchez Rivero. Hombres de las letras, poetas como Sebastián Monzón, en su recatada intimidad del «Otro Mar», o la misma melancolía de los romanceros guanartémicos de Rosa María Martinón, enamorada de la belleza de la palabra. Personalidades todas que tienen en un Roberto Moreno la expresión más señera del científico, salido del pueblo llano y que hoy ha vuelto a recuperar, sobre las viejas piedras de Gáldar, una dimensión acorde con su grandiosa sencillez.

El Norte

Viernes, 30 de marzo de 1990

Tradicionalmente, la isla de Gran Canaria, siguiendo una clara y bien demarcada realidad geográfica, se ha dividido en tres grandes comarcas naturales. A saber: el norte (desde Las Palmas a La Aldea, es decir, el país del alisio, del barlovento, amparado y articulado por el sistema orográfico septentrional que, como el resto de la entalladura grancanaria, se organiza en un sistema radial de barrancos); el centro, que se resuelve a partir del eje hidrográfico del Guinguada, que va desde Las Palmas a Tejeda, con sus típicas localidades de Tafira, Santa Brígida, San Mateo y Tejeda misma; y el sur, después de Telde, y en la práctica hasta Mogán. País del sotavento, la otra banda o del naciente de la isla.

Este sistema trinitario parece funcional, claro y no contiene ninguna sectorización menor o facción desintegrativa. Tal es así que siempre se dice: Me voy al sur, cuando uno va a San Agustín o a Ingenio, incluso a Tirajana. Nadie dice esa cursilería de me voy al sureste. Lo mismo ocurre con el centro: la carretera del centro, y otros términos de uso corriente y popular, que no tienen vuelta de hoja.

Pero vamos a dirigimos al norte, donde, de un tiempo a esta parte, el caos político-demarcativo, fomentado por la desquiciante aventura de señalizaciones, se empeña en poner al conductor al borde de un ataque de nervios, desde los departamentos responsables de la Consejería de Obras Públicas.

Quiero, antes de proseguir, declarar que para nada pongo en duda la elección utilitarista y funcional que el prof. Martín Ruiz (por otra parte excelente y viejo amigo del autor de estas líneas) ha aplicado a sus estudios geográficos del noroeste. En este aspecto está refiriéndose, como es lógico, a una subcomarca del norte de Gran Canaria. Fragmentación que ha cundido, y que se repite hasta la desintegración



BORGES LINARES
90

del territorio en mancomunidades tan insostenibles como las de centro-norte, o sureste. Mancomunidades municipales que, lo que se está fomentando son los reinos de taifas, la insolidaridad ya no solo interinsular, sino ahora, incluso, en el colmo del paroxismo, el microinsularismo.

En efecto, esta tendencia, por otra parte muy característica de Gran Canaria, no es otra cosa que el reflejo de la crisis del Cabildo de Gran Canaria, único órgano de mancomunidad intermunicipal que representa a la isla entera. Pero claro, comido como estaba el Cabildo por sus patas para arriba, con las onerosas cargas universitarias, hospitalarias y capitalinas, esta superposición y confusión del Cabildo con el Ayuntamiento de Las Palmas (incrementando la macrocefalia laspalmeña responsable de la desertización humana, física y cultural de Gran Canaria) hizo que los municipios se vieran abocados a buscar otras alternativas. Hacer sus propias mancomunidades.

Esto, de puertas hacia afuera, no solo no se entiende sino que puede interpretarse como otro síntoma más de la *demencia política* que caracteriza a Canarias, a la composición de su arco político y parlamentario y que nos ha llevado a la ingobernabilidad como sistema y a la crisis permanente como solución.

Por eso, cuando se habla, en beneficio de oscuras manipulaciones pueblerinas, de nomenclaturas como noroeste, ni que insistir hay en señalar quién ha sido su beneficiario. No vayan a creer mis amigos de ambos municipios que me mueve revolver las brasas del caduco pleito de Gáldar y Guía.

Los problemas de los grancanarios no pueden tener otra solución sino la que implique a los intereses democráticos y a las *mayorías naturales*. Un principio de la democracia es *acercar los servicios al contribuyente*. O lo que es igual: a más contribuyentes más servicios.

Aquí en Gáldar la radiografía es pavorosa, a pesar de la lenta recuperación y salida del bache en que la última alcaldía del Régimen (con su glorioso polideportivo y la venta de Sardina), dejó sumida a la población galdense.

Y vamos con las cifras. El municipio de Gáldar, suma en el total de su población, varios miles de habitantes más que los vecinos de Guía y Agaete juntos. En cuanto al capítulo de obras públicas (autovías,

puentes), dotaciones de edificios públicos, entidades e instituciones oficiales (judicatura, notaria, registros, Cruz Roja, hacienda, revisión de vehículos, etc., etc.) la vecina ciudad ha tenido el mérito de concentrar el sector servicios o terciario. Magnífica marcha política que lejos de amainar se incrementa con el gran complejo de dotaciones que se escalona a ambos lados del Lomo Guillén, con la fábrica ahora del Centro de Formación Profesional.

No quiero entrar en polémicas pueblerinas, sino reflejar el coste de la *noroestada* para Gáldar: Situación injusta pues siendo uno de los focos de delincuencia y drogadicción, de encausamiento criminal y penal más altos de la isla, donde los robos y la inseguridad ciudadana aunque controlada por la Guardia Local sigue latente, hace unos meses ha sido incluso desposeída de su cuartel de la Guardia Civil, que, lógicamente, como el juzgado y otras tantas otras regalías, gracias a su inteligencia política se ha ganado el pueblo de Luján Pérez.

Este desequilibrio comarcal es malo para todos. Pues no se puede ser solidario si no se es igual. Ni se puede creer en la democracia si a igualdad de deberes no recibes igualdad de derechos. Los privilegios y caciquismos, los beneficios extraídos de las guerras civiles, las influencias de los generales y de los jueces en favor de unos pocos no es más que la más detestable fórmula de ese *tráfico de influencias* del que tanto se habla últimamente. No queremos ser más que nadie. Nos conformamos con ser iguales. Y que cada uno conserve y defienda sus legítimos intereses. Que vuelva a brillar la Estrella y Guía del Gran Norte, sin eclipsar el Camino de Santiago.

Ciudad cultural

Sábado, 31 de marzo de 1990

La única salida que se le ofrece a Gáldar para alcanzar el siglo XXI no es otra que la de afianzarse en sus logros culturales. Completar el aún enclenque aparato de la cultura y pasar a la acción.

En este sentido, se están acometiendo dos obras de gran interés y cuyo beneficio redundará, inmediatamente, en la población en general, pero de modo específico en la juventud.

Hago referencia a la Casa de la Juventud y al teatro de Gáldar. En la primera, con unas modernas y amplias instalaciones la ciudad contará, como ya lo tiene para la Tercera Edad, con uno de los mejores centros de animación cultural y juvenil de la isla. Es, pues, el momento de potenciar todos los resortes que liberen a la juventud de la plaga de la droga, del hastío y de la impotencia creativa, conduciendo sus deseos e intenciones hacia las experiencias de la recuperación artesanal, artística, literaria, teatrales, investigadoras y vitalistas en su expresión más amplia.

En cuanto al teatro parece que, ahora, sí va en serio. El actual Gobierno Municipal (eufemísticamente llamado «grupo de gobierno» por el que también debería denominarse, todavía más pequeño «grupo de oposición», y permitan la ironía, democráticamente), ha prometido concluir las obras y dotar a la ciudad y a la isla de un pequeño coliseo donde se podrá disfrutar de teatro y conciertos de cámara, asistir a audiciones de solistas, recitales poéticos, lecturas y conferencias.

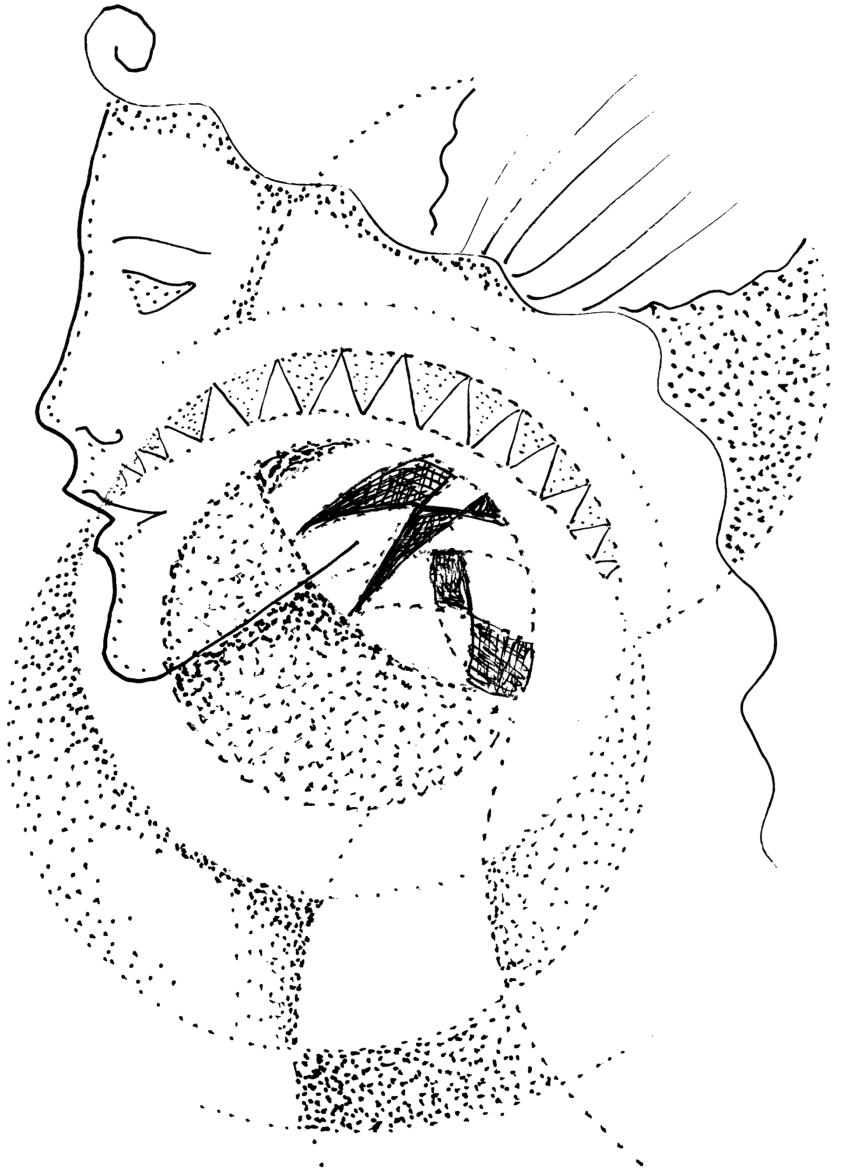
Gáldar ha demostrado una gran *capilaridad cultural*, palpable en sus agrupaciones líricas y folclóricas, en sus grupos de teatro, en sus representaciones tradicionales, en sus círculos de poesía libre, en la individualidad de sus escritores, de sus profesores, ilustres en sus tres niveles (básico, medio y universitario), en la abundancia y pres-

tigio de sus profesionales, en el campo de las matemáticas, la economía, el derecho. En la calidad de sus artistas, en particular de los jóvenes que, formados lejos de su patria, han visto revalidados sus esfuerzos y premiados sus trabajos. En fin, tanto por el componente humano, por la madera, la materia prima o «masa gris», esta primacía de las gentes de Gáldar hace que, en los más distintos y diversos puestos de la administración, del trabajo, de la libre empresa, los galdenses aparezcan bien situados y con una influencia notoria.

Sin embargo, no se explica que una ciudad con estas inquietudes culturales, artísticas, intelectuales, no cuente ya con esa gran biblioteca pública y con una red de bibliotecas de sector, donde los jóvenes, y los no tan jóvenes, puedan ampliar sus conocimientos y disfrutar del hábito de la lectura. Con el número de estudiantes, con las pléyades de universitarios, con los cursos de verano que ya se han inaugurado, parece oportuno disponer de ese templo del conocimiento. Pues, sin menospreciar el deporte, al igual que existe un magnífico polideportivo, se hecha de menos esa biblioteca propia, y no los fondos insuficientes y la precaria y reducida instalación que le han, casi de limosna, otorgado a los libros, desahuciados y trasladados de su propio original domicilio, hoy también a todas luces impropio e insuficiente.

Estas y otras rémoras, como el no contar con una residencia, a pesar del flujo de visitantes a lo largo de todo el año, tiene, sin lugar a dudas, frenado este capítulo de orden cultural, timbre y conducta que debe marcar el destino de este pueblo que, por otra parte, insistentemente, ha dado sobradas pruebas de su refinamiento y de su vocación por el estudio y la formación humanística y científica.

Las conferencias veraniegas en torno a las que fueron afamadas «Semanas Culturales» del casino, en los años difíciles de la Dictadura, vieron ocupar su tribuna por oradores tan brillantes como Rodríguez Doreste, recitales de Pedro Lezcano o exposiciones de Felo Monzón. Hoy esos hechos se han generalizado y la cultura se ha hecho algo cotidiano y necesario como el alimento; pues, la misma no tiene por qué ser ni un hecho excepcional, ni el privilegio de unos pocos, ni un código en clave hermética. Ha de concebirse como algo vivo y directo, natural y democrático. Que no es lo mismo que el populismo



BORGES LINARES
90

masificado, acrítico y del «gato por liebre», sin capacidad transformadora de la sociedad.

La cultura debe ser un vehículo de transformación individual y de afianzamiento de la conciencia colectiva, como ciudadanos del mundo. Nada de folclorismos rancheros y exaltación del costumbrismo y de la *filosofía del villorrio*. Nada de esa autocomplacencia con la que se tima y se estafa a los jóvenes desde la mimosería y el fomento del narcisismo.

La cultura imprime carácter y libera desde la tolerancia y el respeto a los demás. Desde las buenas maneras y no desde esa concepción falsamente popular, algo más que extravagante, por ordinaria y ramploña, que parece ser el estilo que impera (todo hay que decirlo) en ciertos sectores (sentidos y resentidos) de facciones de enseñantes que reclaman para sí la exclusiva del nacionalismo tomatero y reventón.

Gáldar tiene ante sí, como toda Canarias, una revolución pendiente: la Revolución Cultural. La liquidación de las bolsas de analfabetismo absoluto, aún bastante arraigado y del no menos abundante *analfabetismo relativo*. De aquellos que saben leer y escribir, pero que nunca leen y nunca escriben.

En esta marcha ascendente hacia el bienestar y la democracia social, el papel de la cultura culmina con la realización personal del individuo.

Es más, un pueblo culto, además de independiente, es mucho más difícil de manipular. Y en esto la cultura es sinónimo y garante de libertad.

Gáldar hoy

Miércoles, 11 de abril de 1990

El ritmo y ajeteo urbano que observa Gáldar no solo en las horas puntas, de entrada o salida del trabajo. No solo de los jueves del *mercadillo*, sino en ese cotidiano trasiego, hervidero humano de sus calles y plazas le ha otorgado, entre todos los pueblos de la isla, la fama de bullicioso, de prosperidad comercial, de riqueza y movimiento.

Una visión, aunque apresurada, por las principales calles de la ciudad pone en advertencia de la profundidad e importancia de las operaciones mercantiles, comerciales y bancarias que tienen su sede en Gáldar. El impulso inusitado de la construcción, que en apenas cuatro años ha duplicado el volumen construido, el crecimiento de sus barriadas, el aumento de su población, contrasta con la deficitaria red viaria, en particular, como siempre gracias a esa calamitosa, y ya consuetudinaria, política previsor de obras públicas que en lo que al municipio de Gáldar y Agaete se refiere sigue con el trazado de carreteras de la época de León y Castillo; cuando ni tan siquiera se pensaba en los automóviles, y solo una carreta cada tres horas, lentamente, animaba la soledad de aquellas pistas de tierra, hoy precariamente asfaltadas.

Este estrangulamiento, ya insoportable, incrementa el caos circulatorio; tanto a la entrada de la ciudad como atasca sus accesos, suponiendo, en las horas críticas la formación de colas de más de 1 km que martirizan al nervioso conductor y contribuyen a acelerar el malhumor de la ciudadanía.

De cualquier manera, y a pesar de esta falta de previsiones, y de carecer de un ensanche como el que tiene Arucas, el crecimiento comercial de Gáldar y el movimiento de todo orden, la recuperación de su vida nocturna, la existencia de pubs, cafeterías y lugares de reunión, con un fenómeno curioso como el que se observa en plena

calle Andamana, viernes y sábados hasta altas horas de la madrugada hace que se hable en toda la isla de «la movida galdense». Y es cierto si se repara en el flujo humano: en particular de jóvenes que desde los más distantes puntos, ya no de la tradicional comarca sino de la isla entera acuden hasta la Ciudad de los Caballeros animados por la fama no desmentida de la alegría de las «marchas» de las «verbenas» y «amanecidas», y, en fin, de un ambiente de permisividad y liberalismo donde pueden tener cabida todas las expresiones, opciones, inclinaciones, satisfacciones y situaciones que no contradigan los buenos modales y las elementales normas de educación.

En todo este estrellato, con restaurantes y bailes, con salones para gente mayor, con terrazas y tertulias el elemento urbano distorsionante y con el que, por la reiteración del delito acústico, parece no poder ni la propia guardia local, lo constituye la tropa maldita y descerebrada de los *diablos del ruido*. Unos malcriados y sucios chiquillajes, retorcidos y drogados, que con el tubo de escape recortado extraen un extraño y sublime placer al sentir pegado a su culo la vibración insoportable y la estridencia de un motor requintado, capaz de hacer perder los nervios y la paciencia al mismísimo Job. A esta gentuza hay que pararle las patas. Pues, no hay derecho a que la serenidad y la armonía, las gratas conversaciones y la convivencia, la libertad de los demás se vea negada, violentada, machacada por los defectos psicológicos de estos marginales que, encima creen estar en posesión de una extraña mezcla de machismo bravucón y chulería desafiante.

Gáldar, a pesar de todo, decimos, ha abierto una amplia puerta hacia el futuro. Es uno de los pueblos más prósperos de Gran Canaria y contiene una alegría y vitalidad envidiable y contagiante. Sus gentes se sienten halagadas por el impulso que el pueblo ha recobrado, después de la crisis de la primera mitad de los 80, que estuvo a punto de colapsar el destino de esta laboriosa y honrada ciudad, en manos de quienes no supieron estar a la altura de las circunstancias.

El futuro de Gáldar, de no volverse a torcer las expectativas, y proseguir en el rumbo elegido, puede estar seguro de sí y convertir a esta agitada y vivaracha ciudad, dentro de una docena de años, en esa población ideal, de no más de 30 000 habitantes, bien comunicada, con parques y jardines, con bibliotecas y teatros, con instituciones



BORGES LINARES
90

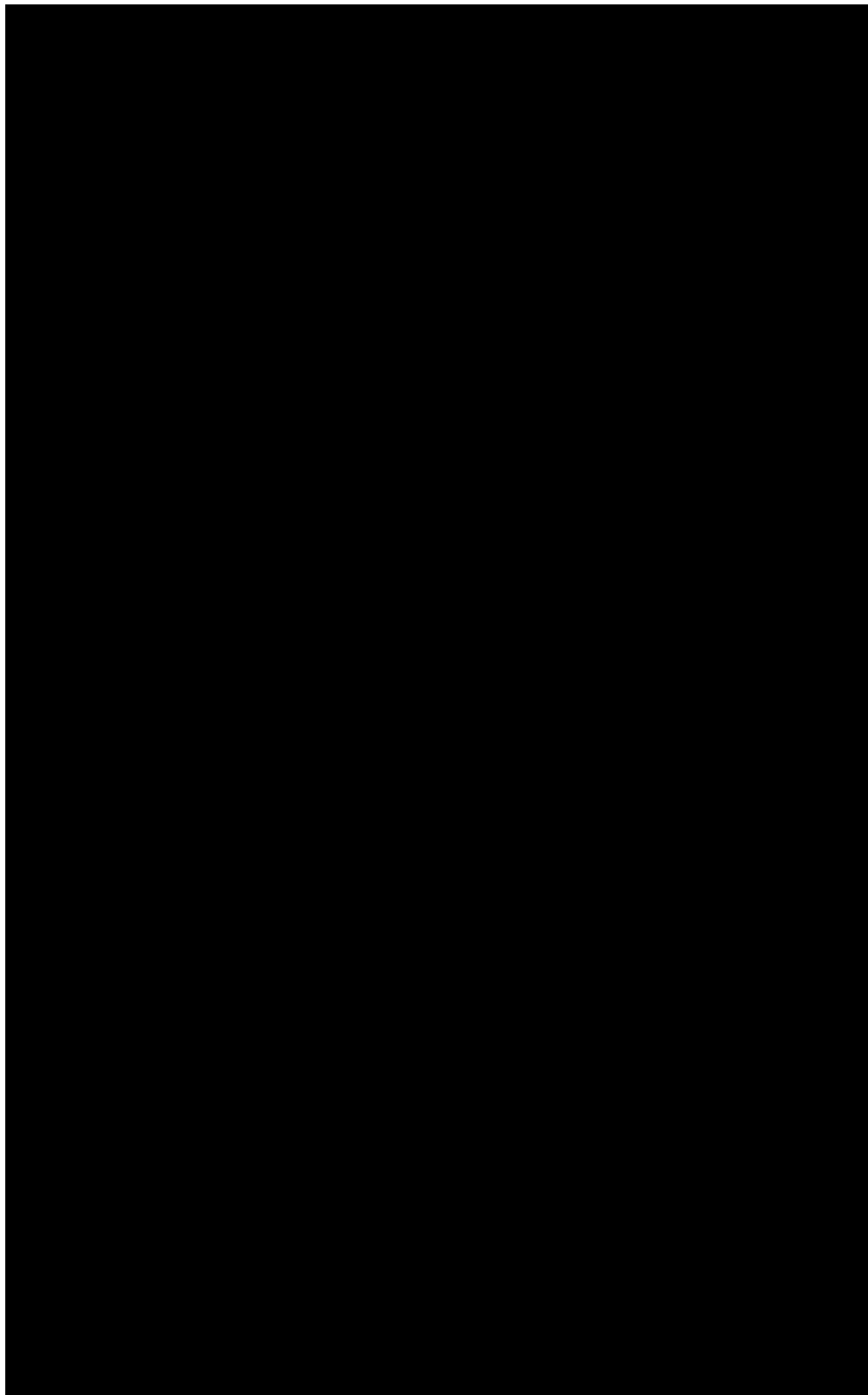
de acuerdo con su rango, y con un elemento humano encariñado con su tierra, luchador e ilusionado, corresponsable de la tarea común de engrandecer este trozo de Gran Canaria que, por unas u otras razones, y por cierta apatía del paisanaje, se ha visto postergado y relegado: cuando no por los ambiciosos, que solo esperan especular y enriquecerse a costa de los demás, por la inhibición de quienes, anclados en la reacción y en el negativismo, han hecho de su posición una calamidad y de la misma calamidad su posición permanente.

La Gáldar de 1990, la heredera de los Guanartemes, de los capitanes Quesadas, de los alcaldes patriotas, de los artistas, de las madres sabias y calladas, de los trabajadores honrados, de los sufridos agricultores, esta Gáldar de la calle y del bullicio, del vibrante y trepidante ritmo, de la agitación, del ir y venir, del tráfico endiablado, de las calles y plazas repletas de gentes, de los buenos comercios, de los amplios escaparates, de los grandes negocios, donde corre el dinero y el vicio, donde nadie es extranjero.

Pero una veloz maquinaria parece llevarnos hasta el nuevo milenio sin haber aún resuelto algunas incógnitas y sin haber planteado cuestiones fundamentales sobre urbanismo y ordenación del territorio. Este gigante, opulento, fornido y espectacular, en que se ha convertido Gáldar, merece un cuidado y una planificación. No vaya a ser que tenga la cabeza de oro, el cuerpo de plomo y los pies de barro.

Sobre el resplandor del pasado, desde la seguridad del presente, hemos de construir las ventajas del futuro. Y Agáldar, seguirá brillando con luz propia en el firmamento canario.

Anexos



Entrevista de Orlando Hernández a Celso Martín de Guzmán

«La arqueología canaria es para algunos un beneficio propio y no una ciencia»

Celso Martín de Guzmán

Un galdense que estudió en la Universidad de La Laguna y se doctoró en la Complutense de Madrid con una polémica tesis sobre la arqueología prehispanica

Canario de nacimiento y de vocación, desde muy joven orienta sus estudios en busca de las raíces del pueblo canario, en unos años en que estas inclinaciones eran tachadas de extravagantes o penadas como sospechosas. Cursa estudios de Filosofía y Letras, especialidad de Historia, en la Universidad de La Laguna. Se doctora en la Universidad Complutense, con la defensa de una polémica tesis sobre la arqueología prehistórica, dirigida por el doctor Martín Almagro, y obtiene el Sobresaliente Cum Laude y el Premio Extraordinario fin de carrera. Reside durante cuatro años como profesor visitante, realizando interesantes excavaciones en el área andino-patagónica. Ha sido profesor de las universidades de Neuquén, Comahue, Centro Universitario de Toledo y, actualmente, lo es de la Universidad de Madrid.

Sencillo, afable, dispuesto siempre a la comprensión y el diálogo sin distinciones, después de recorrer —una vez más— los alrededores de su plaza mayor de Gáldar, nos acercamos a su casona, donde las paredes, las esculturas, las pinturas y los libros, terminan de dibujar la personalidad de este intelectual y humanista, que comienza a contarnos cuanto sabe de sí mismo.



EL DIÁLOGO

¿Cuándo y dónde nació Celso Martín de Guzmán?

Nací en el norte de Gran Canaria, y la Gáldar de entonces era un pueblo un poco tristón y ensombrecido por la postguerra, que sin embargo, aún contenía unos lejanos ecos de un pasado esplendor. Algo así como una reina destronada, como una tumba sin nombre, como un trono sin rey. Estoy hablando de ese pueblo de plataneros, de tomateros, de artesanos y camioneros; de santurronas y de mozalbetes, que a pesar de todo, llevan en sus gestos, en su mirada y en su intención, quizá la última gota, el último resplandor, de un príncipe, de una gayarnina irredenta o de algún forastero acogido en estos lares.

Hondamente canario...

Quiero hacer una advertencia, porque se me ha achacado de excesivo patrioterismo, que yo asumo, porque cuando digo Gáldar y digo Gran Canaria, Canarias; estoy intentando enhebrar en el ojo del tiempo el hilo de la memoria de las cosas. Y he cogido este ángulo, de este norte de Gran Canaria, y sobre el tendido de la isla intento a través de este espejo del pueblo, descifrar esas claves que son comunes a todos y cada uno de los grancanarios. Desde el norte hasta las playas doradas del sur, hasta los barrancos del este y los palmerales de Telde y del Guiniguada; las cumbres de Guía hasta Agaete y Artenara, etc., etc.

De su infancia y juventud

En palabras machadianas, mi infancia es un recuerdo... ¿Cuáles son los recuerdos que definen la infancia de Celso?

Yo tengo un lujo que es mi infancia y mi primera juventud, que las he asumido plenamente. Yo creo que fui un niño privilegiado, no por las riquezas, ni por haber nacido en Atenas o Florencia, donde quizás con una conciencia actual me hubiera gustado. Pero tengo recuerdos auténticamente imborrables, y que cada vez los asumo más. Es la Gáldar de las acequias, de los caballos, de la hierba que crece en los adoquines; del olor a huertas y a plataneras; de las ropas

limpias, de las iglesias, de las primeras comuniones; de la plaza fresca, de las playas, de los amigos, de las tapias, de los robos de naranjas...

¿Quiénes eran y qué hacían los padres de Celso?

Bueno, yo soy fruto de un matrimonio desigual. Mi madre era hija de unos terratenientes, labriegos, de Gáldar, de viejas familias, prácticamente de los repobladores, emparentados con todas las familias de los troncos dinásticos de Gran Canaria. Y mi padre —Celso Martín Fernández—, palmero que estudia en Tenerife Comercio y allí conoce a mi madre, se enamoran, se casan y se vienen a vivir a Gáldar, donde mi madre tenía sus pequeñas propiedades. De ese matrimonio nacen dos hijos, que soy yo, el primogénito, y mi hermana Bélgica María.

Y tu madre galdense, ¿por qué en Tenerife?

Mi madre en Tenerife porque su único hermano —Juan Agustín— que era un inquieto comerciante, se casó con una sevillana y estableció sus negocios en Santa Cruz de Tenerife, donde estaba la Capitanía General, pasaban los buques de América; era un hombre que comerciaba productos lácteos con Holanda y con Argentina, y allí estableció su agencia comercial. Mi madre, que era hija única, como se habían muerto sus padres y se quedó sola, pues decidió irse con su único hermano, en cuya casa pasaba grandes temporadas. Allí conoció a un estudiante, que resultó luego ser mi padre.

LA PRIMERA ESCUELA

¿El primer maestro, la primera escuela, los primeros hallazgos y sueños?

Mi primera escuela fue la que hoy llamo «la escuela de las harimaguadas», ya que eran auténticas harimaguadas; unas señoras de aquí, de Gáldar, que se llamaban doña Mercedes y doña Antonia Delgado, que precisamente tenía una escuela privada, donde íbamos los pequeños del pueblo. Allí se enseñaban las primeras letras, y

sobre todo, mucho catecismo, amenizadas las clases con canciones. Esa formación católica y cristiana que tuve en la escuela, los he asumido porque en ningún momento han sido un obstáculo para yo ejercer luego independientemente una crítica posterior desde otros planteamientos filosóficos, que no voy a decir que sean mas vanguardistas, pero quizá más críticos y más incordiosos.

Y tras estos escarceos de párvulo, ¿qué pasó?

A partir de la influencia de mi madre, que diríamos fue una mujer que se preocupó muchísimo, con dos grandes preocupaciones; la primera la comida, y la segunda el estudio. Ella nos tomaba todos los días las lecciones antes de ir a clase, tanto a mi hermana como a mí, ya en bachillerato. Ella era una mujer que para su tiempo tenía una cultura media excelente, porque ella estudió en un colegio de monjas argentinas que hubo en Gáldar a principios de siglo. Ellas daban una educación muy esmerada, con letra inglesa; no daban títulos pero sí una enseñanza general alta, con literatura, bellas artes, piano, por lo que hay una generación de señoras de Gáldar, ya mayores, que indudablemente se distinguen de otra generación posterior que ya no tuvo la oportunidad de ese tipo de educación esmerada.

¿Y luego?

Pues continué mis estudios de bachillerato en un colegio libre; en el colegio «Cardenal Cisneros», que fue un auténtico semillero de gente hoy en el campo del magisterio nacional, abogacía, ingeniería, medicina, cibernética, etc. Personas que ocupan cargos de responsabilidad, no solo en el archipiélago y en la península, sino incluso en el extranjero. Entre ellos tengo el honor de citar, que por estas mismas aulas pasó el catedrático de la Universidad de La Palmas. Roberto Moreno, que es una de las autoridades internacionales en Informática, entre otros tantísimos, aunque quizá no tan renombrados, pero que son también considerados por su saber. Gente que se formó en el Cisneros, desde los años que van desde el cincuenta y cinco al setenta, constituyendo una auténtica pléyade. Gente que salió de un pueblo sin instituto y sin apoyos oficiales de ningún tipo.

El contacto con América del Sur

¿Cuándo surgió y cómo el primer trabajo profesional como arqueólogo?

Como profesional, mis primeros trabajos surgieron ya en los últimos años de la universidad. Pero una vez terminada la carrera, ejerzo por primera vez fuera de España. Voy contratado por la Universidad de Neuquen, en América del Sur, por un convenio internacional. En un principio estoy dos años como profesor asociado a aquella universidad, y al mismo tiempo participo como miembro de un equipo de excavaciones arqueológicas en la zona de Patagonia y de Argentina. Ese viaje a América, pues es otra de las grandes páginas —fue en el año setenta— que conforma otro de los escalones de esta pirámide de la edad, del tiempo, del amor y del desamor; del conocimiento y de la ignorancia de la vida de todos los hombres, que en mi caso concreto también está llena de unos luminosos y gratísimos recuerdos. Y es que si en La Laguna me sentí un hombre independiente y terminé de conformar mis aspiraciones infantiles y de la primera juventud, en América me sentí un hombre libre, porque en América el peso de las tradiciones era más liviano. No tenía esta pesadumbre de Europa y la atmósfera circulaba a mayor velocidad que la que suele tener en ciertos ambientes de la isla. Porque también hay que decir, que el engolfamiento insular en determinados sectores semiintelectuales, en determinados ambientes pseudoartísticos o pseudoperiodísticos, imponían unas reglas de juego que para un muchacho de veintitrés años, no es que fuesen legítimas o no, eran simplemente aburridas. Y en América, pues, me sentí libre, y aquellas biografías que uno leía de Bolívar, el culto a la libertad, la independencia de los pueblos, allí se entendía, y América es el país de la novela, el país de la aventura, es el país —quizá no del amor— pero los sueños son a veces posibles.

¿Hasta qué punto tenían valoración oficial las calificaciones de este colegio?

Pues allí estudiábamos el bachillerato elemental hasta cuarto, e incluso el bachillerato superior. Pero teníamos que ir a examinarnos al «Pérez Galdós» de Las Palmas, aun cuando los primeros años eran los del tribunal de Las Palmas los que por deferencia con los profesores de aquí, venían a Gáldar a examinarnos. Pero esto nos exigió una gran formación, ya que en un día teníamos que examinarnos de todas las asignaturas, y prácticamente éramos unos ilustres desconocidos ante aquel tribunal. Pero de las promociones que salieron, prácticamente el ochenta por ciento de la gente aprobaba, y no por cuñas, sino porque este sistema te exigía un continuo adiestramiento.

¿Su fundador?

Primeramente estuvo regentado por don Marcelino de Cisneros y luego por un sacerdote de Gáldar, que dejó una gran estela y que murió hace unos días. Me refiero a don Abrahán González Arencibia, que fue de las grandes personalidades, que a pesar de su militancia católica como cura párroco de Gáldar, pues fue un hombre que marcó una época con su liberalismo, su tolerancia y un gran estilo de vida, ya que nunca digamos que utilizó el colegio en beneficio de determinada ideología, sino que, como se suele decir hoy, tenía mucha mano izquierda, que en el fondo le beneficiaba, por aquello de que una mano ayuda a la otra, y las dos iban a misa. Don Marcelino de Cisneros llegó a Gáldar procedente de la península por los años cincuenta, sin haber terminado la carrera de Filosofía y Letras, luego fue catedrático en la Universidad de Puerto Rico. Era un hombre inquieto y lo recuerdo como el primer intelectual que yo conocí. Iba a la playa, se apartaba de la gente, y se pasaba el tiempo en soledad leyendo libros. Era como excéntrico y extravagante. Con los años me di cuenta que solo era un triste profesor.

Tras el bachillerato galdense...

Tuve que hacer un curso oficial en Las Palmas, que era el preuniversitario; cambio que me sirvió para ampliar mi panorama y mis amis-

tades. Un mozalbete de diecisiete años y ya entré en contacto con la vida urbana, con la capital. Las Palmas me impresionó favorablemente, era Las Palmas de los años sesenta, justamente del sesenta y cinco. Hice una serie de amistades que luego ha perdurado, y ya decidí, que aunque estaba ya prácticamente el destino echado, irme a la Universidad a estudiar Historia. Y la Universidad que teníamos más a mano era la de La Laguna, que formaría otra etapa que considero definitiva, donde yo creo que termina el niño y comienza ya la primera juventud con todos sus problemas, con todas las luces, con todas las sombras, con el crecimiento psicológico, con cuanto conlleva la formación de la personalidad de uno, y el paso de un ambiente rural protegido por la madre, por el cura y los amigos, a tener que vivir en un ambiente nuevo y tener que confrontar y medir continuamente las distintas opiniones, los distintos grados de inteligencia, la relatividad de los juicios, con compañeros de la edad de uno.

LA CANARIEDAD

¿Y no es meritorio, o de alguna forma no constituye una importante aportación el caso de un Sebastián Jiménez Sánchez, don Simón Benítez, Juan del Río Ayala, «Jordé», Néstor...?

Bueno, yo diría que no soy nadie para hacer justicia a esta gente. Pero creo que la sociedad grancanaria y Canarias en general, tiene una gran deuda contraída con todas esas personalidades que tú acabas de citar ahora. De modo que esos fueron mis otros maestros extramuros, los extra-aulas, los que me enseñaron a querer esta tierra, los que me indicaron determinados títulos. También tuve la suerte de beneficiarme de los sabios de Gran Canaria. Tuve la suerte de conocer a don Luis Doreste Silva; tuve la suerte de llegar incluso a ser amigo personal de don Juan del Río Ayala, con la diferencia enorme de edad; yo, un chiquillo de dieciséis o diecisiete años, cuando él venía a Gáldar a dar sus charlas o yo iba a Las Palmas a oír sus conferencias. Tuve también la suerte de patear algunas de mis primeras cuevas y barrancos con Sebastián Jiménez Sánchez.

Para Spengler la tierra configura tanto como la sangre, ¿qué opinas de eso?

Bueno, yo en aquel momento sí; en el momento de la percepción, diríamos hasta los veinticinco o treinta años que uno está completando la formación sensorial y el mundo de la percepción para interiorizarla a través de la poesía, de la novela, del diálogo y del conocimiento, pues la Ciencia no es sino que cuando fracasa la Literatura hace la Ciencia su aparición, por lo que creo que la Ciencia no es sino un defecto de la Literatura, ya que la Literatura es el conocimiento superior. Y en ese sentido de la tierra y el paisaje como parte de la sangre, hoy estoy quizá más cerca de la posición de Unamuno, que «La Lengua es la patria del espíritu».

DE LAS CALENDAS FUNDACIONALES

¿Cómo enjuiciarías aquella fecha de la fusión hispano-canaria de 1483?

Yo voy —porque esta entrevista esta hecha desde la sinceridad y libertad por ambas partes—, voy, repito, a resumir desde mi punto de vista sobre esa dialéctica histórica. Estoy totalmente en contra, porque lo puedo argumentar históricamente, no de la fundación de la ciudad de Las Palmas, pero sí que estoy en contra de que se haga coincidir la fundación de la ciudad con el 24 de junio de 1478, donde desembarcan unas tropas invasoras del Reino de Castilla —no de España, porque España todavía no existía—, que prácticamente declaran la guerra al Reino de Canaria. Es el primer día de la declaración de un hecho de guerra, que tardó cinco años en neutralizarse, gracias a la labor de dos grandes personalidades. Por la parte de Castilla la figura impar de don Juan de Frías, primer obispo de Canaria. Y de parte de Canaria a la figura, siempre mal comprendida del rey don Fernando Guanarteme. Entonces, sabiamente, la ciudad de Las Palmas y su cabildo —el de Gran Canaria— como es lógico, siempre había cele-

«No entiendo cómo dejó de celebrarse el 29 de abril a favor del 24 de junio, día en que llegaron los castellanos a Gran Canaria; hay que celebrar los días en que las guerras terminan, no los días en que se declaran»

brado el 29 de abril, que es el día de la reconciliación, de las capitulaciones y de la paz. Es como si celebrásemos el 18 de julio y no el uno de abril, que es cuando terminó la guerra. Hay que celebrar los días en que las guerras terminan, no los días que se declaran.

ARQUEOLOGÍA Y PROYECTOS

¿Cómo ves la realidad de la Arqueología en las islas, concretamente en Gran Canaria?

La aportación de nuevos profesionales de la arqueología ha supuesto una ruptura con el modelo decimonónico perpetuado en determinadas entidades privadas, para quienes la arqueología canaria, más que un problema científico, ha supuesto un aprovechamiento en beneficio propio y de su promoción social y política. No cito nombres porque son de todos conocidos y aparecen cotidianamente en los medios de comunicación. Sin embargo, confío en que los poderes públicos siguiendo el nuevo concepto constitucional, se decidan, como es su obligación, a desprivatizar estos bienes de titularidad pública.

¿Mal atendida, entonces?

No solo deficientemente atendida, sino pésimamente entendida. La arqueología es un bien de disfrute público y no el coto o jardín de los eruditos a la violeta.

¿Y los museos privados?

Evidentemente, no dejo de reconocer, que en el momento de fundación y en una sociedad atrasada y desconectada de los centros intelectuales y científicos de la nación, la iniciativa individual y el voluntarismo del Doctor Chil cumplió con un deber patriótico, cuyo reconocimiento aún es deuda de toda la sociedad grancanaria. Sin embargo, no es menos cierto, que el progreso científico y el desarrollo democrático, imponen nuevas reglas del juego, por lo que emperrarse en posiciones trasnochadas o acantonarse en las cuatro paredes del tradiocionalismo obsoleto, resulta más que una posición indefendible, una situación ridícula, y hasta si se quiere, algo cómica.

¿Proyectos?

Sin renunciar a los trabajos de investigación iniciados hace casi 20 años en los Andes patagónicos y Tierra de Fuego, en la actualidad el Ministerio de Cultura me ha encomendado la dirección del Parque Arqueológico de Gáldar.

Ejemplo de artículo original de Celso Martín de Guzmán

Redactor..... Referencia..... Folio 4
 Fecha..... Sección..... Página.....

→

¡ AGALDAR , AGALDAR !

La isla quedó instalada sobre el mar como un palacio. Y vinieron a ella las primeras aves y semillas. Y sus laderas y enconadas se revistieron de sombríos laureles, tiles misteriosos y brezos, hasta coronar las cresterías cumbreñas con la erguida empalizada y el indomable fuste de los pinares. Las madres del agua, las grietas y cabucos, explotaron con surtidores flamígeros, ~~de~~ manantiales deliciosos.

Estas tierras del Norte fueron desde su mismo origen una Arcadia insular, un remanso de bucólicas imágenes virgilianas. Propias de la latinidad serena y del suave caramillo. En sus chacones y juncales, en la mansedumbres propia de los tiempos bíblicos, cuando los territorios se van, poco a poco, poblando de señales y aquí y allá aparecen las primeras huellas y rescoldos junto a los fuegos de la tarde, pura emoción.

Al pie del acantilado negro y tallado, el rompiente del cantil, apretado como las murallas antiguas de los primeros imperios asiáticos, lajanas reminiscencias convertidas en fortalezas atlánticas, altas almenas basálticas, sobre la vertical de los playazos adonde acuden indecisos los peces versicolores, tímidos como los extranjeros y repletos de sus misma curiosidad. En estas prietas y bermejas costas del Norte, del Gran Norte de la Isla, las palomas torcaces y las gavotas describieron errantes, de Este a Oeste, la geometría espacial de un vuelo trazado en el espacio ligero y azul flotante de una incierta melancolía, de una bella distancia.

Vino después la calma y el sol redondo, de oro y cristal. Y lo inundó todo. Las barrancadas y antiguas heridas de la hecatombe vieron bajar las aguas deliciosas de las mansas lluvias que el alisio proporciona al rostro moreno del territorio en brumas,

Redactor_____ Referencia_____ Folio 5
 Fecha_____ Sección_____ Página_____

Los pájaros de fuego y las flores de nácar, las algas perfumadas y las mariposas de seda irrumpieron en los jardines primigenios, mucho antes de que el primer hombre traspasase el umbral y la huella de estas tapias, en cuyos huertales crecía, ya las dracaenas y las euforbias y el arrogante palmeral, curvado en sus pencas y datileras compartían el dominio con los mocanes y almácigos, con el tabaibal morisco y el cardonal.

De pronto, una mañana, apenas el alba había mostrado sus cárneas destellos, temblaron los cimientos del océano y la isla se elevó por el Norte, describiendo una arcada gigante, casi a pico, mirando hacia el Poniente, "la otra banda", frente a la casa del Sol, dando su cara al Teide, en cuyas entrañas Vulcano trocaría su nombre por el de Tinerfe, en alusión a augellos infernos magnéticos, en cuyas calderas se fragua la materia de los edificios de estas ínsulas.

Amagro era aún un islote, una suerte de farallón romo donde resistían los últimos moluscos y reservorios terciarios, trémulos y vigilados por la cabellera de la sabina vegetal, retorcida, más misteriosa que un anacoreta.

La nueva página de esta epopeya se hizo anunciar por grandes convulsiones terráqueas, algo más que el vértigo, a partir de esa sensación inestable que precede a los grandes nacimientos del territorio cuando este tiene una génesis volcánica. Volvió a rugir el Dragón Atlante, en el Tercer Ciclo. Es decir, hace casi tres millones de años, pero quizá apenas cincuenta o diez mil años. De aquel estampido colosal pletórico de fuerzas (pues iba a nacer una reina), emerge terso y exacto el vértice piramidal, el cono volcánico, trazado con el deseo de legitimar al tiempo y permitir a los hombres habitar sus repliegues, en el disfrute de la tibia maternidad que otorga a los

Redactor_____ Referencia_____ Folio 6
 Fecha_____ Sección_____ Página_____

→ seres vivos la sensación del bienestar del regazo.

5 Soplaba un alisio juvenil, de septentrión, rumboso y fresco. Y por ello, aquellos cráteres del volcán quedaron algo así como arrumbados, entremetidos en las carnes rugosas, de la corteza, medio paquidermica, medio mineral escoriáceo, a la postre mostruo dormido, no se sabe bien si símbolo uterino o quizá mejor materna teta de ceniza, nutricia a pesar de reseca, recordó inmemorial, extraño vínculo de, los matriar-

10 cados más potentes y determinates, edificica emblemática, casa común, referencia del linaje, sueño de piedra, tienda y lecho de amor prohibido, contubernio pero también ara de la isla, altar de las ofrendas, en las calamidades y victorias, en los festivos o en los funerarios episodios:

15 Allí la Montaña, esencial, perfecta, centrando las tierras bajas y llanas de aquella vega ubérrima; conduciendo hasta el cielo, como si de una catedral se tratara, las primeras acciones de gracias, los primeros rezos y cánticos de esta Jerusalén, Tierra de Promisión.

20 En las tierras del Norte, la Gran Venus inmortal, La Tierra Madre, dejaba ver uno de sus pechos geológicos, y, sin consultar con nadie, como un acto de su libre voluntad y de su poderío, pactó con Cronos el estatuto de estos suelos. Contribuyó a garantizar su fertilidad, sus aguas y sus frutos. Exigió de Alisio una asistencia permanente. Abrió a los rumbos del septentrión las vaguadas y valles, las laderas, los lomos, los cerros y atalayas, las cumbres y medianías, las degolladas y montañas.

25 Estas tierras privilegiadas, con el tiempo, serían el solar rancio, el castillo y alcazar fundacional de la isla. ~~Una~~ Especie de ciudadela mesopotámica, sobre cuyas lavas los dioses tallaron el Trono de la isla, ^{que} aún no tenía nombre. Con los siglos, el deseo de la Gran Madre se vio cumplido. Y ~~la~~ llamó Agáldar, Agáldar.

En 1990 Celso Martín de Guzmán (Gáldar, 1946-1994) publica en el periódico *Canarias7* (edición diaria, Las Palmas de Gran Canaria) una serie de artículos que fueron ilustrados por el artista Juan Borges Linares (Gáldar, 1941-2004). Con motivo del veinticinco aniversario de su fallecimiento el Excelentísimo Ayuntamiento de Gáldar ha tenido la iniciativa de la reedición de estos artículos, en homenaje a su memoria y por la notable calidad de los mismos.

El presente libro contiene textos para el deleite, para dejarse llevar, porque la prosa de Celso Martín de Guzmán es de una gran finura y precisión, con las palabras justas y adecuadas para narrar los hechos, que convierten su lectura en un placer, incluso más allá de los contenidos.

Una vez más, está entre el periodismo y la literatura, la historia y el ensayo, la arqueología y el arte, con un discurso libre sin tener que someterse a las exigencias del trabajo científico al tratarse de una serie de artículos enfocados para la prensa, y que constituyen un «corpus» dedicado especialmente a Gáldar, posiblemente en su unidad, el más completo, sentido y lírico que dedicó a su ciudad.

